

CAPITULO VIII

El sistema defensivo español  
en la Zona de los Pirineos Catalanes.



ARA darnos cuenta de lo que pudieran ser los elementos constitutivos de la defensa española en la región catalana, y, por consiguiente en la zona de los Pirineos Orientales, al comienzo de la campaña de 1794, es necesario que recordemos cuáles eran las características de la fortificación permanente en aquellos tiempos.

Nada más indicado, a este propósito, que transcribir aquí, lo que el General Benavides expone en su obra ya citada; «Supervivencia de Napoleón I en la guerra moderna», referente a este asunto; siendo de advertir que, a su vez, nuestro General se apoya en los conceptos contenidos en la obra: «Plazas fuertes y fortificación durante la guerra de 1914 a 1918» escrita por el General francés Lebas (París 1923), en justificación de su conducta como Gobernador del Campo atrincherado de Lille, al comenzar la Gran Guerra.

El testimonio histórico nos pone de manifiesto cómo las condiciones verdaderamente inestables de la vida de los pueblos durante la Edad Media, obligaron a establecerse, no ya a las agrupaciones populares, sino a los propios señores feudales, en estado de defensa permanente. Fortalezas eran sus castillos, edificados, por lo general, sobre las rocas de una colina o altozano, y, por poca importancia que tuviese una población cualquiera, ésta aparecía rodeada de murallas y torreones. Avila muestra en la actualidad, lo que eran tales defensas en nuestra Patria.

Pero, a partir del siglo XV, al fortalecerse el poder real, descansando en las masas populares, cambiando así el carácter de las guerras y el de las condiciones generales de la política, tanto exterior como interior, transformáronse igualmente, los medios de combate, surgiendo en Flandes aquella fortificación permanente creada por españoles y holandeses, sustituída al iniciarse el siglo XVIII, por la que Vauban, bajo las inspiraciones del genio francés, creó con indiscutible acierto, constituyendo, desde el punto de vista de su aspecto artístico o monumental, la expresión más acabada de un armónico concierto, entre lo útil y lo bello.

Durante el siglo XVIII, hubo necesidad de establecer una relación adecuada entre todos aquellos elementos que constituyan la defensa de las comarcas o de las naciones; hubo que acordonar las fortalezas antiguas y las últimamente construidas, estableciéndose así líneas de plazas fuertes que, apoyándose mutuamente, podían ser estimadas como una garantía de seguridad.

Mas estas fortalezas iban creciendo de un modo tan alarmante que fué necesidad impositiva el limitarlas, dejando sólo aquellas que dominaban puntos de verdadero valor militar, y que, por lo tanto, merecían la denominación de *fortalezas estratégicas*, dado que, efectivamente, lo eran.

«El enlace entre estas plazas fuertes y los Ejércitos de operaciones, practicado por los grandes Capitanes de todos los tiempos, y también puesto a luz por Vaubán y Carnot, provoca la organización de plazas especialmente destinadas a proteger los centros de aprovisionamiento, llamadas plazas-depósitos».

«Otras servían más particularmente de puntos de apoyo a los Ejércitos (plazas de maniobra), y otras para dominar las vías más importantes (plazas Barreras), utilizadas en caso preciso como plazas de maniobra».

Señala el General Lebas, la importancia que en toda ocasión, y en todo tiempo, han tenido y tienen estas plazas-depósitos, y, después de poner de manifiesto la importancia de las llamadas de *maniobra*, refiriéndose a las plazas del *momento* escribe :

«Vaubán, aunque adoptando la concepción del campo atrincherado, no admitía su organización completa desde el tiempo de paz; él consideraba, por el contrario, que la fortificación permanente debía completarse solamente en el momento de la guerra, por la fortificación pasajera «a fin, decía, de organizarla según las disposiciones del ataque, para poner al abrigo mayor cantidad de tropas y servir de refugio momentáneo a los Ejércitos derrotados o inferiores».

«Vaubán veía, pues, en el campo atrincherado, una plaza del *momento*.»

«Concebía la defensa de los campos atrincherados exterior y lejana, a fin de oponer al enemigo una resistencia eminentemente activa, y debilitar más a sus Ejércitos; con este orden de ideas sostuvo Meusnier el sitio de Maguncia, en 1793, y Massena el de Génova, en 1800».

Si tales eran los elementos y tal su disposición en la fortificación permanente de un país en la segunda mitad del siglo XVIII ¿hallábbase España en el año 1794, en condiciones de tener asegurada su defensa? Rotundamente nos creemos autorizados a afirmar que no. Por ningún concepto existían una organización defensiva de la frontera pirenaica, que quedaba, en el caso más favorable reducida a la línea jalona da por las plazas o fortalezas de Figueras, Jaca, Pamplona y fuertes de Guadalupe y San Marcos en Guipúzcoa (Fuenterrabía e Irún). Estas eran las plazas fuertes estratégicas, de primera línea; en segunda, y como apoyo de las anteriores, únicamente Gerona y Lérida en este sector de los Pirineos Orientales, podían ser consideradas con tal carácter. La importante ciudad de Barcelona no contaba más que con la fortaleza de Montjuich, más bien construida para mantener el orden en la capital del Principado que a defenderla de las agresiones marítimas. No

es nuestro este concepto; él ha sido expresado de esta forma por la misma opinión pública.

Afirmar en estas condiciones, como lo hace Fervel, que, estando erizada de plazas fuertes toda la región, esta defensa de carácter militar venía a favorecer la natural que presentaba Cataluña, por sus características geográficas y topográficas, contando, según él, con cuatro líneas defensivas cuales son las constituidas por el Muga, el Fluviá, el Ter y el Llobregat, no es ciertamente rendir culto a la verdad. Fue-  
ra de Figueras, no había plaza alguna española en condiciones para poder ser estimada como una plaza fuerte, únicamente en esta zona de los Pirineos Orientales podían ser consideradas como tales, Lérida y Gerona, según dijimos. Anteriormente, lo habían sido, Seo de Urgel y Rosas, pero en aquella ocasión, estaban abandonadas.

El cuadro ofrecido por el historiador francés no puede ser más lisonjero: «Rosas defiende, cerca de la extremidad oriental de la frontera, una bahía magnífica; Figueras, Gerona, Hostalrich, hállan-  
se escalonados a lo largo de la vía principal, desde la frontera a Barce-  
lona; puntos fuertes son, Castellfullit y Olot, en el curso del Fluviá; Cardona es un precioso reducto, en medio de la soledad de las montañas del Llobregat; Barcelona, plaza de primer orden, se presenta en un inmenso depósito de tercera línea; después vienen, en cuarto lugar, Tortosa y Tarragona. Otro tanto podía decirse de Lérida.»

Para el historiador militar francés, a que aludimos, además de estas defensas importantes, había que tener en cuenta un gran número de puestos reputados como militares, una multitud de localidades y pueblos grandes que la inquietud imprevisora de los habitantes de un país devastado por tantas revueltas y querellas habían rodeado de murallas defensivas.

Pero al afirmar todo esto, Fervel no se da cuenta de que, en más de una ocasión, él mismo pone de manifiesto, cómo estas murallas en la mayoría de los casos, no merecían la consideración de elementos defensivos dignos de aprecio, pues, desde la guerra de Sucesión, por razones que fácilmente se adivinan, dado el carácter del período borbónico, no hubo gran interés no ya en reforzar, sino, ni aun en mantener la resistencia de estas obras defensivas; y así, volvemos a repetirlo, fuera de Figueras, no había en el Principado ninguna verdadera fortaleza que pudiera considerársela en buenas condiciones de soportar un ataque de importancia.

En la ocasión de que tratamos había, por lo tanto, que encomendar a las características de los accidentes naturales de Cataluña, la defensa de su territorio. Desde luego, de la descripción geográfica y topográfica que hemos hecho anteriormente se deduce que, existía una disposición natural para la misma, aunque sea ocasión de recordar también que, no obstante lo agreste y elevado de determinados tramos de la zona montañosa de los Pirineos siempre existían pasos suficientes para que los árabes la designaran con el calificativo de *montaña de los puertos*.

Entrando en el estudio de estas líneas naturales de defensa, en los dos primeros capítulos de este tomo hemos hecho la descripción detallada de la constitución y aspecto de las cuencas que las determinan. Los cursos del Muga, del Fluviá, del Ter y del Llobregat, así como del Segre, han sido estudiados en lo más señalado de sus características hidrográficas. No hay necesidad de insistir sobre ellas. Tan sólo hemos de considerar sus especiales condiciones militares.

«Por la parte de España y partiendo también de la frontera—ha escrito el General Gómez de Arteche, en su *Geografía histórico militar de España y Portugal*—, se encuentra un valle que puede considerarse como la primera línea defensiva de nuestro país en el Principado de Cataluña, aun cuando su importancia se halle valuada como parte de la que tienen las vertientes más orientales del Pirineo, entre la cresta del Albera (Alberes) y el Ter. «La cuenca del Muga es, sin duda alguna, la primera línea defensiva de España apoyada en primer lugar, por los ásperos montes de vanguardia que la cubren y en segundo, por las plazas de Rosas y de Figueras». Como hemos dicho anteriormente, al construirse el castillo de San Fernando, de la segunda, quedaron casi abandonadas las fortificaciones de Rosas, no obstante ser ésta una plaza situada en el fondo de una gran bahía y un abrigo ordinario de embarcaciones que no se atrevan a doblar el cabo de Creus en las grandes borrascas, hallándose situada al pie de altos escarpados montes, en los que había un fuerte que defendía la entrada».

Por lo que hace referencia al castillo de San Fernando de Figueras, éste era, según sabemos, una fortaleza con capacidad para 16.000 infantes y 5.000 caballos, aunque fuese insalubre por las fiebres en algunas épocas del año. La plaza de Figueras no sólo defendía la salida del Coll de Perthus, punto de paso de la vía principal, sino cuantos se encontraban en el tramo comprendido desde el Coll de Orts hasta el cabo de Cervera. Para el paso de un ejército, compuesto por elementos de las tres armas, sólo existían el citado Coll de Perthus, el del Portell, siempre que se realizasen obras adecuadas para el tránsito, y el Coll de Banyuls, ya cerca del cabo de Cervera, por donde pasaba un camino carretero que, desde La Junquera, conducía a las plazas costeras de Collioure, Saint-Elne y Port Vendres, en territorio del Rosellón; los demás pasos sólo eran practicables para la infantería y la artillería de montaña, revistiendo indudablemente ventaja para llevar a cabo interesantes diversiones sobre los flancos y retaguardia de un Ejército, establecido bien a lo largo de la cordillera o en la indicada línea del Muga.

Sigue a la cuenca del Muga la del Fluviá, en correspondencia con la francesa del río Tech. El paso de la primera a la segunda queda dominado por las vertientes meridionales del estribo que constituye la divisoria de ambas cuencas catalanas, y de un pequeño sector de los Pirineos, entre el Campalet del Príncipe y el Collit sobre Rocabruna, siéndolo, a continuación, por las orientales de la Sierra de San Antonio, y de la Magdalena del Mont. El estribo que estamos conside-

rando va de N. a S., hasta el Coll de Belmont, en el límite de la provincia de Gerona con la de Barcelona, por donde se comunican Vich y Olot, formando un recodo muy pronunciado con el nombre de Grau de Olot, sierra ésta de grande elevación y falda muy escarpada al N., y que, encaminándose hacia el E., va deprimiéndose paulatinamente hasta el bajo Ampurdán y playa de Ampurias.

Esta línea del Fluviá, si bien necesita las mismas precauciones que la del Muga para no ser flanqueada y aún tomada de revés por su zona superior y la del Ter, puede considerarse como buena, por las posiciones que la cubren y la vecindad de Gerona, que se halla en comunicación directa con ellas. Con Olot y Besalú lo está por los caminos de Amer y Bañolas; siendo de advertir en esta parte, la existencia de la llamada Costa Roja, montaña a 12 kilómetros de aquella plaza, que es cruzada en el Coll de Orriols por la carretera general, la cual marcha encajonada por un largo desfiladero para cruzar el Fluviá junto a Bascara. Desde el Coll de Orriols se domina todo el curso inferior del río que estamos considerando.

Las campañas que vamos a estudiar, en este tomo III, nos darán buena cuenta de cuanto venimos exponiendo.

En condiciones muy semejantes a las del río Tet en la defensa del Rosellón, nuestro Ter constituye la tercera línea defensiva de Cataluña, formando a lo largo de su recorrido un ángulo recto que viene a tener en la Roda, a las proximidades de Vich, su vértice aproximado, marcando a partir de aquí, una franca dirección hacia el E., perpendicular a la que anteriormente llevaba, después de recibir el tributo del Fresser, en Ripoll, marcha, rectamente en dirección hacia el S., hasta la Roda. Aunque su caudal no sea suficiente a considerarlo como un verdadero obstáculo de por sí insuperable al paso de las tropas, las características topográficas de su cuenca tan accidentada si permiten considerar el Ter como una verdadera línea defensiva de Cataluña.

Recordemos si no, el carácter y disposición de los accidentes geográficos que la limitan y las especiales condiciones en que va desarrollándose su curso. «La línea del Ter—expone Gómez de Arteche—es de mucha cuenta en las operaciones militares; primero, porque, a causa de la naturaleza del terreno áspero que la constituye en la región superior, cuyas comunicaciones con la del Fluviá son muy difíciles, excepto de Ripoll a Olot por el Coll de Canas, puede en ellas establecerse una defensa local obstinada, y, además, porque se halla protegida por la plaza de Gerona, de paso indispensable para los Ejércitos que se propongan dirigirse a Barcelona y al Ebro.»

Cual sea la importancia de aquella plaza y cuan interesante su posesión al invasor, se halla demostrado palmariamente en los innumerables asedios que ha sufrido; en los que, y especialmente en el de 1809, así los naturales, como las tropas que los sustentaron, dieron muestra, la más alta, de patriotismo y de valor. Hoy día la plaza carece de toda fortificación adecuada.

El número de sus habitantes, y su posición en la línea del Ter, y en la vía principal de comunicación de Barcelona con la frontera, han de hacer siempre de Gerona, uno de los baluartes principales de la defensa de Cataluña.

Esta línea, como las anteriores, es flanqueable por tropas que desciendan del Pirineo, si bien, por las causas que indicamos más arriba, las diversiones que se verifiquen con tal objeto no pueden ser muy eficaces, y siempre han sido rechazadas por los somatenes o tropas del país. Por esa circunstancia deben observarse los puertos de la cordillera y tener aseguradas sus principales avenidas, especialmente la de Ribas, punto estratégico de mucha consideración, en cuanto que, en él, se reúnen los caminos más practicables, ya de las fuentes del Fresser, bien de las Cerdañas, que comunican, por aquél y por el Rigat, con aquella población. En su vecindad, y por bajo del desfiladero de las Cobas de Ribas, ganó el General Llaude el marquesado del valle de Ribas, en la guerra de la Independencia. Por consideraciones iguales es interesante la ocupación de Ripoll, situado, como hemos dicho, en la confluencia de aquel río con el Ter; y, sobre todo, la de Vich, cuyo numeroso vecindario, posición junto al Montseny, a retaguardia de Gerona y de Hostalrich, y comunicaciones con Barcelona, hacen manifiesta su importancia.

No habiendo pasado de esta tercera línea natural de defensa el desarrollo de las operaciones en la campaña que vamos a describir, haremos caso omiso del estudio de las demás líneas de defensa y de la significación que puedan tener en una campaña la sierra de Cadí y sus estribaciones y la montaña del Montserrat, fragosa altura, según expresión de un literato español, y que mereció del Mariscal Souché una interesante descripción en sus Memorias.

Por su parte Gómez de Arteche comenta que, efectivamente, la posición de Montserrat es la más favorable para la defensa de Cataluña, por su situación central, y como punto de unión de toda la región superior del Principado por el alto Llobregat, y del que puede lanzarse una fuerza sobre los caminos de Aragón y Valencia, retirándose después a él con seguridad, y a sus espaldas, peligrosas de visitar sin la expugnación de la montaña. La cumbre donde está construida la capilla de la Virgen, tiene 1237 m. de elevación sobre el mar, y, por lo que a su aspecto se refiere, expone Madoz, en su clásico diccionario geográfico: «Mirada de lejos, la montaña parece enteramente desnuda y sin rastro de vegetación; mas, con la proximidad, va tomando un aspecto risueño; su parte baja es de tierra fértil para trigo y vino, y, donde no está cultivada, crecen mil clases de árboles, arbustos y plantas...»

Pero aunque no sean objeto de nuestro estudio las líneas naturales de defensa del Llobregat y del Ebro, advertiremos que la primera, se halla apoyada en las fortalezas de Cardona y Barcelona, en la región superior, en la zona montañosa, cubriendo no obstante, su pequeñez,

las avenidas del Pirineo por la Cerdanya, en tanto que la capital del Principado, por su importancia, representa de por sí, un centro principal de defensa en la región del río de que tratamos. En combinación con estas dos plazas, existían en otros tiempos los fuertes de Berga y de Solsona, puntos avanzados en plena zona fronteriza.

No como línea de defensa, sino antes, como de invasión, la cuenca del Segre reviste toda la importancia que puede suponerse, aunque sea de reconocer que, si es cierto que en la primera parte de su recorrido hasta Seo de Urgel, en el trozo comprendido desde Bellver, un Ejército invasor tiene que atravesar de un extremo a otro una estrecha garganta, en marcha siempre difícil y peligrosa, en la segunda parte de su curso, cambian por completo las circunstancias de una invasión, que encontraría ante sí, la extensa y fértil comarca de los llanos, en medio de los cuales asienta la ciudad de Lérida, otro centro importante de resistencia en la región catalana. El papel que esta plaza desempeña en la defensa de la cuenca del Segre, está perfectamente determinado en breves trazos en la geografía de Gómez de Arteche. Dícese en ella lo siguiente: «La plaza de Lérida, situada ventajosamente a la orilla derecha del Segre, al pie de un monte escarpado en que asientan las fortificaciones de un castillo bien defendido, y, separado de otro más suave en que se levantaba otra fortaleza, si bien inferior, de grande utilidad, es, aun cuando muy internada en el país, sumamente importante. Además de cubrir las entradas por el alto Segre, impide el paso de este río, allí donde es invadible, por el único puente que existe en él y por donde comunica el Principado con la capital de Aragón y el interior de la Península. El terreno que la rodea es fértil y puede, por sí solo, sostener un ejército numeroso, siendo el que forma la orilla izquierda una vasta llanura de 40 kilómetros desde la ciudad a Castellserá, y de 16 a 20 entre el río y la colina de Almenara o Aumenara, la cual, elevándose cerca de Bellmunt, extiende su cima próximamente de E. a O., para variar luego al S. y unirse a los últimos estribos de las montañas de la Segarra y Prades, que limitan también al E. la llanura. Las comunicaciones de Lérida son importantes, pues la mayor parte de la izquierda del Segre, las de Barcelona y Tarragona tienen su único paso en el puente citado, y por la derecha las tienen inmediatas con el Ebro y el Alto Aragón.»

La importancia de la línea del Segre está confirmada históricamente por las numerosas expediciones que desde la antigüedad hubieron de realizarse a lo largo de ella. No sólo la Cerdanya fué varias veces campo de batalla, en el que dirimieron sus contiendas franceses y españoles, sino que, tanto Seo de Urgel como Lérida, fueron objeto de repetidos ataques a través de la historia. Por muy sugestivo que resulte el recordar a este propósito la venida de César a esta región para consolidar, con el vencimiento de Afranio y Petrello, lugartenientes de Pompeyo, su absoluto imperio en Roma; el infructuoso sitio y ataque a la ciudad de Lérida del gran Condé, el vencedor de nuestros viejos tercios en

Rocroy, y los posteriores experimentados por la referida plaza durante la guerra de Sucesión, no cabe entregarse a una labor histórica que nos apartaría de nuestro objetivo principal. Y por lo que guarda relación con la campaña que vamos a estudiar, no dejaremos de poner de manifiesto una consideración que estimamos de interés. César y Staremburg se apoderaron de Lérida, venciendo en el campo por tener las simpatías del país y por lo rápido y decisivo de sus campañas; el Duque de Orleáns y Suchet tuvieron que superar los obstáculos de un sitio prolongado y sangriento, porque Cataluña aborrecía a los conquistadores, y su odio irreconciliable oponía dificultades inmensas a la marcha y operaciones de los franceses.

De cuanto venimos exponiendo se ve con cuanta razón hemos podido afirmar en un principio que a finales del siglo XVIII no existía un sistema defensivo en nuestra zona fronteriza del Pirineo. En una disposición ideológica de los puntos estratégicos que pudiéramos considerar como elementos constituyentes de tal sistema, diríamos que las localidades de Ribas, Camprodón, Figueras y Rosas establecían una línea avanzada de las que habían de destacarse fuerzas que desde Doria, Nuria, Prat de Molló, San Lorenzo de la Muga, Massanet, La Junquera y Llansá cubriesen y vigilasen los pasos de la cordillera. Esta primera línea habría de ser apoyada por otra, jalonada por las plazas de Solsona, Ripoll, Olot, Castellfullit, Báscara y Ampurias. En una tercera línea, Cardona, Manresa, Vich y Gerona constituirían los puntos fuertes de apoyo de la misma. En la cuenca del Segre, Puigcerdá, Bellver, Seo de Urgel, Balaguer y, sobre todo, Lérida habían de marcar otra línea de defensa.

En una ligera exposición de las condiciones militares que reúnen las localidades y plazas fuertes que hemos citado, Camprodón, situado en un pequeño valle cerca de la confluencia de los ríos Ter y Ripoll, quedaba dividido por este último, que pasa por medio del pueblo, en dos partes, existiendo dos puentes para la comunicación. En una loma, llamada del castillo, estuvo edificada en otro tiempo una fortaleza, que en el año 1691 fué demolida por los franceses. El terreno es arenoso, de mala calidad, aunque se halle fertilizado por los ríos que se indican, y los caminos que de él parten conducen a Olot, Ripoll, Ribas, Maguet y Francia, hallándose en aquel tiempo en mal estado. Al tratar en el segundo tomo de esta obra de la campaña del Rosellón, dimos cuenta de la expedición llevada a cabo por el General Dagobert con cinco mil hombres de infantería y dos escuadrones de caballería en octubre de 1793, siendo atacada la villa el día 4 del citado, y dando el paisanaje un ejemplo heroico de valor y patriotismo, pues mantuvo un vivo y reñido ataque hasta la noche del mismo día, en que tuvieron que retirarse los franceses. No acobardaron a aquellos catalanes sus intimidaciones, distinguiéndose por su actitud firme y gallarda el Alcalde, don Manuel Gutiérrez del Bustillo, quien contestó a la primera propuesta negándose rotundamente a la entrega, y a la segunda, en la que

se le exigían rehenes, contestó con estas palabras: «*Yo enviaré balas por rehenes con cadáveres franceses*». Posteriormente, como hemos de ver en el relato de la campaña objeto de nuestro estudio, en este tomo, también en 1794 los Generales franceses hicieron una incursión a Campredón, devastándolo todo y profanando iglesias y sagradas imágenes, pero esta expedición no tuvo resultado alguno favorable para ellos. Comprendiendo el Conde de la Unión por estos ataques que no había estado acertado en confiar a simples paisanos la defensa de su ala izquierda, dejándola desguarnecida de tropas regulares, envió cinco batallones de línea, otros cinco de somatenes y 300 caballos al mando del Mariscal de Campo Vives, quien cumplió con tanto acierto el encargo que en los días 17 y 18 de junio obligó a los franceses a desalojar estos pueblos.

Ribas era una pequeña localidad en la confluencia de los ríos Freser, Ripoll y Sagadell, en posición tan agreste que su horizonte hállase limitado por las áridas y peladas montañas que lo cercan por todos lados con tanta limitación de luz que el sol no penetra en ella hasta que ha llegado a cierta altura, y no se deja ver más que por muy poco tiempo, ocultándose tras la montaña en cuya falda oriental se halla situada la localidad. Dos son los caminos que une el de Barcelona a Puigcerdá, y otro el de Olot a Berga. A causa de hallarse en un terreno muy abundante en minerales, Ribas no dejaba de tener en ocasiones cierta actividad industrial. No disponía de fuerte ni obra alguna que hiciera factible una defensa importante.

La importancia militar de Olot está comprobada por el hecho de que en nuestras guerras carlistas pudo considerársele como la capital del tradicionalismo catalán. Como sabemos, esta localidad se encuentra emplazada en la margen izquierda del río Fluviá, en una pequeña llanura al pie de un volcán apagado llamado Montxacopa, al borde de cuyo cráter hay edificada una ermita, llamada de San Francech. Rodeado de alturas también volcánicas formando casi un círculo completo, Olot parece coronar la parte septentrional de una de ellas, llamada la Garrinada.

A parte de su situación en plena zona montañosa, la temperatura no es del todo muy extremada, pues aunque en invierno no deja de nevar la nieve se mantiene poco tiempo sin deshacerse.

La población tenía una forma bastante irregular, y en ella se hallaban construidos algunos edificios de alguna importancia, como el Hospicio, un hospital para 120 enfermos, la Casa Consistorial, un Cuartel llamado del Carmen y la iglesia parroquial de San Esteban, a más de siete iglesias.

Por su situación Olot viene a constituir un verdadero nudo de comunicaciones, hallándose, por lo tanto, en fácil relación con otras importantes poblaciones del principado. Eran éstas la carretera de Besalú, por Castellfullit, que en Besalú se divide en dos, que van a parar a Figueras y Gerona; el camino de herradura de Gerona por Santa Pau y Cellent, que puede ser recorrido por carros poco cargados; la ca-

rrretera de San Esteban de Basm, que más adelante habrá de enlazarse con la que al otro lado de la cordillera del Grau sale de Vich y llega a Roda; el camino de herradura de Ripoll por Ridaura y Coll de Canas; el de San Juan de las Abadesas, por el Coll de Santigosa, y el camino carretero del Vall de Viaña, que continúa de herradura sólo hasta Camprodón por el Coll de Capsacosta.

Los pasos de las montañas que rodean a Olot son los siguientes: el Coll de Capsacosta, atravesado por el camino que, por el Vall de Viaña, conduce a Camprodón; el Coll de Santigosa, por donde va el de San Juan de las Abadesas; el Coll de Canas, por donde se va a Ripoll; el Collfret y el Coll de Barcons, que son atravesados por malísimas sendas que conducen a Vidrá y San Quirse de Besora; el Coll de Talgas, el Coll sa-cabra y el Coll-sas-vilas, que contienen el camino de herradura y las sendas laterales de Olot a Vich; el paso de San Miguel de Pineda, que en la sierra de Santa Cecilia da entrada al Valle de Amer; y el Coll de Caiscelles, que contiene el camino carretero de Santa Pau y Mieres.

Por todo cuanto venimos exponiendo es fácil darse cuenta de la capital importancia que ha de tener en toda guerra de invasión o guerra civil de Cataluña esta comarca de Olot, que pudiéramos llamar del alto Fluvia. Para penetrar en ella es necesario cruzar formidables desfiladeros a través de las montañas que la rodean, y en cualquier sitio de ellas puede establecerse un punto de resistencia, haciéndose tan difícil el avance como la retirada; siendo de advertir que éste, es un país que cuenta con grandes recursos para la alimentación por la fertilidad de los valles y el mucho ganado que en él se cría, no faltando alojamiento para numerosas fuerzas, tanto en las poblaciones como en las grandes casas de campo, susceptibles, algunas de ellas, de alojar dos o tres centenas de hombres.

Y es fácil comprender también que, si las cualidades defensivas de la comarca que estamos considerando son excelentes, también lo son desde el punto de vista de la ofensiva, pues se presta a desarrollar desde el seno de la misma toda clase de correrías y golpes de mano. Desembocando por cualquiera de los collados de la sierra de la Magdalena, se encuentra el valle del Ter, donde las poblaciones de Ripoll, San Juan de las Abadesas, Camprodón y Ribas proporcionan grandes recursos, sin contar que forman también un valle cerrado, el del alto Ter, con la entrada por el difícil desfiladero de San Quirse de Besora, que puede ser también centro de resistencia. Asomándose a los pasos del Grau se encuentran las poblaciones del Ter, Manlleu y Roda, que son bastante ricas, y más allá el llano de Vich. Desde la cordillera de Ntra. Señora de la Salud, pasando también el Ter, se penetra por los pueblos de San Martín de Carós y Susqueda, en las Guillerías, intrincadas estribaciones del Montseny, que albergaban las fábricas, depósitos y hospitales carlistas. Por el paso de San Miguel de Pineda se entra en el fértil valle de Amer, por donde se desemboca también al valle del Ter, y pasando

este río por la barra de la Sellera de Anglés pueden alcanzarse los montes Gobarra, al abrigo de los cuales se llega a la costa. Por el desfiladero de Castellfullit y por Santa Pau se desemboca en el bajo Fluviá, desde donde se puede amagar al Ampurdán, penetrar en él y llegar hasta las inmediaciones de Gerona.

Hemos de resistir a la tentación de hacer un estudio, aunque sea somero, de las propiedades militares de las varias localidades que hemos indicado como centro o puntos de defensa, y nos limitaremos tan sólo a hacer unas breves indicaciones sobre la disposición de las fortificaciones de Gerona, de Rosas y de Seo de Urgel.

No hemos de volver a indicar aquí la situación geográfica y topográfica de Seo de Urgel, de la que dimos cuenta en páginas anteriores. Estas circunstancias han hecho que la historia capital de la Cerdanya española, no obstante sus escasas y casi impracticables comunicaciones con el interior del país, haya sido objeto de especial interés en ser conservada, pues una vez perdida el socorro o el volverla a tomar ha ofrecido inconvenientes muy grandes, a punto de haberse pensado en más de una ocasión por el Gobierno Central la demolición de sus fortificaciones. El escabroso terreno que atraviesan todas las avenidas que conducen a la plaza hace muy difícil emprender su sitio sin medios muy apropiados.

Los caminos que establecen la comunicación de la Seo de Urgel con otros puntos vitales de Cataluña son los siguientes: por el N., el que pasa el Balira por Anserall y va a Andorra; por el O., el que por Castellciurat va a Tres-Ponts, y de allí a Orgañá; por el S., el que, pasando el Segre por el puente célebre desde la muerte dada en él al Conde de España, pasa luego por Arfá y conduce también a Orgañá, en donde, reunido con el anterior, sigue a Pons y Balaguer; otro camino, al S., conduce a Solsona y Berga, y otro, en fin, por el E., que lleva a Puigcerdá, distante 45 kilómetros, y es el único de todos los citados que puede habilitarse para carroajes.

En cuanto a las obras de fortificación con que contaba Seo de Urgel, eran las siguientes: en lo alto de una montaña, situada a dos kilómetros de la ciudad, y en cuya cumbre hay dos colinas o elevaciones, en la del norte se encontraba situado el fuerte denominado El Castillo, y en el segundo el llamado La Ciudadela, existiendo entre ambos el pueblo de Castellciuat.

El castillo hallábase formado por un cuadrilátero, cerrado por tres baluartes irregulares y un medio baluarte, llamados, respectivamente, de San Armengol, Andorra, Guzmán y San Juan. Esta fortaleza era una obra muy antigua, reconstruida en diferentes épocas. En su interior existía un caballero conocido por el *Macho*, con pequeños alojamientos a prueba y cuarteles y pabellones para 400 hombres. Los baluartes y semibaluartes estaban unidos por sus correspondientes fortines, los cuales disponían de rebellines en los frentes N. y E. En el extremo N. de esta colina, asiento del castillo a 400 metros del mismo, al-

zábase la torre de Solsona, de gruesos muros en forma rectangular, con dos pisos y una batería en su parte superior, disponiendo de un alojamiento a prueba para 40 hombres. Esta torre aparecía unida al castillo por un doble camino cubierto con dos plazas de armas.

Pero el fuerte principal y de construcción más moderna, pues se inició ésta en el año 1721, estaba constituido por la Ciudadela, asentada en la otra colina, al sudoeste del Castillo y a 580 metros de distancia. Constituían esta obra de fortificación un hornabeque sencillo, cerrado por la gola con un muro aspillerado y un pequeño rebellín con camino cubierto a lo largo de la cortina. De aquí partía una caponera, que establece la comunicación con una luneta avanzada conocida bajo el nombre de la *lengua de sierpe*. Delante de la gola del hornabeque, y sirviéndole como de obra exterior, se hallaba la torre blanca o macho, que lo dominaba, y al que estaba unido por un camino aspillerado y cubierto por un glacis. En el extremo del ala derecha del hornabeque hallábase la *batería de la sangre*, partiendo de ella un parapeto que iba a terminar en las baterías de la *avanzadilla* y de las *horcas*. La torre blanca constituía la única parte antigua de este fuerte, habiendo en ella alojamiento a prueba para 100 hombres, y en toda la ciudadela cuarteles para 500.

Al Oeste de la Ciudadela, y separado de ella por una cañada, se encuentra, a 550 metros de distancia, la altura del Corp o del Cuervo, con dominación de 37 metros sobre la fortaleza, lo que significaba para ella un peligro constante, razón por la cual, en 1794, se proyectó fortificarla. Al S., aunque más bajas, se encuentran las mesetas de Monferré y Ansiura, a unos 700 metros de distancia.

El ilustre General don Joaquín de la Llave, que desarrolla este detenido estudio de las fortificaciones de Seo de Urgel en sus «Apuntes sobre la última guerra en Cataluña», 1872-1875, ofrece una interesante reseña histórica de las mismas. Por no dar a este capítulo proporciones exageradas, distraiendo en exceso la atención de nuestros lectores, no la transcribimos literalmente. Como se advierte por la descripción que antecede, todas estas fortificaciones estaban en disposición de ser utilizadas en dicha guerra carlista.

La «Gaceta de Madrid», del 13 de febrero de 1795, al dar cuenta del ascenso a Teniente General del Mariscal de Campo don Domingo Izquierdo, que había sido el defensor de la plaza de Rosas en el sitio por ésta sufrido en dicho año, daba una ligera descripción de sus débiles fortificaciones. La información oficial española exponía lo siguiente :

«Por su situación local está próximamente dominada de frente, espalda y costado; y en gran parte de sus contornos hay formadas dos trincheras naturales por la configuración de sus barrancos, de modo que algunos pueden servir, con poca ayuda del arte, como constituyendo una segunda paralela. Su recinto principal es un polígono irregular de cinco lados, formando una corta planta, y, por consiguiente, escasos flancos y demás miembros del recinto. El segundo con que está abriga-

do éste es formado con muros de piedra seca: carece de camino cubierto y explanada, y no tiene, de los muchos edificios a prueba de bomba, tan esenciales para el alojamiento de la guarnición, hospital y almacenes de boca y guerra. Estos defectos de situación movieron al Marqués de la Mina, siendo Capitán General del Principado de Cataluña, a proponer se construyese una fortaleza en paraje ventajoso y de difícil ataque, cuyas circunstancias halló y recomendó en mucho grado en la montaña de los capuchinos de la Villa de Figueras, en la cual se estableció en consecuencia la plaza de San Fernando, según proyecto que hizo el Teniente General e Ingeniero don Juan Cermeño, quien, para el mismo efecto, eligió este punto; bien persuadidos ambos Generales de que ni el arte ni el desembolso podían convertir a Rosas en una plaza respetable.»

«Sin embargo de este conocimiento, desde el principio de la guerra se dieron repetidas y estrechas órdenes para que se reparase y pusiese en el estado de defensa de que fuese susceptible; pero por necesidad no había en la plaza punto que no fuese descubierto por las dominaciones, así no podían juntarse cuatro personas sin tener luz para ejecutar los trabajos en la noche sin que luego dirigiesen el fuego hacia ellos; los parapetos eran batidos por la espalda, a pesar de cuantos espaldones se han hecho para cubrir a los que guarnecían aquéllos y servían las baterías, como las bombas caían de una altura de 191  $\frac{1}{2}$  varas sobre el nivel de la plaza no había nada que resistiese a su choque, y así el 25 de diciembre último ya los edificios eran una mole de ruinas, prefiriendo la tropa aguantar el fuego al raso a estar debajo de los blindajes provisionales hechos para su resguardo, respecto que éstos también fracasaban. El día 15 de enero inmediato al mal tiempo, el agua y la nieve acabaron de arruinar los pocos edificios que ya lo estaban y que servían aún de recurso, aunque con mucho peligro, contra la intemperie; de manera que, casi era el único asilo para los heridos y enfermos, ínterin la mar no permitía llevarlos a la escuadra, la reducida iglesia que había, cuyo corto auxilio ya empezó a peligrar.»

«En el recinto segundo mencionado, por razón de su expresada calidat, abrió el fuego enemigo frecuentemente boquetes considerables, que por la noche se cerraban con sacos, pero mientras se componía por una parte se caía por otra. Con la batería de los Molinos y la de la Montaña hacía el sitiador muy difícil el embarco y desembarco de los pertrechos, víveres y tropas que para reemplazar en la plaza había de repuesto en los buques de la escuadra surta en aquella rada, como en los barcos mercantes destinados al efecto.»

Por lo que se ve, no podía ser más explícita la confesión hecha por el Diario Oficial del Gobierno de Madrid de que la plaza de Rosas no estaba ni estuvo en momento alguno en condiciones ni siquiera aproximadas para ser conceptuada como una plaza fuerte. La defensa de la misma en el sitio de 1795 constituye, por lo tanto, una página gloriosa de la Historia de España, y concretamente de Cataluña.

La plaza de Gerona podía ser estimada en mejores condiciones que todas las demás. Conocemos perfectamente la situación y características tanto de la ciudad como de la comarca. Nos limitaremos, por consiguiente, a dar cuenta del trazado general de las obras exteriores que en conjunto yenían a constituir las fortificaciones de la plaza. Eran estas las siguientes: reducto de Bournonville, Castillo de Montjuich, Torres de San Juan, San Narciso, San Daniel y San Luis, Fuerte del Condestable, de la Reina Ana y de los Capuchinos. La ciudad está asimismo rodeada de una muralla con siete puertas: las de Arenys, Carmen, Socorro, San Cristóbal, San Pedro, Santa María de Francia y la de la Barca, que daba al Norte. Las puertas de Arenys, Carmen, San Pedro y Santa María disponían de tambores para asegurar su defensa.

El Reducto de Bournonville, asentado en un llano, estaba formado de un rebellín sin flancos, con foso y camino cubierto, entre los ríos Tcr, Oña y Gueis, a unas 170 varas de la ciudad por la parte que mira al río, y a una distancia un poco mayor del baluarte llamado de la Figuerola.

El Castillo de Montjuich, construído en la cúspide de una montaña, al N. de la plaza, adoptaba la traza de un cuadrado de 190 a 200 varas de perímetro, teniendo sus cuatro fuertes defendidos por sus correspondientes baluartes. Había bóvedas para el alojamiento de tropas y conservación de víveres y pertrechos, contando además con un cuartel, casa para el Gobernador, almacén de pólvora y una buena cisterna.

*La Torre de San Juan.*—Esta torre, o mejor dicho fortaleza, estaba constituida por cuatro de éstas, y guardaba estrecha relación con el Castillo de Montjuich. La principal llamada de San Juan y por otro nombre Reducto de la Sangre era de figura pentagonal y muy reducida. Hallábase situada en una altura desde la cual se dominaba de cerca el baluarte de Santa María, cuya puerta defendía, dominando asimismo el camino de Francia, por el arrabal de Pedret. Las otras tres torres recibían los nombres de San Narciso, San Daniel y San Luis.

Estaban situadas estas tres torres, dos al E. del Castillo y una al N. Las tres son iguales de planta circular, con un diámetro de 60 a 70 varas, rodeando al Castillo de Montjuich, por la parte de la campaña. Colocadas a continuación de la cima, asiento de este Castillo, dominaban la plaza de Armas del mismo, a una distancia de 46 varas, así como el camino de Puente Mayor, avenida de importancia. Las torres que describimos descubrían los barrancos y accesos a la fortaleza citada, encontrándose la más lejana y contigua al camino a una distancia de aquél de cerca de 900 varas y las otras dos a las de 400 a 500.

El Fuerte del Condestable se asemejaba a un cuadrilongo cuyo lado mayor de E. a O. tendría un poco más de 200 varas, y el menor, de N. a S. de 100. Por la parte que mira al S. se comunicaba con los otros dos Fuertes de la Reina Ana y Capuchinos, existiendo en esta parte un pequeño Fuerte con dos medios baluartes en sus extremos. De este Castillo del Condestable dependían otras dos pequeñas obras,

destacadas hacia la plaza de Gerona y el Castillo de Montjuich. La situada al E. venía a constituir el Fuerte llamado del Calvario, en forma de estrella irregular y con dimensiones tales que el mayor diámetro era de 75 varas y el menor de 37. El otro reducto, más reducido, se llama del Cabildo, en figura de rombo y en correspondencia y dominación con las próximas torres de la Gironella y del Peix.

El Fuerte de la Reina Ana, a continuación del anterior, se hallaba situado sobre la misma montaña, aunque con nivel más bajo y como a media distancia del existente entre dicho Fuerte del Condestable y el de los Capuchinos, quedando así de punto intermedio para la defensa y comunicación de los mismos. Consistía en una tenaza simple con sus dos alas desiguales, estando cerrado sencillamente por la gola hasta recibir el doble camino cubierto procedente del Fuerte del Condestable. Esta obra disponía de terraplén, pero carecía de camino cubierto. Delante de la tenaza había un rebellín que comunicaba con ella por una bóveda, careciendo también de foso y camino cubierto.

El Fuerte de Capuchinos se encontraba a unas 200 varas de los ángulos salientes y del rebellín del Fuerte de la Reina Ana, en posición más baja que los otros y en el extremo S. de la cima del monte donde asientan estas fortificaciones. Era el Fuerte de Capuchinos el más avanzado hacia el interior del Principado, de planta cuadrilonga, de unas 200 varas de largo por 130 de ancho. Como obra exterior del mismo figuraba un hornabeque, frente al lado menor del S. Asimismo constaba de dos medios baluartes con cortina intermedia, teniendo ésta en su centro un ángulo saliente. Tanto esta obra como la anterior de la Reina Ana disponía de precisos alojamientos y edificios para su servicio, pero carecían también de camino cubierto y de foso, según hemos dicho anteriormente, comunicándose ambas obras por un puente levadizo.

No habiendo figurado en la campaña de Cataluña la plaza de Lérida como objeto de agresión alguna, gracias a la brevedad, omitimos la descripción de las obras fortificadas de la misma, y terminaremos este capítulo indicando que, si en general, la fortificación permanente, según hemos podido comprobar por la descripción que hemos hecho, no estaba muy desarrollada, en cambio, según hemos de ver, hizose de la campaña o del campo de batalla una aplicación realmente excesiva.

## PARTE SEGUNDA

### El proceso Político Militar

Desarrollo de las operaciones militares durante el año 1794.

## CAPITULO PRIMERO

La situación en ambos campos en los primeros  
meses del año 1794.



N el capítulo VII de este tercer Tomo pusimos de manifiesto cuál era el estado de los ejércitos combatientes al iniciarse el invierno del año que se cita, y refiriéndonos al ejército francés, y después de describir su lamentable estado a la terminación de la campaña anterior, indicábamos cómo aquel estado reclamaba la presencia de un general enérgico y competente. Acierto grande fué el de la Convención al designar para tal cargo al general Dugommier, en la cúspide de su gloria militar tras su brillante actuación en el sitio de Tolón.

## EJERCITO FRANCES

**El General Dugommier llega a Perpiñán el 16 de enero.—Vigorosa iniciación de su mando**

Tan pronto como el nuevo general en jefe del ejército francés en los Pirineos orientales hubo de llegar a Perpiñán, el 27 Nivoso (16 de enero), consideróse en el caso de reorganizar el ejército francés acogido a los muros del mismo. «Comenzó por la cabeza—expone Fervel—. Ya después de la retirada a la capital del Rosellón en el espacio de veinte días, dieciséis generales habían sido arrestados, otros seis fueron suspendidos, revocados o cambiados de destino. El último jefe de Estado Mayor, el general Lamer, que había dado pruebas de capacidad, fué mantenido en su puesto; pero retornó inexorablemente a sus cuerpos a todos los oficiales a sus órdenes que no pudieron justificar una instrucción suficiente. Consideramos ocioso advertir que de este modo pudo lograr una verdadera depuración del mando superior de su ejército.»

**Reorganización del ejército.—Clasificación de los contingentes**

Conseguida la reorganización de este alto mando, había que proceder a la de las distintas unidades y servicios, para ello, al ver que se había ordenado en su totalidad la amalgama de los voluntarios con los soldados de línea, Dugommier pensó que era preciso desempeñar en la ejecución de esta medida, una prudencia extrema, dado que, a juicio suyo, «era, por haber mezclado lo bueno y lo malo, como se había perdido todo en los Pirineos orientales. En consecuencia, distribuyó sus tropas en tres categorías: primero, las Compañías de Granaderos y los

Batallones de Cazadores; segunda, la Línea; tercera, la fuerza inerte (*la force d'inertie*). Con esta denominación, el general comprendía los hombres que, no conociendo todavía lo que era el rango y la fila, ni la derecha ni la izquierda y que sabiendo apenas cargar sus armas, volvían la cabeza al tirar. Estos fueron destinados, en espera de su instrucción, a guardar en la retaguardia algunos puestos atrincherados que iba a establecer, menos para asegurar su base de operación, que para inculcar en estos reclutas impacientes de servir, el sentimiento de su utilidad inmediata, ennobleciéndolos así a sus propios ojos.»

Desde luego, no podía darse una disposición más acertada, y fué la experiencia misma la que bien pronto vino a demostrar cómo esta división en categorías era la apropiada a apresurar la instrucción general. «Era preciso ver, en efecto, el ardor de nuestros jóvenes voluntarios en intrigar para conseguir el honor de proveerse de un fusil con bayoneta —expone el historiador francés—. «Fué también ésta la primera vez que hubo de intentar en grande la organización de los cazadores, tan admirablemente apropiada para la utilización y la reglamentación, a la vez, de los poderosos, pero peligrosos arranques del entusiasmo revolucionario. Por añadidura, dado el terreno en el que iba a combatirse, delante de una poderosa caballería ante la cual teníamos que quedar constantemente tan inferiores, los batallones de cazadores eran una necesidad y suplían la falta de los escuadrones.»

Dugommier estimó igualmente que esta falta de la caballería francesa, y cuya debilidad parecía irremediable, podía suplirse con la artillería volante, por ello, al par que hubo de disponer el ejercicio continuo de las baterías ligeras, no descuidó el crear mayor número de ellas.

En la confusión de la última campaña, los fusiles de caza y de munición habían sido aceptados por igual, sin distinción alguna, y nada había cambiado después; de suerte que un mismo batallón presentaba frecuentemente una increíble variedad de armas. Comenzóse por agrupar las de un mismo calibre. Por añadidura, a excepción de cinco o seis mil fusiles, todo el armamento se hallaba en estado de recomposición, llenáronse de obreros las fundiciones de Alby, las manufacturas de Bergeraj, las fábricas de bayonetas de Alais y Anduce, las cuales no cesaban de trabajar día y noche. Desde Tolosa a Perpiñán, cada pueblo, cada aldea, vino a transformar sus edificios públicos, incluso las mismas plazas, en talleres de reparación.

Y como advertimos antes, no fué sólo la reorganización de los cuerpos el objeto de las acertadas disposiciones del general francés, sino que los servicios administrativos salieron de la horrible confusión en que estaban sumidos. Narbona convirtióse en el depósito central de víveres y de forraje; sesenta leguas de carretera fueron reparadas; los transportes recibieron una organización nueva; creáronse ambulancias; aseguróse el mantenimiento de los hospitales, tan descuidado hasta entonces, y llevóse la severidad hasta hacer a los oficiales de Sanidad personalmente responsables del progreso de las enfermedades, llegando hasta a

castigar con la pena de muerte los errores de los enfermeros, como hubo de ocurrir con dos de ellos, que fueron guillotinados por haber transportado a la sala de los muertos, agonizantes que no habían todavía rendido el último suspiro.

Con un alto sentido de la justicia, los Tribunales militares viéronse libres de toda formalidad, y la disciplina fué férreamente afirmada dentro de los límites más estrechos. Por desgracia, muchas veces, en contra del propósito del general en jefe, hubieron de mezclarse los saludables rigores de la ley con las sangrientas ejecuciones del terror. Es así como veintidós granaderos de las bocas del Ródano, escapados de Toulón, en donde por un momento habían servido bajo las banderas inglesas, habiendo venido a buscar en los Pirineos un asilo contra el furor de las discordias políticas, fueron reconocidos y entregados todos ellos la misma tarde al hacha del verdugo, expiando delante del enemigo su extravío de algunos días y siendo ejecutados ante los ojos de los soldados franceses, helados de espanto.

**Atención preferente concedida a la instrucción de las tropas**

Pero, sin duda alguna, como acertadamente lo indica Fervel: «Lo que más que la sangre vertida en los cadalso, había de restaurar la disciplina y traer a las filas francesas todas las virtudes guerreras, fué la persistencia de los esfuerzos de Dugommier, su solicitud constante por la instrucción y mantenimiento del soldado, el cuidado de las armas, la precisión en las maniobras.» «Ya el ejército tenía un aspecto imponente. La llegada de siete batallones destacados de los Pirineos occidentales le hacía alcanzar los 28.800 combatientes. Contaba, por otra parte, con 9.000 reclutas componentes de la *fuerza de inercia*, y 25.000 hombres diseminados en las plazas fuertes, unos, y en los campos de instrucción de Carcassonne y Montpellier, y en los puestos esparcidos a lo largo de las costas vigiladas por el ejército de los pirineos orientales, y la cual se extendía hasta las bocas del Ródano.»

**Distribución de las fuerzas en tres divisiones**

Un ejército así organizado, tenía que ser dispuesto en forma conveniente para su mejor utilización. Y, en efecto, las tropas que lo componían fueron distribuidas en tres divisiones. La de la derecha tenía por jefe a Auguereau, ya conocido en los Pirineos orientales, hallándose constituida su división de 6.300 hombres, pudiéndose decir de ella que era la más bella y mejor disciplinada y la más entusiasta. Perignon, el antiguo coronel de la Legión de los Pirineos orientales, había de mandar el centro, con 12.500 combatientes. La división de la izquierda, con un total de 5.000 hombres, estaría a las órdenes del infatigable Sauret. 6.000

cazadores agrupados en seis batallones de la misma fuerza, quedaban repartidos por igual en las tres divisiones. La reserva, con 3.000 bayonetas, al mando del joven general de brigada Victor Perrin, había de completar este cuadro de distribución de las fuerzas francesas. La caballería, que a fuerza de actividad y de trabajo no había de pasar de los 2.000 caballos, tenía por jefe al brillante Labarre, y, finalmente, la artillería, que en medio de los desastres de la última campaña no había perdido del todo su ascendiente, quedaba a las órdenes del general La Martilliére, que en esta ocasión, como veremos después, hubo de conseguir para su Arma la plena recuperación de su prestigio y de su fuerza.

#### Breve y feliz transformación del ejército francés

Con legítima satisfacción puede declarar el escritor francés que nos ocupa que : «cuarenta días habían sido suficientes para operar todas estas felices transformaciones.»

### EJERCITO ESPAÑOL

#### Estado de abandono del mismo

Y mientras lo anteriormente expuesto acontecía en el campo francés, ¿en el nuestro se realizaba algo que hiciese concebir lisonjeras esperanzas de un porvenir más satisfactorio que aquel presente tan angustioso? Mientras la opinión popular, en lo que hacía referencia a la guerra, se distraía con vanas informaciones como aquella del «Diario de Barcelona», en que se manifestaba, como se confirmaba que, de orden de la Convención de París, se trataba en todas las municipalidades del Reino de Francia de si convendría o no un rey constitucional o un dictador, o aquella otra manifestación, de que la Ciudad Condal podía contemplarse el constante trasiego de generales, jefes y oficiales, que iban a disfrutar permiso para el interior de la Península, o venían a incorporarse a sus Cuerpos o destinos, no se veía, en cambio, llegar anticipos de refuerzo alguno, ni siquiera para reemplazar los numerosos enfermos que desde el teatro de las operaciones eran trasladados a los hospitales establecidos en lugares oportunos.

Esta afluencia de enfermos y heridos obligaba a ampliar el número de edificios destinados a los servicios sanitarios del ejército, y así, el antes citado Diario, con fecha 15 de enero, informaba cómo : «en esta plaza (se refiere a la de Barcelona) ha sido preciso habilitar para hospital el Colegio de San Buenaventura de franciscanos, porque no caben en el general, pues los prisioneros franceses pasan de 500, de cuya clase mueren, y han muerto, muchos de ellos. La «Gaceta de Madrid», de 6 de mayo, refiriéndose a un comunicado de abril, decía : «Deseando la Comunidad de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced

del Convento de esta Villa (Castellón de Ampurias, Corregimiento de Gerona) contribuir en cuanto estuviese de su parte al alivio y asistencia, así espiritual como corporal, de la tropa de los Exércitos de esta inmediata frontera, con especialidad de los soldados enfermos, ofreció, desde luego, su convento para que sirviera de hospital; y a este efecto, se retiraron los religiosos a una pequeña parte del mismo, cediendo con el mayor gusto todo lo restante, que, desde principios de octubre de 1793, ocupan los enfermos y heridos de la Brigada de Carabineros Reales. Desde entonces, se dedican a porfía los religiosos a darles el debido consuelo, particularmente el P. Fr. Domingo Rubileta, predicador conventual, quien, desde el primer día, les sirve de Capellán, administrándoles los santos sacramentos, consolándolos y dando sepultura a los que mueren, todo con el mayor celo y caridad, sin que esta ocupación le impida asistir día y noche, con el mismo amor y desinterés, a los demás hospitalares establecidos en dicha Villa.»

Durante estos meses de enero y febrero, parece ser que, por Cataluña, corrían las noticias de salidas de tropas nuestras para Seo de Urgel a cuya plaza habían llegado tropas de Aragón, dispuestas a atacar a los franceses de la Cerdaña, aunque se reconocía que la mucha nieve impediría las previas operaciones para conseguirlo. Pero, por otra parte, si en los últimos correos del citado mes de enero no se decía nada de particular, en las cartas procedentes del ejército del Rosellón, se hablaba de que habían entrado 15.000 franceses en Perpiñán procedentes de las tropas que había en Tolón, dándose cuenta también de cómo: «continuaban los enfermos de nuestro ejército, muriendo muchos en los hospitales.» Por cierto que es curioso el advertir que, en el comunicado del día 22 de este mes, al informar de que, a la mañana siguiente, salía de la ciudad de Barcelona para el campo el Regimiento de Dragones de Almansa; se añadía: «...luego practicará lo mismo el Batallón de emigrados del Rosellón, que está *muy famoso de gente* (si no fuera francesa).» Y en este mismo comunicado se exponía también haberse esparcido la especie de que se trataba formalmente de arreglar el plan para atacar a los franceses en la Cerdaña, obedeciendo a este fin la citada marcha de los Dragones de Almansa y del Batallón de emigrados.

#### Desleal conducta del batallón de emigrados

Por cierto que este cuerpo francés debió ser causa, con su desordenada y desleal conducta, de serios contratiempos, pues se manifestaba en el comunicado del 2 de marzo que, «aunque la mayor parte de las cartas del Rosellón seguían diciendo no ocurrir nada, en algunas de ellas se indicaba también haberse intentado pasarse al enemigo todo el Batallón de emigrados, desertores y prisioneros que, voluntariamente, se ofrecieron a servir en él, y advertida su determinación por los nuestros, die-

ron sobre ellos, mataron a algunos y pudieron detener más de trescientos hombres, que parece han entrado en Figueras con sus banderas.» También decía alguna que otra carta que unos 150 franceses, con sus cañones, intentaron pasar el río por la parte de Elna y sorprender nuestros destacamentos de Saint Genis; mas, advertido su movimiento por los centinelas avanzados, avisaron a los puestos, se tocó en ellos la generala, y los enemigos huyeron en vista de haber sido descubiertos.»

**Noticias propaladas acerca de la situación y actitud de revuelta de los habitantes del Rosellón**

Pero esta misma información, que indica ser dudoso todo cuanto se ha expuesto, declara no serlo, en cambio, la noticia facilitada por el corregidor de Corbera, quien, «según parecía, se hallaba con los Somanes de paisanos de Seo de Urgel, y avisaba por el correo del día anterior que, noticioso de cómo los franceses adelantaban tropas por la parte de Montellá, había destacado algunos paisanos armados para averiguarlo, y, habiéndose encontrado con los enemigos, empezaron un vivo fuego, sin pararse a considerar que el de los franceses era notablemente mayor. Avisado de ello el mismo corregidor, dió cuenta de ello oportunamente a nuestros paisanos, obligando éstos a retroceder a los franceses», aunque este corregidor se olvidaba de dar cuenta de los muertos y heridos que había habido por una y otra parte. Antes de esta fecha, el día 5 del mismo mes, recibióse en Barcelona noticias del Rosellón, informando que los franceses de guarnición en Elna y sus inmediaciones habían abandonado y saqueado este pueblo, llevándose hasta las campanas, después de haber pegado fuego a un grande almacén de paja y transportado a Perpiñán todos los efectos militares y víveres que tenían para su subsistencia y defensa. Algunos paisanos de dicho pueblo decían que la causa de haberlo abandonado los franceses había sido por el descontento general que hay en Perpiñán, existiendo en ésta un estado de insurrección por parte de sus habitantes, cansados de padecer y verse aniquilados por una epidemia causante de tantos enfermos, lo que supone un estrago continuo.»

Por el contrario, en nuestro ejército se recobraban los enfermos, no siendo muchos los que morían después de haber el intendente reconocido y puesto en buen orden los hospitales. Y es altamente curiosa la noticia que daba este comunicado del «Diario de Barcelona» del 8 de marzo, al notificar: «Que el día antes de abandonar los franceses a Elna, vinieron sus avanzadas y comieron con las nuestras, y a esto añaden, que «no debe extrañarse, porque en esta campaña se ha dado el caso de acordar entre sí, unas avanzadas con otras, suspender el fuego por ocho o diez días, habiéndolo observado puntualmente por una y otra parte, y en dicho tiempo se hablan y aun comen juntos».

Puede suponerse que de estas conversaciones y amistosa camaradería,

el entusiasmo de nuestros soldados por la causa que defendían estaba expuesto a lamentables depresiones.

Todas estas noticias de tan escaso valor, con el relato de alguna que otra colisión entre las embarcaciones que navegaban por el Golfo de León, completaban el contenido de los informes, más o menos oficiales, que se recibían en Cataluña; mas no se crea por esto que la situación de nuestros campamentos en el teatro de las operaciones era muy tranquilo y placentero que digamos. En ellos, nuestros soldados carecían de medios para satisfacer sus más elementales necesidades y, aparte de la amenaza constante de las enfermedades, frecuentemente eran tenidos en vigilancia y en el constante estado de inquietud que puede suponerse, al no ignorar cómo el enemigo se preparaba para operaciones de gran alcance, además de ser objeto de un persistente paqueo, que les convertía en víctimas de aquella guerra de moros, señalada por el teniente Heredia en una de sus cartas. En estas condiciones, el valor combativo de nuestro ejército tenía que ir perdiendo, poco a poco, de su primitivo empuje.

**Juicios diferentes acerca de la situación de uno y otro ejército beligerante**

No falta, por lo tanto, a la verdad Fervel al afirmar que: «así, gracias a la apatía de España, todavía más que a la actividad de Dugommier, nuestras fuerzas igualaban casi a las de nuestros adversarios. Es cierto que éstos nos eran muy superiores en caballería, pero como quiera que se veían faltos de forraje en este lado de los montes, no podían mantener realmente en línea más que 1.500 caballos. Nos sobrepasaban igualmente en el número de sus bocas de fuego, puesto que en el Boulou tan sólo no existían menos de 900 artilleros para el servicio de las piezas de posición; pero su artillería era pesada, casi inmóvil, y la nuestra tenía alas. En fin, éramos los más fuertes en infantería y ésta era el arma decisiva en el terreno donde la lucha iba a entablarla.»

Jómini, al declarar que el invierno fué empleado por los franceses en la reorganización de los dos ejércitos que operaban en ambas zonas, oriental y occidental de los Pirineos, y que estaban en su mayoría compuestos de batallones con contingentes procedentes de la requisición, manifiesta que este trabajo no se hizo sin dificultad en medio de un abandono absoluto de los diferentes servicios; pero vigilado por los representantes, ante los cuales todo cedía, si parecía imposible alcanzar la perfección deseable, al menos era cierto que habría de llenar, en parte, la misión propuesta a la apertura de la campaña.

Juicio tan favorable no podía ser aplicado a nosotros: «No ocurría otro tanto en España», expone el ilustre historiador militar. «Sea que el resentimiento de Carlos IV hacia la nación francesa se hallase todavía en toda su fuerza, o que el pueblo tuviese derecho a esperar victorias más decisivas en una segunda campaña, el ardor del primer empuje se

había desvanecido tanto en uno como en otro, pues ya la falta de elementos constitutivos militares, los hombres y el dinero, se hacían notar. La campaña precedente había costado ciento cincuenta millones, y el Fisco, agotado, se encontraba en la dura necesidad de recurrir a los empréstitos y a los impuestos. Por otra parte, una enfermedad epidémica se llevaba todavía, diariamente, lo selecto del ejército; era preciso completarlo, y los alistamientos voluntarios no llenaban los cuadros.»

En estas condiciones, razón tiene Jómini para afirmar: «Cómo se imponía ordenar la realización de levas cuyos éxito era dudoso.» Y algo declara el ilustre historiador militar que no puede ser ya admitido de modo tan espontáneo desde el primer momento: «El rasgo más pronunciado del carácter español—afirma textualmente—es una inclinación a la independencia, o, por mejor decirlo, a la liberación de todo freno y a la vagancia. Y es así difícil, tanto elevar los impuestos como obligar a los habitantes al cumplimiento de los deberes propios de la disciplina, tan necesaria en las tropas de línea. De aquí, la aversión del civil al oficio de soldado, la dificultad de reclutar cuerpos permanentes y la gran facilidad, en cambio, de organizar guerrillas o cuerpos francos para la guerra irregular; de aquí, también, la resistencia que un ejército enemigo encontrará siempre al invadir la Península». Fuera de Suiza no conocemos país alguno europeo en los que el pueblo se haya manifestado conforme con el servicio militar. La aversión del civil por el oficio de soldado es propia, lo mismo que del ciudadano español, del francés, del inglés, del italiano, del alemán, del ruso... Y la independencia del carácter español no ha sido obstáculo para que, en todo momento, el pueblo y el ejército de España hayan dado las más elocuentes pruebas de subordinación y de disciplina. En esta materia, la dificultad en el pensamiento extranjero para llegar a la conclusión de las cosas españolas es una falta indiscutible de sagacidad y de percepción.»

«El Gobierno de Carlos IV, o ignorante del partido que podía sacar de las levas provinciales, o convencido, acaso, de que no tenía necesidad de contar con ellas, antes que las provincias mismas fuesen invadidas, imaginó el completar los cuadros existentes, ordenando la leva de 30 hombres por cada 100 de los existentes en todo el reino. Pero fuera que esta medida encontrase mil obstáculos o se estimase como insuficiente, es lo cierto que la Corte no pudo disimular su sospecha de que el efecto de esta disposición fuese lento y tardío. A este apuro vino a juntarse la convicción de que los dogmas republicanos hacían numerosos prosélitos en sus ejércitos o en la clase media de la nación. Los hombres ilustrados maldecían la guerra, puesto que ella les colocaba a merced de Inglaterra, y la gente del pueblo hallábase dividida en sus opiniones, y así, mientras que unos la maldecían, dado que se guerreaba en contra de los principes, el mayor número de ellos la odiaban al exigirles demasiados sacrificios.»

**Medidas tomadas por la Corte de Madrid  
para continuar la lucha**

«En esta perplejidad, el gabinete de Madrid, flotando entre el deseo de la venganza y el temor de una ruina inevitable, perdía en indecisiones y en la celebración de consejos el tiempo que debió emplear en los preparativos. No podía por menos, al llegar a este extremo, el Teniente General Jómini el hacer referencia al célebre Consejo celebrado en Madrid, que fué causa de su destierro y, tras dar una breve información del mismo, continúa diciendo : «Entablada la guerra contra sus intereses, el Gabinete de Madrid recurrió a medios que venían a demostrar suficientemente cuál era la triste situación de sus finanzas. No hallándose en estado de establecer nuevos impuestos, ya hacia fines de diciembre del año anterior había emitido ochenta millones de papel moneda y a esta suma hubo de añadirse bien pronto una de ciento noventa millones, hipotecando para su reembolso la concesión del derecho sobre el monopolio del tabaco.»

«Además de las levas indicadas se trató de reclutar regimientos extranjeros aumentando su número. Los oficiales y soldados franceses, emigrados de Tolón, fueron admitidos con sus grados al servicio español, reforzando la legión llamada de la Reina, que había sido levantada por el conde Parmetier, aumentándose igualmente la de los Pirineos, que estaba mandada por el marqués de Saint Simón. En fin, se llamó a los generales en jefe de los tres ejércitos para discutir el plan de campaña en un consejo en el que estuvieron presentes el duque de Grillón y el conde O'Reilly. La corte aceptó el plan mismo de la campaña anterior ; es decir, que los ejércitos de Navarra y Aragón mandados respectivamente por el Teniente General Caro y el Príncipe de Castell Franco, habían de mantenerse a la defensiva en tanto que el de Cataluña, reforzado tanto como fuese posible, seguiría operando ofensivamente en el Rosellón». El criterio del general e historiador militar, cuyos conceptos hemos transscrito anteriormente, no puede ser más terminante : «No es difícil ver cómo esta resolución, no era suficiente para alcanzar el éxito.»

**Fallecimiento de los Generales Ricardos  
y O'Reilly**

El mes de marzo fué fatal para la causa de España. Como sabemos, durante él fallecieron, según dijimos, el día 13, el general Ricardos y el 23, don Alejandro O'Reilly, que le había sucedido en el mando del ejército del Rosellón. La Gaceta de Madrid del 4 de abril 1794, exponía con referencia al primero : «Con general sentimiento falleció en esta Corte el día 13 de marzo, a los 66 años, seis meses y dos días de edad, el Excmo. señor don Antonio Ricardos Carrillo de Al-

bornoz Rodríguez de Herra y Antich, Capitán General de los Reales Exércitos y del Principado de Cataluña, General en Xefe del exército del Rosellón, Comendador de las Casas de Córdoba en la Orden de Santiago, Administrador en la de Obrería en la de Calatrava y Caballero Gran Cruz en la distinguida de Carlos III. Sirvió cincuenta y nueve años, habiendo empezado de capitán del Regimiento de Caballería de Malta, en cuya clase fué al exército de Italia, y se halló en las batallas de Parma y el Tidone y demás acciones de aquella campaña: también estuvo en la de Portugal; después pasó a Indias para arreglar el exército, milicias, fortalezas y presidios de Nueva España; a su vuelta se le encargó la división de límites con la Francia; obtuvo la Inspección general de Caballería; se halló en la expedición de Argel, y fué nombrado Capitán General de Guipúzcoa. A vista del acierto y aceptación con que este general había desempeñado tan importantes y varias comisiones, se dignó S. M. conferirle la Capitanía General de Cataluña, y el mando en Xefe del exército del Rosellón, a cuyo frente llenó la confianza del Soberano, mereció singulares elogios a los generales de las potencias beligerantes, y aún a los mismos enemigos; suavizó los horrores de la guerra cuanto le permitía la irresistible fuerza de las circunstancias, y acreditó en la serie de sucesos de una campaña gloriosa, que reuniendo las calidades que constituyen los grandes Capitanes, era tan bizarro en el momento de la acción como generoso y humano en la victoria.»

No fué menos laudatoria y sentida la información necrológica que en la «Gaceta de Madrid», del viernes 25 de abril, daba cuenta del fallecimiento del segundo de los generales antes citados: «El 23 de marzo falleció en edad de 69 años en el lugar del Bonete (jurisdicción de la ciudad de Chinchilla, en el Reyno de Murcia y Obispado de Cartagena) el Excmo. Señor don Alejandro de O'Reilly, Conde de O'Reilly, Teniente General de los Reales Exércitos, que hacía viage al Rosellón a encargarse del mando de aquel exército. En 1735 empezó a servir de Cadete en el Regimiento de Infantería de Hibernia, en el qual siguió por todos los empleos subalternos hasta el de Sargento Mayor. Fué Ayudante general de la Infantería de España, Inspector de la tropa reglada y de Milicias de la Isla de Cuba, para cuyo sólido establecimiento y fundamental disciplina pasó a aquella isla y a la de Puerto Rico, con orden de que en ésta proyectase las fortificaciones necesarias para su defensa. Desde 1766 hasta 1786 estuvo a su cargo la inspección general de la Infantería de España, y desde 1770 hasta 1782 las de toda la tropa veterana, Milicias, Artillería e Ingenieros que había en América. Fué Vocal de la actual Ordenanza General del exército. Enseñó en Reus y plantificó, con total uniformidad, en todo el Exército el actual ejercicio. Fué Consejero nato en el de la Guerra. Tuvo la Comandancia general de Madrid, la Capitanía General de Andalucía, y los seis últimos años, con motivo de la guerra con Inglaterra, unido a ella el Gobierno político y militar de la plaza de Cádiz; el mando en xefe de

la expedición de Argel. Fué nombrado para el de Tolón, y últimamente para el de Rosellón. Se halló en toda la guerra de Italia, y en la de Portugal, mandando en ésta toda la tropa ligera de infantería y caballería. Fué comisionado a la Luisiana para su pacificación, e intervino en todos los preparativos marciales que se creyeron convenientes tomar en 1770 quando se recelaba un rompimiento de guerra con la Inglaterra. En 1757 fué a servir de voluntario en la guerra que tenía entonces la Empeatriz de Alemania, y después pasó al exército de Francia. En todos estos destinos, comisiones y mandos deja bien acreditada su inteligencia, actividad, desempeño, e infatigable zelo por el mejor servicio del Rey, disciplina de sus tropas, y felicidad de la nación, para cuya prosperidad y quietud ha formado, en quantas partes ha mandado, reglamentos, cuyos efectos recomendarán siempre su acierto y previsión, habiendo merecido en todos sus encargos y mandos, continuas y muy distinguidas y completas aprobaciones de S. M. Las prendas personales de este General, y circunstancias de que estaba dotado para el mando político y militar, hacen muy sensible su muerte.»

**Consecuencias sumamente desfavorables debidas a la pérdida de ambos Generales.—El Conde de la Unión es nombrado General en Jefe del ejército español en los Pirineos Orientales y Capitán General del Principado de Cataluña**

Como vemos, ambos ilustres generales recibieron, después de muertos, el debido homenaje oficial a sus relevantes servicios. Su falta había de tener consecuencias sumamente desfavorables para el ejército español, que en realidad no contaba con otro general que pudiera sustituirles, que el veterano y no menos ilustre militar don José de Urrutia, quien en efecto hubo de ser nombrado un día para dicho mando superior; mas en esta ocasión, no fué así y la designación recayó en el Teniente General, conde de la Unión, quedando encargado interiormente del referido mando, el Teniente General, Marqués de las Amarillas.

CITO

---

CAPITULO II

Los acontecimientos militares antes del 1 de Mayo  
del año 1794.



Dugommier conocía bien la vida de los ejércitos y las vicisitudes a que estaba sujeto el mando superior de los mismos. De esta suerte, una vez que había conseguido la reorganización del ejército francés en los Pirineos Orientales, no descuidó el llevar a cabo cuantas disposiciones fueran necesarias para mantener sus tropas en el más favorable estado de actividad e inmediata utilización de sus servicios.»

#### Dugommier se da cuenta perfecta de su situación

En estas condiciones, el general francés, vino a considerarse en el caso de haberse dado ya cuenta perfecta de su situación para actuar en conformidad con ella. Desde luego, había que asegurar cuanto antes, la defensa de sus flancos y de su retaguardia que no se encontraban en situación muy firme, dada las posiciones ocupadas por los españoles en aquel sector. La principal amenaza del ala izquierda y de la retaguardia se encontraba del lado del mar.» Dugommier, recibió esta costa en el estado del mayor abandono. Algunos paramentos de bataría, comenzados entre las desembocaduras del Aude y del Tet, algunas plataformas y afustes transportados al mismo lugar donde aquellas estuvieran asentadas, era todo cuanto nosotros, habíamos realizado al hacernos dueños de casi todo el Rosellón y, por consiguiente, del litoral Mediterráneo, apresurándonos a hacer desaparecer estos primeros intentos de fortificación ante el temor de que no sirvieran para nada dado que la escuadra francesa era dueña del Golfo de León.» Mas a pesar de todo esto, la misma información francesa reconoce que, el desastre de Tolón, «había hecho cambiar mucho las cosas».

#### El peligro marítimo

«A pesar de ello, no eran los ingleses a los que habíamos de temer en estos parajes» —expone Fervel—. En una *media inteligencia* con los españoles, después de su común fracaso, nada les interesaba la posesión de punto alguno de esta costa. Pero, acabábase de señalar en las aguas de Port-Vendres, al Almirante Lángara, quien, después de haber noblemente protestado contra la odiosa conducta de sus aliados de un

día, acababa de depositar en Cataluña a aquellos franceses perdidos, cuyas manos suplicantes, se habían extendido vanamente hacia la escuadra inglesa.»

«La marina española podía pues, causarnos, alguna inquietud. Pero el general criollo, hijo de las Antillas, que se había encontrado tantas veces mezclado en su vida a las guerras marítimas, se preocupaba, acaso con demasiada viveza, de los peligros del mar: Nadie, por el momento al menos, pensaba en atacarnos seriamente en la costa del Rosellón. Mas preocupado el general francés de estas cuestiones marítimas, la punta del Leucate tenía que atraer desde el primer momento su atención». «Ella corta, seguía diciendo, el camino del interior. Las dos largas playas de arena que la terminan son fáciles de abordar y es fácil, igualmente, el mantenerse en ellas. Algunas baterías a barbeta algunos malos atrincheramientos construidos en alturas, tales como el reducto de la Matte, son insuficientes para impedir un desembarco. La artillería de costa, ella sola, no es buena más que para proteger el cabotaje. La experiencia comprueba que es posible abordar delante de esta artillería, en los lugares más difíciles de hacerlo que se toman las baterías por la espalda y que es posible batir las tropas diseminadas (ejemplos: Cherbourg, Belle-Isle, la guerra del Canadá). Es, cruzando los fuegos sobre los puntos de desembarco, haciendo de la playa una cortina bien flanqueada, como puede prometerse la seguridad. Tropas escalonadas guardarán el resto». Estos son los principios que informaron las órdenes dadas por el general en jefe de las tropas francesas del Rosellón para la defensa del litoral. Los reclutas fueron designados para estos servicios.

**La vigilancia del General francés alcanza a cuanto se halla sometido a su cuidado**

Nada escapaba a su vigilancia. Era, por lo tanto, una nueva era la que se abría para los Pirineos Orientales y todo presagiaba que, la segunda campaña, lavaría las afrentas que las tropas de la revolución habían sufrido en la primera.

**El General Marqués de las Amarillas se encarga interinamente del mando**

Por lo que al ejército español se refiere, desde la marcha del general Ricardos, se había encargado interinamente del mando, por ser el más antiguo, el Teniente General, Marqués de las Amarillas, hombre de valor personal pero carente del sentido de la responsabilidad del mando, cuyo peso en aquella ocasión no era ciertamente para ser encomendado a una interinidad. Con estas características ¿qué podía hacer dicho general en el ejercicio de su mando, sino limitarse a operaciones de un carácter eminentemente defensivo, de una defensiva casi inerte, en todos los puestos de una línea que diariamente era atacada por las tro-

pas francesas, impacientes por dar ya comienzo a la realización del plan de campaña que sabían abrigaba su general en jefe para llevarlo a cabo en momento ya próximo?

Y esta actitud había de ser adoptada en su interinidad por el veterano Marqués, cuando el estado de agitación en que se encontraba el interior de Francia, los progresos de la Vendés, la actitud del norte de Europa con respecto a aquélla, venían a crear un clima totalmente perjudicial y contrario y cuando en fin, todo, parecía inducirle a seguir un proceder bien diferente de aquel que, por su irresolución y apatía, fué tan funesto para las tropas confiadas a su mando.

«Fuese tal vez debido, expone Claudio de Chavy, al carácter irresoluto que, según los historiadores era propio del general Marqués de las Amarillas, o, acaso, a las circunstancias mismas de ser interino su mando, por cuya razón no quisiera empeñar sus tropas en graves operaciones, es lo cierto que, a causa de semejante falta de actividad, se originaron, al correr del tiempo, los desastrosos acontecimientos que para los españoles caracterizaron esta campaña de Cataluña. Es posible, igualmente, que el general español no quisiera en efecto aventurarse en empresa alguna en la esperanza de que, en breve, pudiera traspasar su cargo y con él su responsabilidad, a otro general. Además, podía ser muy bien que, dado el apático sistema que él creyera oportuno llevar a cabo, estimase así cumplir sus difíciles deberes.»

Esta pasividad se manifestaba de una manera total, tanto dentro, como fuera, de los campamentos y de la fortaleza: los reclutamientos fueron casi nulos y durante el perdido tiempo de inercia y descanso, los cuerpos que se habían concentrado para invernar en el interior del país, vieron como con sucesiva lentitud iba poco a poco acercándose la línea de operaciones del contrario, amenazando presionar la suya.

**Consideración previa sobre el carácter  
de la actitud por él adoptada**

Pero en algo hay que alabar al Marqués de las Amarillas, y este fué, su cuidado en llevar a cabo una completa fortificación de los puntos y sectores importantes de nuestro frente de operaciones. Eramos los españoles, dueños de la torre de Batère en el flanco oriental del Canigó, por cuya razón se encontraban en condiciones de poder inquietar la derecha francesa, amenazando, por lo menos, las comunicaciones entre Villafranca y Mont-Louis. Para remediar este peligro, Dugommier había hecho elevar dos reductos en el Coll de la Ternère, en las dos alturas a la prolongación del camino, delante y a la izquierda de la Capilla de Santa Ana.

**Un acierto de su mando dentro del des-  
afortunado desarrollo del mismo**

Para poder establecer en el campo del Boulou los 40.000 hombres que el gobierno había prometido enviar de refuerzo al ejército de los

Pirineos Orientales, habíase dado la orden de ensanchar esta base de operaciones. Pero es lo cierto que, esta orden, no fué cumplimentada y todo el invierno fué invertido en la extensión y fortificación de este campo. El mismo día que el ejército francés había abandonado sus posiciones para replegarse, o mejor dicho, acogerse, a las defensas de Perpiñán, los españoles hubieron de guarnecer las alturas que en el centro dominaban toda la línea y que no eran otras que el Puig Scingle, el Pla del Rey y Saint Louc, convertido éste, en un reducto casi inabordable, así como el Pla del Rey quedaba constituyendo un verdadero fuerte. Al oeste, la ermita de Saint Ferréol, atrincherada cuidadosamente, servía de reducto a una cadena de puestos avanzados que cerraban los caminos de descenso de los Aspres y cubrían así, las avenidas del puente de Céret, en el que se apoyaba la izquierda del campo de que tratamos. En esta parte, todos los caminos estaban cortados con obras de fortificación adecuadas.

En el opuesto extremo, las Trompetes-Bases, que llegaban hasta el Tech, estaban enlazadas por una línea continua de atrincheramientos con las Trompetes Autes, las cuales, a su vez, se enlazaban por Montesquieu, merced a una serie de reductos, siendo esta localidad, edificada en una meseta de los Alberes, a unos noventa metros cerca del Tech, a modo de la ciudadela del sistema, al dominar todo el conjunto de las posiciones fortificadas.

Nos daremos perfectamente cuenta de esta disposición de las fortificaciones levantadas en nuestro frente de operaciones si recordamos la descripción que del campamento de Boulou hubimos de dar en el II tomo de nuestra obra, al tratar de la anterior campaña en el Rosellón (1). Como puede comprenderse todas estas líneas fortificadas, erizadas con toda clase de empalizadas, de obstáculos y demás defensas accesorias, habían sido completadas con el asentamiento de una artillería formidable. ¿Qué le faltaba pues, a todo este sistema fortificado para asegurar su fortaleza y garantir su utilidad? Sin duda alguna lo más esencial de todo: *un número de defensores proporcionados a su nueva extensión*. Faltaban los contingentes necesarios para guarnecer obras tan considerables y manejar toda la artillería, en disposición de barrer todos los accesos. Una vez más, hemos de recordar que, todas las promesas del gobierno de enviar tropas y recursos, no fueron cumplidas.

**Disposiciones tomadas para la defensa  
del campo del Boulou y establecimiento  
del frente de las operaciones.**

El Marqués de las Amarillas, al encargarse de su interino mando, comenzó por establecer su cuartel general en el flanco derecho, a más de cincuenta y cinco kilómetros de su flanco izquierdo: «Posición im-

(1) Capítulo XIX. El asedio al campo atrincherado del Boulou. Página 523.

propia, a juicio de Chavy, si se consideran los deberes inherentes al elevado cargo de comandante en jefe de un ejército; cargo que determina la colocación del cuartel general en un punto central, en el que sea dado, cuanto sea posible, el expedir con tranquilidad las órdenes precisas, no ignorar nada, aprovecharse de los felices consejos y remediar prontamente los incidentes producidos, atendiendo con activa energía a cuanto exija la ejecución de sus órdenes. Confiada a las tropas portuguesas la seguridad de la línea comprendida entre la Torre de Batère y las Alturas de Villars frente al puente de Reynes, la necesidad de mantener una cuidadosa vigilancia para evitar una sorpresa en punto de tanta importancia y sostener al mismo tiempo una prudente defensiva contra los repetidos ataques de las guerrillas francesas que, casi diariamente, multiplicaban la atención de nuestras tropas, nuestra situación no podía ser más desfavorable, haciéndose notar más estos inconvenientes y fatigas en aquellas tropas establecidas en los lugares montañosos tales, como los de Peraldá, Montboló y Pont de Luna.

La insuficiencia de nuestros contingentes era causa de tener mal guarnecidos puestos importantes como el de Céret, cuya defensa comprendía toda la extensión de terreno entre las alturas de Villas y Saint Lou. La marcha para Barcelona de una legión de emigrados franceses al mando del barón de Ortafa, debilitaron la defensa de este puesto, encomendada a los regimientos primero de Oporto y al de Peniche, al mando del mariscal de campo don Francisco de Norona, y al cual, había llegado, el día 22 del mes de enero.

**Nuevo emplazamiento del cuartel general español.**

En este sector, guarnecido por las tropas portuguesas, la Torre de Batère, defendida por un piquete avanzado del Regimiento de Cascaes, era objeto de una desagradable predilección por parte de los franceses en sus incansables ataques. En vano, el General Forbes, daba cuenta al alto mando español del peligro que representaba este abandono, en la defensa de nuestras líneas. Los refuerzos no llegaban y, por cuenta propia, hizo trasladar un obús y algunas piezas para que, no sólo defendieran mejor esta posición, sino también, para que, sus tropas, pudieran realizar sus descubiertas hasta la aldea de Saint Mar-sal, punto de resguardo para los enemigos.

Ya en los comienzos de este año de 1794, se sospechaba fundadamente que, los franceses habían de llevar a cabo, una aproximación de su frente, meditando cortar las comunicaciones de las tropas de Arlés, con el resto de las demás, por cuya razón, el mayor general don Pedro Mendieta, que ejercía el mando de este sector, dispuso el fortificar el puente de Reynés y de localizar un puesto avanzado en las alturas de Villás, en donde los soldados portugueses del primer Regimiento de Oporto, levantaron algunos parapetos, muchas veces, bajo el fuego

enemigo. Llegado el mes de marzo, esta torre de Batère, fué seriamente atacada, teniendo que realizar sus defensores heroicos esfuerzos para defenderla. La escasez de tropas era tal, que no podía llevarse a cabo el relevo de los distintos destacamentos avanzados a fin de proporcionarles algún reposo y el servicio de las baterías con los artilleros portugueses, era constante.

Situación semejante obligó al General Forbes a dar cuenta al Marqués de las Amarillas, solicitando apremiadamente, como ya lo tenía hecho en ocasiones anteriores, las precisas providencias para remediar tales inconvenientes; pidiendo que fuese aumentada la fuerza que mantenía en Arlés con los dos regimientos, 1.º de Oporto y de Peniche, que estaban en Céret. Es interesante transcribir aquí la información que proporciona Chavy en su obra citada: «Por todas partes se hacían sentir idénticas faltas, las fuerzas peninsulares que se hallaban entonces acampadas en el ejército activo al mando de Amarillas no lo eran en número superior a 9.000 soldados de infantería y 1.500 caballos, por cuya razón respondiendo a las instancias de Forbes, el General en Jefe, prometióle ordenar que fueran relevados los artilleros portugueses, no tomando otras resoluciones que dejaba a la apreciación del nuevo general por quien esperaba ser sustituido en el mando del ejército» (1).

**Desfavorable situación de las tropas portuguesas**

Sin duda alguna, en vista de todo esto y celoso del cumplimiento de sus deberes por cuanto hacía referencia a la vigilancia y cuidados de las tropas a él confiadas, también dió cuenta el General Forbes al gobierno de Portugal de la situación y circunstancias en que se encontraban las de la división a su mando, pidiendo la precisa intervención para con el gobierno de España, a fin de que el general en jefe haciendo ocupar por tropas de esta nación los puntos que los portugueses guarneían, ordenase a éstas se concentraran en lugar conveniente en el interior del país para descansar por algún tiempo del riguroso servicio de montaña, reposando de las fatigas y restableciéndose de las molestias que tales azotes *flagellando* les acarreaban; y para poder así reorganizarse, como convenía, aprestándose en buenas condiciones para la abertura de la nueva campaña.

Fueran o no cambiadas efectivamente entre los dos gobiernos las notas oportunas, Forbes siguió sin obtener para las tropas de su división mejores condiciones prosiguiendo en el arduo servicio que estaban realizando para después seguir tomando parte activa en las operaciones de guerra.

Mas aunque fuera extraordinariamente penoso para nuestros soldados esta falta de anuencia a los benévolos y juiciosos pensamientos del

(1) Esta noticia está tomada de una colección de documentos obrantes en la Capitanía General de Cataluña.

general Forbes, les fué altamente honorables el que «el gobierno de S. M. Católica estimase como un grande inconveniente el que nuestros portugueses abandonasen las posiciones que ocupaban, siendo esto debido, según propia expresión del duque de Alcudia, en una nota dirigida a nuestro ministro en Madrid : *al inminente riesgo que así corría el ejército español y la frontera respectiva*». El relevo de las tropas portuguesas no se haría, según Godoy : *sin riesgo inminente de nuestro ejército y frontera*.

**El General Forbes da cuenta de ello al Gobierno de Portugal**

El fallecimiento de los generales Ricardos y O'Reilly debió de anublar las esperanzas del Marqués de las Amarillas de una pronta dejación de sus funciones y sin actividad propia la pasividad del campo español formaba contraste con la actividad del francés. En el mes que nos ocupa el general Dugommier creía hallarse ya en condiciones de iniciar la ofensiva proyectada; el ejército que él acababa de levantar sobre sus propias ruinas, hallábase acantonado delante de Perpignán, su izquierda a Toulouge, su centro en el campo de la Unión y la derecha apoyada en el estanque de Saint-Nazaire. Esta derecha fué la primera en dar un paso hacia el enemigo al comienzo del mes ventoso, destacando para ello al pueblecito de Elne por ser éste un puesto esencial para el dominio de la llanura del Tech inferior y del camino del Colliouré, 1.200 veteranos, 60 húsares y 4 piezas de artillería, a continuación la Torre de Elne, Saint-Cyprien Montescot fueron ocupadas y el general Sauret para acoplar este desplazamiento de su división, vino a establecerse en Lazérme.

**Dispositivo del frente francés**

Había llegado el momento de iniciarse el avance general del ejército republicano, y efectivamente, el 7 germinal, o sea, el 27 de marzo, los soldados franceses abandonaron sus cuarteles de invierno y llevaron a cabo un avance general de su línea. Augereau se trasladó desde Toulouge a Masdeu, apoyando su derecha en Fourques, al pie de los Aspres y cubrió su frente por una línea de puestos avanzados que tenía por puntos de apoyo a Passa, Monestier y Villemolaque. Pérignon, que, como sabemos, mandaba la división del centro, avanzó desde el campo de la Unión por la gran carretera internacional hasta más allá de Bagés y después desplegó a la izquierda, entre las alturas del Réar y la meseta de Brouilla, un poco atrás del molino de la Seille. Sauret, ocupó el pueblo de Ortaffa. Dos baterías vinieron a defender prontamente este campo, barriendo una de ellas con sus fuegos la llanura de Elme, en tanto que la otra lo hacía con las avenidas del anterior pueblo; una tercera fué asentada delante de la división central, cruzando sus fuegos

con la anterior. La mayor parte de la caballería establecióse detrás de la derecha alrededor de Ponteilla; asimismo detrás del centro, hacia Bagès, la fuerza de reserva. En fin, el cuartel general, a retaguardia, en la aldea de Nils.

La previsión del general Dugommier alcanzaba a todo y de esta suerte, antes de ir más lejos, hizo acantonar los llamados *batallones de inercia*, que no se hallaban en condiciones de seguir el avance del ejército, en tres campos de instrucción establecidos: el de la derecha, entre Fourques y Masdeu, el de la izquierda, a retaguardia de Ortaffa, sobre una elevación que dominaba el valle del Tech y, el tercero, finalmente, en el intervalo entre los dos que acabamos de citar. Estos campos, en los que los reclutas franceses se hallaban ya en condiciones de prestar algún servicio, venían a constituir una especie de primera base de operaciones. Todos ellos, así como la guardia del cuartel general, fueron colocados bajo el mando de un joven y valiente oficial que acababa de curar de una herida recibida delante de Tolón y que, en un corto plazo de tiempo de servicio, había llegado a tan alta jerarquía militar; era Despinoy.

Sin más acontecimientos dignos de mención hubo de terminar el mes de marzo, habiendo nuestro mando dispuesto el asentamiento de tres piezas de grueso calibre en disposición de batir el vado de Ortaffa en el cauce del Tech.

Había llegado la primavera y tras el avance general de la línea francesa, llevado a cabo el 27 de marzo, no cabía suponer que su ofensiva continuara sin desarrollarse en todo su empuje e intensidad según el pensamiento del general en jefe. Los soldados de la revolución que habían visto realizar este movimiento sin oposición alguna por parte de los españoles no podían por menos de dar rienda suelta a esos sentimientos de orgullo tan característicos de nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos, y no desperdiciaban ocasión de mostrar su menorprecio por las tropas de un ejército enemigo que a tal extremo llevaba su pasividad y abandono.

#### Avance general del mismo.

Durante el mes de abril, lleváronse a cabo por el ejército republicano todos aquellos movimientos preparatorios reclamados por el desarrollo del plan de su general en jefe. El general Dagobert tras su presentación al Comité de Salud Pública, exponiendo ante él sus querellas, recobrado en el mando que ejerciera en el ejército de los Pirineos Orientales, llegó a Puigcerdá, donde tenía establecido el cuartel general el 1.<sup>o</sup> de dicho mes y el 6 de abril (17 germinal), Dugommier delante del campo español del Boulou, esperaba la llegada de una flotilla que debía cargar en Tolón un cargamento completo de artillería de sitio para ser transportado a uno de los puertos de la costa Mediterránea pues a este propósito es de advertir que el comité había en efecto pres-

critó a Dugommier el debutar por la reconquista de Collioure, pero como el arsenal de Tolón carecía de astuces era la propia flotilla la que esperaba su cargamento. Los correos de la Provenza, no anuncian otra cosa más que retraso y todo esto desesperaba al general en jefe del ejército francés que, a pesar de todo para remediar el mal, trataba de aprovecharse de este retraso para madurar y comunicar a sus subordinados el acertado plan de ataque que había concebido.

Desde luego con la llegada de Dagobert a la Cerdanya y, no obstante, al comenzar a cubrir las alturas de las montañas, las nieves tan abundantes que coronan sus crestas durante el invierno en tan grande cantidad, se imponía el reanudar las primeras hostilidades en un campo de operaciones tan conocido por el viejo general. Por otra parte Dugommier no perdía ocasión de desconcertar el ánimo de los españoles con continuas escaramuzas en los distintos puntos del frente, consiguiendo de este modo disimular sus proyectos. Este propósito pudo lograrlo por completo, pues los nuestros, faltos de reposo y en constante estado de alarma, se vieron obligados a abandonar sus puestos avanzados y a concentrarse en los atrincheramientos del campo del Boulou, privándose de este modo de los medios apropiados para advertir o darse cuenta de los preparativos franceses. Los cuerpos franceses rivalizaban en disputarse el honor de causarnos este mal y preparábanse a llevar a cabo las más brillantes empresas contra las tropas *del tirano de Castilla*.

Llegado el mes de abril, ya en los primeros días se presentaron las tropas francesas ante nuestro frente ocupando de nuevo las posiciones de Banyuls los Aspres que, en diciembre habían abandonado al retirarse al resguardo de Perpignán, después de sus desgraciados combates en el sector izquierdo de su frente. El Marqués de las Amarillas, tratando de darse cuenta de la situación del frente enemigo, ordenó la práctica de algunos reconocimientos con los cuales pudo conocer que no tenía que temer nada importante por su derecha. En vista de ello con varias compañías de granaderos, algunas piezas y alguna caballería, encaminóse sobre Tresserre, que era una posición que ahí tenían las tropas republicanas, las que hubieron de retirarse ante la presencia de los nuestros. En su consecuencia el General español ordenó el avance de sus tropas estableciéndose en una ventajosa posición frente al citado lugar desde donde era descubierto el campo enemigo. Entablóse un duelo de artillería de escasa importancia y como quiera que los habitantes de Tresserre, eran unos activos perseguidores de nuestros reconocimientos y descubiertas por las tropas del Boulou, en condigno castigo de su conducta, hubo de ser incendiado.

A continuación el Marqués ordenó la retirada de su fuerza «que se efectuó con orden para los respectivos campamentos, volviendo el General por la derecha de la línea y sin que por su proceder demostrase haber logrado alcanzar un conocimiento de las disposiciones del enemigo, de los intentos que manifestaba y de los medios que convenía oponerle.»

Los franceses, por su parte, sin querer emprender movimiento a fondo con carácter más o menos decisivo y bien establecidos en sus nuevas posiciones, no pretendían por el momento otra cosa que, mantener a españoles y portugueses en una fatigosa inquietud y vacilación acerca de aquellos puntos por donde pudiera iniciarse su acción ofensiva. De este modo, y según tenemos ya indicado, eran constantes los pequeños ataques a lo largo de nuestras posiciones, haciendo sumamente penosa la situación de nuestras fuerzas en sus campamentos sin poder entregarse a un verdadero descanso.

**Movimientos preparatorios dispuestos por  
el General Dugommier para la realiza-  
ción de su plan ofensivo**

Los franceses en este mes de abril daban ya pruebas de su actividad y la «Gaceta de Madrid» del día 15 comunicaba que, el Comandante General interino del ejército del Rosellón, Marqués de las Amarillas, en carta del 4 del mismo mes, decía lo siguiente : «Excmo. señor : La pericia militar y natural resolución del Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, Comandante de las tropas del Boulou y puestos avanzados, ha dado ayer una prueba al frente del exército enemigo de que no imponen a las tropas del Rey su proximidad, su número, ni sus amenazas, como verá V. E. por su oficio, que copia : Excmo. señor : Esta mañana, a las seis, una columna enemiga, como de 400 hombres y algunos caballos, por la parte de Banyuls se empeñaron con nuestra vanguardia, cuyos primeros avisos me participaron que estaba cortada ; pero habiendo acudido el retén de caballería y tropa ligera que está delante de la línea, desistieron y se retiraron a Banyuls. Como entretanto había puesto a prevención toda mi tropa sobre las armas, luego que vi que por mi derecha no había la que temer, tomé las compañías de granaderos, las tropas ligeras que había francesas y 80 caballos, y subí al pueblo de Tresíeres con dos cañones de a 4 y el batallón de Navarra. Las avanzadas enemigas se retiraron del pueblo, y alarmaron su campo ; ocupó una posición ventajosa más allá del pueblo que descubre el campamento enemigo, y contuve una gran guardia de caballería que venía sobre nuestras avanzadas : seguidamente llegaron los dos cañones, y haciendo fuego sobre ellos cuando menos lo esperaban, se desordenaron y escondieron detrás de una casa, la que también desampararon, y corrieron a unirse con una columna enemiga de infantería que a mayor distancia había hecho alto. Viendo yo que no pensaban en acercarse, y pareciéndome conveniente castigar el pueblo de Tresíeres, cuyos vecinos han tomado las armas contra nosotros, y son los primeros en hacer fuego por las mañanas a nuestras partidas de descubierta, mandé ponerle fuego por cuatro partes, y luego que hubo tomado cuerpo me retiré muy despacio escarmentando de cuando en cuando a las partidas enemigas que se adelantaban a observarnos. En el primer fuego de nuestras gue-

rrillas y sorpresa de nuestros cañones vimos que habían padecido algún daño los enemigos. Por nuestra parte sólo hemos tenido dos soldados de Cataluña y Barcelona levemente heridos, y muerto un dragón de Almansa, que se empeñó demasiado persiguiendo una partida de cazadores franceses. Nuestra tropa, en su anhelo por atacar, ha manifestado que podemos siempre contar con ella.»

**Operaciones realizadas por los franceses  
en el mes de abril**

El día 8 de abril los franceses atacaron la posición de Mont Boulo. Hallábase al frente de ella el Teniente Coronel Werna; durante algunas horas de la noche mantúvose el fuego, pero ante la briosa defensa de este jefe, al clarear el día, se retiraron los franceses con sensibles pérdidas habiendo quedado muertos en la posición tres soldados portugueses. Durante la noche del día 12 nuevamente atacaron los franceses la posición de que se trata con el designio de distraer la atención de los nuestros hacia esta parte en tanto que realizaban un ataque a fondo sobre el centro. Tres columnas francesas habían de llevar a cabo la operación importante; una de ellas atacaría sucesivamente las baterías de Palau y Montesquieu, otra se apoderaría de la batería de la Trompete, que dominaba el Boulou y toda la llanura adyacente hasta el curso del Tech; la tercera columna quedaría de reserva manteniendo en respeto las tropas del Pla del Rey.

Bien informado nuestro alto mando de las intenciones enemigas, reforzáronse inmediatamente los puestos amenazados simulando retirar las avanzadas para que los franceses en vista de ello descuidasen la seguridad del campo. Avanzaron dos columnas francesas sin obstáculo dirigiéndose una a las baterías de Palau en tanto que la otra debía atacar la posición española de la Trompete ganando la margen del Tech para establecer con presteza un puente de carros que facilitase el traspaso de sus tropas a la margen opuesta. Al darse cuenta los soldados españoles de la aproximación del enemigo no pudieron contener su actitud expectante rompiendo sobre él un fuego que hubo de causarles mucho destrozo. De este modo sorprendidos los franceses que habían traspasado el Tech, viéronse obligados a tener que repasarlo inmediatamente en el mayor desorden a causa del pánico cundido entre las filas de sus columnas. La caballería española ante tal situación del enemigo, cargó impetuosamente contra él, pero su pronta retirada hizo fracasar el intento abrigado por nuestros jinetes.

Como puede suponerse la columna francesa de reserva dándose cuenta del mal éxito de los esfuerzos llevados a cabo por las otras dos columnas no tardó en retirarse. Parece ser que en el desarrollo de esta acción hubo de darse uno de esos acontecimientos que no son raros en toda clase de contiendas. Caminaba con prudente morosidad la columna francesa destinada al ataque de la batería de Palau para desempe-

ñar con el mayor éxito la empresa a ella encomendada, cuando en esto creyó reconocer que se le aproximaban tropas enemigas; presa de la inquietud consiguiente hizo fuego en dirección de las mismas. Desgraciadamente, éstas eran también fuerzas francesas que iban deslizándose protegidas por la obscuridad de la noche y que, al verse atacadas, respondieron a su vez con repetidas descargas, entablándose de este modo un lamentable combate entre soldados de una misma nacionalidad. No es necesario advertir que enterados finalmente del engaño, tan lastimoso suceso dejó profundamente abatido el ánimo de los que en él, habían tomado parte.

#### Actividad del ejército republicano

Chavy concede gran importancia a esta acción de guerra: «Tal fué el resultado de esta tentativa de los franceses, expone éste, que al haber sido coronada con el éxito que ambicionaban hubiera acarreado serios obstáculos para la línea española. Perdidas las baterías de Palao y Montesquieu, difícilmente hubieran podido conseguir los españoles conservar a Trompeta por tener de frente todas sus defensas, siendo en cambio al revés accesible al ataque; perdida esta batería los republicanos hostilizarían el Boulou cortando la comunicación entre los dos flancos del ejército aliado; podían tomar a Morellas y consiguientemente ocuparían la vía real que se encamina a Bellegarde u obligarían a los peninsulares a transportar los víveres embarazosamente y desde luego a la marcha conveniente en el caso de una retirada pues, en estas condiciones, habría que practicarla por las escabrosidades de estrechos desfiladeros, de los cuales también podrían apoderarse los franceses».

Frustradas estas importantes aspiraciones francesas fueron, no obstante realizadas en breve, vengándose así los soldados republicanos en un solo día de las amarguras de la pasada campaña, en la que el intrépido y juicioso Ricardos, supo reprimir su audacia manteniéndoles como domados en su osadía y orgullo a causa del éxito y gloria de las victorias por él conseguidas.

#### Ataques a la posición de Boulou en los días 14 y 15

El día 14 de abril por la tarde, un considerable grupo de guerrillas francesas agredieron el puesto de Villars, guarnecido por 40 soldados pertenecientes al regimiento portugués de Peniche, pero a pesar de su atrevimiento y vigoroso ataque, fueron recibidos serenamente por los defensores que, a tiempo socorridos, lograron poner en fuga a los franceses. Tales intentos por parte del enemigo colmaron la paciencia del Marqués de las Amarillas, quién, sabiendo que el día 15 los franceses proyectaban aquella noche como de costumbre, sorprender una de nuestras grandes avanzadas, dispuso una emboscada de cuya reali-

zación habían de encargarse los Generales Cuesta y Taranco. El plan era el siguiente :

Al aproximarse la noche cinco Compañías de Granaderos y un destacamento de Dragones se colocarían a la retaguardia y sobre el flanco derecho de la Gran Guardia. Esta, tan pronto se diera cuenta de la aproximación del enemigo, abandonaría la posición simulando una fuga precipitada, dando lugar a que, confiados en la seguridad de su avance, los franceses vinieran a caer en situación de ser batidos fácilmente por los nuestros.

Como estaba prevenido, llegada la medianoche dos columnas francesas se presentaron avanzando, la una, por el camino de Perpignán y colocándose la otra, sobre el flanco izquierdo de la posición que pretendían sorprender. A las primeras descargas de los franceses, los soldados de la Gran Guardia, conforme a la orden recibida, abandonaron la posición en veloz carrera cual si se hallasen poseídos del terror; aquellos no vacilan en perseguirles sin temor alguno, mas llegados al punto por nuestro alto mando elegido, un vivísimo fuego por el frente y por el flanco obligó a los revolucionarios a tener que detenerse en su avance e iniciar una rápida y veloz retirada. La operación había estado dirigida por Taranco.

Mas los franceses no se dan por vencidos y al llegar a la altura del barranco de Banyuls, vuelven a reanudar su ataque, siendo rechazados. Por tercera vez tratan los franceses de conseguir la victoria, pero a pesar de su arrojo no pueden vencer la resistencia española que les fuerza a tener que abandonar el campo de la acción con pérdida de más de cien muertos y muchos heridos. (Como en otras ocasiones tenemos dicho no nos hacemos responsables de la exactitud de esta cifra.)

#### Nuevos ataques franceses

No se resignaron los franceses a esta derrota y a la noche siguiente, en la del 16 al 17, fueron los Cazadores de Banyuls, los que a su vez, vinieron a provocarnos, atacando la posición de Más de la Paille. Esta última operación fué seguida de otra semejante sobre este mismo punto y de ella daba cuenta la Gaceta de Madrid del 2 de mayo, manifestando que, «el Marqués de las Amarillas, Comandante General interino del Ejército del Rosellón, en oficio de 20 del propio mes, había acompañado copia del que, con fecha del 19, recibió del Mariscal de Campo don Joseph Moncada, Comandante de las Tropas del Llano, y que literalmente era como sigue : «Excmo. señor : La tarde del 18 a las dos de ella me dieron parte que dos columnas de 1.500 a 1.600 hombres cada una se dirigían al Palau; inmediatamente mandé al Conde del Donadio que con 400 hombres reforzarse aquel puesto, y a este tiempo recibí otro parte de que una tercera columna de igual fuerza se dirigía también al mismo punto, y que dos columnas de caballería de 400 hombres cada una sostenida de un batallón pasaban el río, que-

dando en su campo como cuerpo de reserva dos compañías de granaderos, un pequeño cuerpo de infantería y 30 caballos; y ascendiendo sólo a 120 caballos del Regimiento de Algarbe los que tenía libres, mandé a su Teniente Coronel Marqués de las Torres que fuese a unirse con la del Palau, y ambas atacasen a la de los enemigos, pero encontrándose con ella en el camino la atacó e hizo con su tropa prodigios de valor, habiendo sido muy sensible que un xefe de tanto espíritu y bizarria quedase muerto en el campo de batalla, de donde se le recogió después. El Brigadier Conde del Donadio hacía un fuego muy vivo de fusilería, por lo que avisándome se le acababan los 400 cartuchos que llevaba cada soldado, le envíe tres cargas de ellos. Este digno Oficial habiendo encontrado la tercera columna enemiga, no pudo llegar al puesto del Palau, y aunque muy inferior en fuerzas, supo tomar una posición tan ventajosa que gastó útilmente todas las municiones, y se replegó a mi cuerpo sin un cartucho, y habiendo recibido una contusión muy fuerte en un muslo, que un peso duro que tenía en el bolsillo le libró de la bala, no pude conseguirse se retirase hasta que se lo mandé. De las tropas del Palau nada puedo decir, ni detallar la acción que tuvieron; pero sí sé que a las dos columnas enemigas les costó cerca de dos horas de un vivo fuego el forzar 400 hombres que ocupaban aquel puesto y que se retiraron en buen orden. Durante toda esta acción hubo frente al puesto de Cavares una columna de infantería y otra de caballería que intentaban pasar el vado, cuyo número no puedo determinar; pero el Capitán de granaderos que mandaba una avanzada de 200 hombres de infantería en aquel paraje, y el Teniente de Artillería don Joachín Cavaleri hicieron un fuego tan vivo y acertado de fusilería y artillería que desordenaron dos veces al enemigo impidiéndole el paso del río y obligado a que retrocediese la columna de infantería de la derecha que estaba haciendo fuego a la del Conde de Donadio. Nuestra pérdida consistió en tres soldados muertos, o extraviados, catorce heridos y tres contusos, cinco caballos muertos y ocho heridos, e ignoro las que habrá tenido las tropas de Snt. Andreu».

Moncada terminaba su información manifestando: «Que el Brigadier don Fernando Cagigal, y los Coronellos don Francisco Venegas, don Juan Orbegózo y don Joseph de la Carrera, Teniente Coronel y Sargentos mayores de las divisiones de granaderos Povinciales y don Pedro Roca, Comandante de escuadrón de dragones de Almansa, me ayudaron infinito; asimismo el Ayudante mayor de Pavía don Juan Monduit, el Capitán graduado don Diego de Soto, mi Edecan y don Joachín Germán, Cadete de Algarbe, se distinguieron muchísimo llevando mis órdenes a todas partes. Las tropas del rey, mediante la serenidad y valor que manifestaron, consiguieron con fuerzas muy inferiores detener al enemigo, y obligarle a repasar el río y conceptuó que su pérdida pasó de 200 hombres.»

Por su parte el Marqués de las Amarillas añadía: «El Brigadier Conde del Donadio merece mucho elogio por su conducta en esta ocasión co-

mo en las demás en que se ha hallado, y son muy dignos de la piedad del Rey los otros Oficiales que nombra Moncada, y se han manejado en esta ocasión como corresponde al concepto que han sabido merecer en otras. La pérdida del Marqués de las Torres debe ser muy sensible porque sus calidades le proporcionaban al Rey un buen General de Caballería. Todo lo pongo en noticia de V. E. para que lo traslade a la de S. M.»

Del texto de estos comunicados se ve claramente como tanto el Marqués de las Amarillas como el Mariscal de Campo don José Moncada, no se olvidaban de dar cuenta de la brillante conducta de las tropas que habían combatido en las acciones de referencia, rindiendo el debido elogio a los generales, oficiales y tropa que en ellas figuraban. Sin duda alguna, los soldados españoles no obstante lo incierto y poco tranquilo de su situación hallábanse todavía dispuestos a luchar bravamente.

#### Julcio crítico del historiador Chavy

Pero la anterior información española no nos permite darnos cuenta de lo que en efecto hubo de ser la acción realizada en la tarde del día 18 de abril por el ejército francés contra las posiciones españolas establecidas en su ala derecha. El alto mando francés había concebido una operación para apoderarse del puesto que, mal guarnecido por las tropas españolas, hallábase situado en el lugar llamado Palau de Vidre. Diferentes columnas del ejército republicano se dirigirían hacia este lugar, en tanto que otras columnas y alguna caballería traspasarían al mismo tiempo el Tech.

Para favorecer este intento, el combate demostrativo sería llevado a cabo por las tropas del centro de su línea, punto el más avanzado y vulnerable. Este plan, que Chavy califica de notable disposición, parece ser que no fué apercibido por el Marqués de las Amarillas. Cayendo en el lazo que el general enemigo le tendía, creyó de buena fe que era su derecha la que había de ser atacada, descuidándose en hacerlo él por su parte contra el centro francés que, apenas estaba guarnecido y qué, seguramente no era difícil abordar. Para desdicha de la causa hispano-portuguesa, Amarillas fijó toda su atención en el punto atacado, sin pensar como esto obedeciese a una feliz combinación de movimiento ideada por el Mando francés. En lugar de disponer un avance de los nuestros contra el centro de la línea enemiga que, según frase textual del historiador portugués: «Se hallaba, por así decirlo, convidando a la práctica de una juiciosa y audaz maniobra mediante la cual sustentando convenientemente la derecha, tendría colocado entre dos fuegos a su arrojado agresor limitóse a tener reforzada su derecha con 1.400 caballos y alguna infantería a las órdenes del Marqués de las Torres.»

Encontráronse estas fuerzas mandadas en socorro de la guarnición de Palau con una columna enemiga, entablándose un animoso combate

por una y otra parte. El resultado de la operación no fué feliz para los nuestros. Muerto en la pelea el Marqués de las Torres, con dificultad pudo el Brigadier Donadio reunir en posición ventajosa las tropas desordenadas para retirarlas ordenadamente al abrigo del campo del Boulou.

Coincide Chavy con nuestra información oficial en dar cuenta de la brillante conducta de nuestras tropas : «400 españoles que tantos eran los que defendían Palau, después de briosa resistencia por espacio de dos horas combatiendo contra 3.000 franceses hubieron de ceder al final la victoria a sus contrarios, y es digno de recordar el comportamiento de un capitán de granaderos del ejército español que durante las vicisitudes de este día, con 200 soldados detuvo el paso de una columna enemiga impidiéndola, merced a acciones del máximo valor, que efectuasen el paso del río como era su intento.»

Así perdió nuestro ejército las baterías de Palau y como quiera que el Marqués de las Amarillas ordenó al mismo tiempo abandonar los puestos de Saint-Andrés, Saint-Genis y otros, dejó abierto entre el centro y la derecha de nuestra línea un amplio boquete que había de incitar al enemigo al aprovechamiento de las ventajas que esta desacertada disposición de nuestro mando podía ofrecerle con la consiguiente ruina para nuestra causa.

Y efectivamente no dejaron de aprovecharse de esta circunstancia los aventajados enemigos. No satisfechos con la batería que en conveniente situación habían asentado para agredir la avanzada española del Boulou, vinieron a colocar otra, en Ortaffa, a tiro de metralla de uno de los vados del Tech ; de esta suerte quedaba libre el paso del río a las tropas francesas entre Collioure y Montesquieu, flanqueando la Trompette con las posibilidades de poder hostilizar con ventaja por aquel lado nuestro frente de operaciones, principalmente después de haber pasado el día 19 por Ortaffa dos columnas francesas que, como era lógico, pusieron en retirada a la diminuta fuerza que guarnecía la posición defendida por algunas baterías.

**Cesa en el mando el Marqués de las Amarillas.—Juicio crítico sobre su actuación.**

por Chavy

En tal estado de cosas, el General Marqués de las Amarillas pensó localizar el cuartel general en Céret, pero su mando interino había terminado. Como sabemos el Conde de la Unión había sido nombrado General en Jefe de nuestro ejército.

Sin duda alguna, no fué nada feliz la actuación de nuestro General en esta primera etapa de su mando interino ; y es cierto que, limitándose durante el ejercicio de éste a mantener el ejército hispano-portugués en actitud defensiva en las posiciones que ocupara al terminar el año anterior no impidió que el ejército de la Revolución pudiera colócase en situación ventajosa frente a sus campamentos quedando en

disposición de poder iniciar en todo momento una reacción ofensiva de éxito probable como efectivamente hubo de suceder.

Desde luego el plan de conducta que hubiera convenido a nuestro veterano General era el que, remontándose a las esferas de lo ideal, expone el historiador Chavy : «Expulsar al enemigo de sus posiciones ; conquistar Mont-Louis y penetrar por aquella parte en el Rosellón ; combinar adecuados movimientos para envolver por todos los lados a los franceses en desorden ; combatirlos y vencerlos aisladamente, todo esto hubiese sido, tal vez, de no muy difícil ejecución y el ejército aliado se encontraría al final laureado por la victoria y en buenas condiciones para con ventaja haberse hecho con los socorros que más tarde fueron llegados al campo enemigo».

Y no juzga el historiador portugués que esto fuese una vana quimera, pues el estado de agitación en que se hallaba el interior de Francia ; los progresos de la Vendée ; la actitud del norte de Europa con respecto a aquélla, entonces malaventurado país, todo parecía querer inducir al General español a la adopción de un proceder bien diferente del que por su irresolución o apatía, tan funesto hubo de tornarse para las tropas confiadas a su mando. Pero de todos modos algo hay que abona la responsabilidad de nuestro General, pues como expone Jómini : «si el ejército español dejó operar el avance del enemigo quedando así en una situación como de adosamiento a los Pirineos desde Prats de Molló hasta el mar, hay que tener en cuenta que Amarillas esperaba en aquella ocasión un general en jefe para reemplazar a Ricardos y a O'Reilly, muertos sucesivamente a la vista de la recuperación de su mando, el primero y de la incorporación a su destino el segundo. Nuestro General al ver a su ejército cubierto por el Tech, desde el mar hasta el campo del Boulou y, desde aquí, por la cadena de colinas que se liga al Canigú y sobre la cual era de su agrado poner los atrincheramientos, no quería dejar nada al azar. Esperaba con tanta más impaciencia su sucesor cuanto que los refuerzos anunciados por la Corte no llegaban al correr del tiempo no teniendo a su disposición más que 25.000 combatientes hábiles, en tanto que, más de 10.000 hombres, se hallaban internados en los hospitales.

Única actitud que podía adoptar el Marqués de las Amarillas

Si esta particularidad permitió a los franceses tomar la iniciativa con éxito, afirma el ilustre historiador militar ; reconocemos que en la situación del digno Teniente General del ejército español, don Francisco Pablo de Girón y Aragón no cabía llevar a cabo grandes empresas ni entregarse a aventuradas iniciativas ; mantenerse discretamente en su puesto era lo único a que podía aspirar y si no lo pudo conseguir, más que a su incapacidad hay que achacarlo a su desgracia.

CAPITULO III

Ultima expedición de Dagobert a la Cerdanya



L 1.<sup>o</sup> de abril (12 germinal) Dagobert llegó a Puigcerdá, en donde había dejado establecido su cuartel general y que había abandonado hacía cinco meses. La división no contaba más que con 8.500 hombres y los dos batallones de refuerzo que acompañaban al general, bien entendido que en la cifra de los 8.500 hombres estaban comprendidos todos cuantos acupaban los distintos puestos en esta comarca establecidos. Este pequeño cuerpo estaba acantonado perpendicularmente al Segre, a la altura de Bellver, el centro en esta plaza, la derecha, en Marange y Tailletendre, la izquierda, en Olla y en Pi, y por último, los puestos avanzados extendidos en los frentes desde la Bastida a Nas, por Prulláns.

No ignoramos cuál fué la suerte de Dagobert antes de su presentación en Perpiñán en la ocasión que citamos. Por la biografía que hubimos de ofrecer a nuestros lectores en el Tomo II de nuestra obra, sabemos igualmente cómo el general francés fué destituído de su mando en la Cerdanya, acusado y bajo el peso de una infamante suspensión acompañada de responsabilidades mortales que, estimadas por él como calumnias, le determinaron a presentarse ante el Comité de Salud Pública, sometiéndose por sí mismo a su temible justicia. Recordemos que fué esto en noviembre de 1793 a continuación de la desdichada expedición de Rosas. «Justificarse ni defenderse no hubiese sido digno de tal causa, ni conforme al carácter de semejante acusado —expone Fervel—. Dagobert rompió el fuego; tomó la ofensiva y, sin regateo alguno, con su ruda franqueza y su habitual audacia atacó de frente la dictadura de los representantes de la Convención en el ejército.»

**Digna actitud de Dagobert ante el Comité de Salud Pública. (Su rehabilitación acordada por este organismo)**

Sin duda alguna, la actitud de Dagobert ante el Comité fué digna y valerosa: «¡ Cómo ! —hubo de exclamar con frases vibrantes— En tanto que siendo el primero en el fuego yo he hecho más de cabo de granaderos que de mi profesión de general, los representantes me declaran una guerra despiadada ! ¡ Yo no aprobé el plan de la expedición a Rosas ! ¿ Pero, los planes de los representantes son, pues, como el arco del Señor que no se le puede tocar con el dedo sin ser herido de muerte ? Yo me he sonreído al leer en un boletín : *Fabre se ha comportado como un héroe. Firmado, Fabre. ¡ Y yo, soy un traidor !* »

«Era esto en el momento mismo en que la sangre de nuestros generales corría a oleadas en la fúnebre plaza de la Revolución», comenta por su parte el historiador militar antes citado. «Pero, por una buena suerte, hasta entonces inusitada, lejos de precipitar como todo lo daba por hecho, la venganza de los acusadores, la heroica imprudencia del noble perseguido tuvo un éxito tan rápido como inesperado. La causa del gentilhombre denunciado por traición, acarreó de repente la protesta de los más fogosos montañeses y, por la primera vez, la tribuna de la Convención hubo de retremblar a causa de las amargas lamentaciones contra la tiranía de sus procónsules; lamentaciones al apoyo de las cuales el nombre, el ejemplo, los testimonios sin cesar invocados, eran los de Dagobert. A continuación de estos extraños debates la Asamblea, bajo la información de Collot de Roi, adoptó serias restricciones a los poderes de los comisarios y todos nuestros ejércitos no tardaron en participar de las ventajas de esta feliz concesión, la más bella, sin duda alguna, de las victorias alcanzadas por su glorioso general. Los restos de una vida tan noble, tan generosamente ofrendada en holocausto al implacable genio de las revoluciones, estos restos preciosos que escapaban del cadalso, estaban reclamados por los campos de batalla y había de ser sobre el propio teatro de sus empresas en el que la providencia preparó a este viejo soldado un final digno de él.»

**Agradecimiento de Dagobert por su triunfo sobre los Comisarios.—Proyecto de un nuevo plan de ataque**

Agradecido Dagobert a la justicia que se le había hecho y deseoso siempre de prestar un útil servicio a su Patria, aprovechándose de su rehabilitación, hubo de presentar a Carnot y ser aprobado por éste, un proyecto atrevido, diríamos que hasta peligroso, que consistía en intentar por el valle del Ter, un golpe de mano sobre Gerona, para forzar a los españoles atrincherados en el campo del Boulou a repasar los Pirineos. Correspondía como era lógico, esta operación al jefe de las fuerzas que cubrían la Cerdanya, debiendo éste, desde luego, a su paso por el Rosellón, reclamar a Dugommier todo cuanto le faltaba para alcanzar el efectivo de 12.000 infantes y 600 caballos asignados a la columna invasora. Pero Dagobert no pudo conseguir este refuerzo pues habiéndose encontrado a su llegada a Perpiñán, el 18 de marzo (28 ventoso) al general en jefe la víspera de asentar sobre el Boulou mismo, un golpe más directo y más seguro, aplazó su proyecto, contentándose con un refuerzo de dos batallones y corriendo a Puigcerdá a recuperar su mando.

Antes de separarse, los dos generales convinieron en que, la división de Cerdanya, esperaría para iniciar su ofensiva al gran movimiento proyectado sobre el campo español que acabamos de citar. Realizado éste, iría entonces por el Pla Guillén a ocupar los Colls que establecen la travesía entre los valles del Tech y del Ter, cortando de este modo al

enemigo la línea de retirada que el Vallespir le ofrecía en caso de derrota. Concertóse por fin que, esta operación, esencialmente ligada a la combinación general, una vez realizada daría lugar a que Dagobert, recibiendo los oportunos refuerzos no tuviera que esperar a otra cosa que a descender por el valle del Ter, ya que no para aventurar un golpe de mano contra Gerona, a lo menos para maniobrar contra los flancos y la retaguardia del ejército español en el Rosellón.

**Los españoles se preparan para contener la ofensiva francesa.—Modificaciones en su frente**

El ataque de Dagobert por la Cerdanya era cosa que desde luego esperaban los españoles y, por consiguiente, no habían dejado de tomar sus medidas. Habían replegado sus almacenes y sus hospitales detrás de Urgel e incluso más allá del famoso paso de Organya. Una vez realizado ésto, remontando el Segre hasta el punto en que este río, abandona la Cerdanya para penetrar en el largo desfiladero que la separa de la Seo, desplegáronse a través del valle; la izquierda, corrióse detrás de la Llosa, por Vilella y Llers, el centro, en el fondo de la garganta, en Martinet, y la derecha, concentrada en Montellá. Una línea de pequeños puestos avanzados a lo largo del torrente que desciende directamente a la Llosa, desde el Coll de Tanca-la-Puerta, cubría este flanco derecho de nuestro frente. Estas grandes guardias hallábanse relacionadas con un fuerte campo atrincherado en un gran bosque situado en las avenidas del paso de Pendix, en el que se encontraban concentrados los Somatenes.

El Coll de Pendix, más oriental que el anterior y que va a desembocar al N. de Bellver, venía a penetrar, cogiéndola de flanco, la izquierda del frente francés. No estaba pues mal establecida la defensa española de la Seo de Urgel, encontrándose dentro de esta plaza como Comandante militar de la misma el Conde de Saint-Hilaire, uno de los aristócratas franceses que, acogiéndose a nuestra Patria, permanecía fiel a su condición de noble, y a quien, como es lógico, el odio de sus compatriotas amigos de la Revolución ha tratado de deshonrar apelando a la calumnia de asegurar que intentó seducir a Dagobert, llegando incluso a escribirle una carta en este sentido: documento que hubo de aparecer entre los papeles del general y del cual no hizo uso alguno cuando hubiera podido ser un testimonio o prueba fehaciente de su fidelidad.

**Una humanitaria actitud de Dagobert con motivo de un episodio de guerra**

La información francesa en su afán de exaltar la personalidad del general que nos ocupa, nos presenta a éste, arrastrado a la acción, impulsado por los más nobles y humanitarios sentimientos ante el salva-

jismo y la crueldad española. Dejemos hablar a Fervel: «Más ardiente que nunca Dagobert, los ojos vueltos hacia el llano del Boulou, estaba esperando desde hacía ocho días la señal que debía darle suelta para precipitarse en veloz carrera por las montañas del Vallespir, cuando un incidente lamentable vino a impulsarle repentinamente en otra dirección.» El trágico cuadro que a continuación describe la fácil pluma del historiador francés tiene todos los rasgos de un dibujo o agua fuerte de Goya.

«Los Somatenes, apostados delante de Bellver, se lanzaban sobre todos nuestros desdichados soldados que caían en sus numerosas emboscadas, realizando actos de una ferocia que revela el increíble estado de barbarie en que estaban sumidas estas salvajes montañas. Secundados en sus monstruosos excesos por bandas de gentes sin escrúpulo que al principio de la guerra las grandes poblaciones de la Península no habían tenido vergüenza en reclutar, estos miserables se complacían durante la noche en dejar expuestos en los senderos frecuentados de día por nuestras tropas, los despojos de sus víctimas, tanto troncos de cadáveres hechos tiras de carne desgarradas o bien el cuerpo destripado de una joven mujer cuyas entrañas arrancadas abrigaban los restos mutilados de su hijo. Uno de estos horribles encuentros arrojó la exasperación de nuestros campamentos. Dagobert, que compartía todas las cóleras de sus soldados no pudo resistir a sus gritos de venganza. Salió de Puigcerdá al punto mismo y a la mañana siguiente 7 de abril (18 germinal) entraba en Bellver a la caída de la noche que había esperado para mejor ocultar su marcha.»

El hecho es monstruoso, nada más noble que la indignación de los soldados de Dagobert, pero es lo más triste que, estos inocentes y humanitarios cruzados de la Revolución, lejos de conservar el recuerdo de tan inhumanos ejemplos pronto hubieron de olvidarlo y, pocos días después, con saña insaciable, al penetrar en nuestras grandes o pequeñas poblaciones fueron a entregarse a actos no menos salvajes, criminales y repugnantes. El auténtico testimonio histórico no abona nada la generosa conducta de las tropas francesas durante todo este período de la historia de Francia. El paso de los ejércitos franceses por las ciudades y campos españoles han dejado huellas imborrables e indiscutibles de su actuación durante la guerra de la Independencia.

**Charlet recibe órdenes de atacar el puesto español de Vilella.—Este se lleva a cabo el día 2 de mayo**

Una vez puesto en marcha, Dagobert expidió orden al General Charlet, de concentrar en Taillendre-le-Haut, los 2.000 cazadores que acampaban en la orilla derecha del Segre y poniéndose al frente de ellos, partir a las siete de la tarde hacia la Bastida, remontar las gargantas de la Llosa, hasta Caborriu y arrojarse sobre los españoles situados en Vile-

lla, barriendo toda esta izquierda de nuestro frente y una vez conseguido descender hasta Llers. Charlet, debía en seguida caer sobre el puente del Bar, pasando por Aristot, interceptando el camino de la Seo de Urgel y esperando en este punto la llegada de su Jefe. Este sin detenerse en Bellver y corriendose por la izquierda de esta plaza, se encaminó al punto en donde la columna que él iba a mandar tenía que reunirse. Realizada esta reunión marchó a Ollia, desde cuyo punto encaminóse hacia la aldea de Nas en donde estaba colocado uno de los puestos avanzados franceses. A partir de aquí, comienza la meseta que se prolonga hasta el borde del torrente, detrás del cual estaba extendida la línea de nuestras grandes guardias. Dagobert, creyó oportuno observar sus asentamientos, retornando a Ollia, pero para volver a avanzar hasta ésta, a la una y media de la mañana, con 2.300 combatientes. Para evitar el Martinet, donde nosotros teníamos una buena guarnición, hubo de marchar por San Eugenio a lo largo del fondo del valle y llegando en silencio hasta el pie de la altura sobre la cual hállase edificado el pueblo de Montellá.

Si hemos de atenernos al informe francés, desde hacía seis meses, este puesto había sido reforzado por nuestras tropas con la construcción de un grande reducto que prestaba al campo el aspecto de una posición atrincherada, o mejor aún, fortificada. Aunque la división de Cerdanya, conociese el camino, el asalto a la posición de que tratamos no se hacía empresa fácil. El general francés llevado de su aliento juvenil, pone pie a tierra, colócase al frente de la columna de ataque y a través de la nieve y en medio de las tinieblas empieza a escalar la montaña. La diana de nuestro campo no pudo ser más desagradable, sorprendidos, en vueltos por los franceses, los soldados españoles hubieron de abandonar el reducto, el pueblo y cuatro piezas de artillería, 300 fusiles, huyendo por el puente de Bar, que Charlet, para su desgracia, no había podido todavía alcanzar.

**Relato oficial español de la pequeña operación**

La información oficial española no contradice notablemente el relato francés y, según lo expuesto por el Diario de Madrid del viernes 2 de mayo, la información facilitada por el Conde Haye Saint Hilaire, Mariscal de Campo, Comandante de las tropas de la Seo de Urgel, las vicisitudes y hechos acaecidos en el ataque que hicieron los revolucionarios eran los siguientes: «Para en el caso que los enemigos tratasen de invadir este país, dispuse que el Brigadier don Benito Pardo y el Coronel don Joseph Martí, fuesen a reconocer los puntos que debían ocuparse para asegurar mi comunicación con Orgaña; reforcé con 100 hombres de tropas los 300 de la Reyna, Princesa y Gerona, que guarnecían el pueblo de Montellá, y a los 150 paisanos armados y fixos en aquel puesto, al mando de don Francisco Carreu, con otros 300 que a

mi solicitud baxaron del Pendix y de los pueblos de estas inmediaciones : a Llers y sus avanzadas le guarneían 150 soldados de los expresados cuerpos y 100 paisanos fixos al mando de Francisco Isern ; y el Martinete le ocupaba la compañía de Lérida del mando del Teniente Coronel don Tomás Segura. Al mismo tiempo que tomaba estas medidas, según me permitían las pocas fuerzas con que me hallo, y los muchos puntos que tenía que cubrir, he dado mis órdenes para que se transportasen a Castel Ciudad los víveres, efectos de artillería y demás necesario a la subsistencia de la tropa, para que todo estuviese al abrigo de las fortalezas, respecto a que la ciudad, demasiado distante de sus fuegos, no podía defenderse : escribí a los Corregidores de Vich, Manresa, Cervera y Lérida para que se hallaran pronto con sus Somatenes al primer aviso ; y acordé con el Comisario de Guerra don Agustín Gutiérrez de Tovar, la traslación de los hospitales a Orgaña ; al paso que yo tomaba estas medidas, los enemigos atacaban la madrugada del 8 el puesto de Montellá, mandado por el Brigadier don Mateo Henríquez, Teniente Coronel del Regimiento de la Reyna : se presentó el enemigo en tres columnas, las dos que se dirigían al centro de nuestras avanzadas, y la tercera se encaminaba por el barranco de Ridolaina, siguiendo la orilla del río arriba : favorecidos de una espesa niebla, apenas se reconoció al enemigo cuando ya las expresadas dos columnas estaban encima de los puestos : pero tuvieron que replegarse por dos veces al vivo fuego de nuestros pedreros y del de la fusilería : a poco rato la tercera columna se presentó sobre el cerro de las Cambleadas batiéndose en flanco por el costado derecho, y animadas las dos que habían retrocedido atacaron los puestos con viveza en número al parecer de 8.000 hombres y alguna caballería, a cuyas irresistibles fuerzas tuvo que retirarse sobre Bar el expresado Comandante, y después a la Seu, según mis órdenes».

Hemos indicado cómo Charlet no había podido acudir a tiempo para impedir la huída por el puente de Bar de nuestras tropas fugitivas de Montellá. Diversas causas había retardado la marcha de Charlet. Desde luego no se había podido emprenderla hasta la media noche, faltó de pan y de piedras de fuego o de chispa ; además no había encontrado nadie que pudiera servirle de guía a lo largo de la penosa vuelta que tenía que dar para remontar los precipicios de la Llosa ; en fin, para mayor desgracia, todos los caminos estaban cubiertos por las nieves congeladas del invierno. De todos modos pudo cumplir exactamente la primera parte de su tarea, pues se apoderó de Viella y de Llers, mas no pudo llegar hasta el puente de Bar antes de las seis de la tarde. En este sitio Charlet encontró a Dagobert detenido a causa de cruel padecimiento debido a una fiebre que había cogido a causa de tanta gloriosa fatiga y que se presentaba con síntomas alarmantes. A la mañana siguiente, el 10 de abril (20 germinal) a las siete de la misma, las dos columnas se pusieron en marcha. Gravemente enfermo, a pesar de todo el viejo general francés seguía por el fondo del valle, en tanto que Charlet tomaba el camino un tiempo recorrido por el duque de Noailles a lo largo de

la pendiente de la margen derecha del Segre. Al mediodía los dos generales, ya reunidos en las alturas de Calvinya, daban frente a la desembocadura de la cuenca de Urgel.

**Dagobert, ante Seo de Urgel**

Hemos dado cuenta en ocasiones anteriores de las características de esta pequeña población, antigua capital de la comarca. Recordaremos ahora su situación en el fondo de una *conca* a las proximidades de la confluencia del Segre con el Valira, pequeño río que desciende del valle de Andorra. La Seo de Urgel había sido en otro tiempo una plaza fuerte, que en el año 1691 hubo de ser tomada y arrasada por el ejército de Luis XIV. Como era lógico, esta caída dejó indefensa la llanura de Lérida, acarreando la sumisión de veinticinco leguas en el alto Aragón. Convencidos los españoles de la importancia que tenía esta plaza, aunque no pensasen en reconstruir las murallas que guarnecían la población dominada ésta por las alturas que la rodeaban en casi todos sus contornos, ocuparon con tres pequeños puestos tres rasantes sucesivas y una banda estrecha de rocas que a 900 metros de las antiguas murallas surgía bruscamente en el fondo de la *conca* y seguía a lo largo de un espacio de una media legua como acompañando la orilla derecha del Valira. Estas nuevas fortificaciones fueron tomadas durante la guerra de sucesión, el año 1719, por el Mariscal de Berwick y por segunda vez, una parte del alto Aragón hubo de seguir la suerte de la Seo de Urgel.

Si tenemos en cuenta todos estos antecedentes comprenderemos cuán importante era la empresa que Dagobert había emprendido y cuya realización acariciaba desde un principio y que ya hubiera sido abordada en la última campaña a no ser por los obstáculos que para su realización opusiera el representante Cassanyes. Si hemos de atenernos a la información francesa, en aquellos momentos no era desfavorable la situación del general Conde de Saint-Hilaire que mandaba en la plaza, hallándose en condiciones de poder sostener su defensa ante el ataque de las tropas de Dagobert. Según esta información los fuertes estaban en buen estado y bien artillados, existiendo en ellos un total de dieciséis piezas y seis morteros de grueso calibre sin contar con un depósito de artillería de campaña. A su guarnición habitual se habían juntado, por el momento, las gruesas tropas batidas en la Cerdanya que acababan de replegarse al abrigo de sus muros. Finalmente importantes preparativos de defensa como la rotura del puente que ponía en comunicación estos tres fuertes con la población, daban fe que estaban bien dispuestos para garantir toda sorpresa.

Efectivamente, nuestra información oficial, según el parte mismo del Mariscal de Campo Conde de la Maye Saint-Hilaire, daba cuenta: «El Teniente Coronel don Felipe Cortada, que mandaba las avanzadas de Llers, se vió atacado al mismo tiempo por otras tres columnas que componían al parecer 3.000 hombres: las dos se desprendieron aquella

noche por el valle de la Llosa, ganándole las alturas para batirle en flanco, y la otra por el lado de Vilella se defendió con constancia, y hasta tanto que no pudiendo resistir hubo de retirarse sobre Muza, Aristor, y Puente de Arsegal, donde se reunió a las tropas del Montellá, y con ellas entró en la Seo aquella tarde; la compañía de Lérida no debiendo ni pudiendo mantenerse en el Martinete, ocupados por los enemigos los expresados dos puestos, se retiró igualmente a la ciudad en el mismo día 8: reunidas en ella mis fuerzas y noticioso que el enemigo continuaba su marcha, me fué forzoso ocupar las fortalezas y el pueblo de Castellciutat, destinando en él al batallón de Gerona, que manda el Coronel don Joseph Martí, fiando a su desvelo la defensa de este pueblo y los reductos de su puente, el de la Princesa, al cargo del Brigadier don Benito Pardo, en el castillo, cuya fortaleza y su torre de Solsona encargó a su conocida pericia y militar espíritu: y la tropa de la Reyna, que manda el Brigadier don Pedro Rodríguez de la Buria, se alojó conmigo en la ciudadela la noche de aquel día; los paisanos armados de don Francisco Carreu se quedaron de mi orden sobre las alturas de la Virgen de las Presas para observar al enemigo, y retirarse cuando conviniese, como lo ejecutó la mañana del 9: en ésta y a la misma hora se presentó el enemigo a la entrada de la Vega de Urgel, y sin detenerse desfiló por las inmediaciones de la Casa Blanca, tomando las alturas de Estamariu que hay enfrente soslayando la ciudad, y continuando su marcha se situó en las de Calviñac, donde se mantuvo largo tiempo en batalla».

**Intimación de entrega de la plaza rechazada por el Comandante Militar de la misma**

A las dos de la tarde —informa Saint-Hilaire—, me despachó el general Dagobert un trompeta intimándome la rendición en los términos siguientes: «El General francés pide al Comandante español si se quiere rendir, o bien si quiere exponerse él y su tropa a las desgracias de un asalto general. Le ha dado el General francés una hora para responder. De parte del General Dagobert el intérprete del exército francés. Metellus Soutet, intérprete.»

Ante esta intimación el general español hubo de contestar dignamente. El mismo nos lo refiere; transcribamos sus propias frases: «Contesté a este papel como se sigue: «El general español al general francés responde, que ni teme a su enemigo ni a sus amenazas. De parte del General Español su Ayudante de Campo. Tord.»

**Ataque francés. La plaza es abandonada por el Conde de Saint-Hilaire**

Anfe tan digna respuesta, Dagobert no tuvo otro remedio que disponerse al ataque de la plaza comenzando por cortar las comunicacio-

nes entre la ciudadela y los depósitos de Organya, creyendo que, con estos simulacros de sitio, el Comandante de ésta cambiaría de opinión y se mostraría inclinado hacia su entrega y según nuestra información oficial, por la noche, acercaron a la ciudad algunos cañones de montaña y obuses con los que la hicieron fuego. De todos modos, es el mismo Fervel el que reconoce que : «estas tentativas lograron el éxito tan sólo a medias, pues en la mañana del 21, el destacamento encargado de marchar a lo largo del camino de Organya, habiendo atravesado el Valira frente a Carvinya, apenas logró sorprender la cabeza de un convoy de mulas que penetraba en los fuertes y fué rechazado después de un encuentro muy vivo librado en las alturas llamada de Vinyes, pero aunque no lo declare Saint-Hilaire en su comunicado oficial, no debió considerarse muy seguro y, en la noche del 9, abandonó la población en la que pudo entrar, sin dificultad alguna, parte de las tropas republicanas, «aunque Saint-Hilaire insinúe que tan sólo hubieron de hacerlo los Miqueletes, quemando la casa en que yo habitaba.

#### Relato oficial español del hecho

De la entrada de las tropas francesas decía la Gaceta de Madrid del 29 de abril, refiriéndose al 9 del mismo, lo siguiente : «En el día de la fecha entraron en esta ciudad varias tropas francesas con su general Dagobert, en la que y sus cercanías permanecieron como unas 30 horas. Durante este tiempo fué cruel y general el saqueo : arruinaron muchas casas, y quemaron una sin dejar más que el tejado y último piso, sólo porque había vivido en ella el General. Causa horror lo que hicieron estos enemigos de la Religión en la Catedral. No contentos con lo que se llevaron de ella, siguiendo su espíritu de obcecación y de desenfreno, despedazaron todas las sagradas imágenes a golpes de sable : lo mismo ejecutaron con los sagrarios, echándolos por tierra, y llegó su espantosa barbarie hasta el extremo inaudito de atropellar las sagradas imágenes de Jesucristo, y profanar los santos óleos y christmas. No les ocurrió género alguno de maldad que no pusiesen al instante en ejecución. Luego que entraron en la ciudad, impusieron un tributo de 100.000 libras sobre sus vecinos, y no pudiendo pagarlas los pocos que había en ella, se llevaron en rehenes a cuatro : asegurándose que derribaron a su retirada el puente de Bar y el de Arsegre, y que dispusieron esta tan apresuradamente y contra su costumbre, de temor de que se reuniese el paisanage y les impidiese su vuelta».

Reconoce la información francesa que las tropas de Dagobert entraron en la Seo una vez abandonado éste por los nuestros. Los pocos habitantes que no habían huído hubieron de pagar una contribución de 100.000 libras y para satisfacer las necesidades de su división hizo una requisita que supuso un contenido de 400 cargas de trigo y una gran cantidad de ganado, abandonando el resto a sus soldados. Pero es muy posible que Dagobert y los suyos se dieran cuenta de que, a pesar de

todo, los españoles estaban dispuestos a la lucha, pues para frustrar las ideas abrigadas por el mando francés de prolongar su línea sobre la izquierda española con objeto de establecerse en el monte del Cuervo, que domina de cerca los fuertes y desde él interceptar las comunicaciones con Organya, de donde se esperaban únicamente los auxilios, Saint-Hilaire dispuso sin vacilar que, el primer Teniente don José Acero y el segundo don Antonio Truc, ambos del Regimiento de la Reina, saliesen con 100 hombres escogidos del expresado cuerpo, 50 del de la Princesa e igual número del de Voluntarios de Gerona y algunos paisanos armados con la orden de desalojarlos del cerro de las Viñas, que ya ocupaban.

Estos oficiales cumplieron bien su cometido, pues en efecto, la bizarria de sus soldados, dirigidas por ellos con el más decidido espíritu, logró así arrojar de dicho cerro a los enemigos, obligándoles a repliarse vergonzosamente sobre su antigua posición, repasando el río Vallira, cuyo puente rompieron en la fuga para impedir que se les persiguiese.

Otro tanto habían hecho con el puente de Arsegre. El de Bar estaba formado simplemente por un arco de piedra y a pesar de ello hubieron de tardar más de un día entero los zapadores minadores franceses para hacerle saltar, por cuya razón la división francesa que se encontraba reunida la tarde misma de su primera etapa alrededor de la aldea de Bar, no pudo iniciar la retirada hasta el fin de la jornada del día siguiente, 24. Este retraso no impidió sin embargo el que la vanguardia francesa, sin detenerse un momento, avanzara sobre las antiguas líneas españolas para acabar de impedir las reuniones de los nuestros al abrigo de las montañas apoderándose de un botín que los franceses habían abandonado en los combates del 19. La división, que bien pronto hubo de seguir la marcha de esta vanguardia, quiso devastar toda la retaguardia y, por consiguiente, todo el país desde el puente de Bar hasta la puerta de Bellver, fué entregado al pillaje y a las llamas.

Según nuestra información varias partidas de tropa y los paisanos armados de don Francisco Carreu, persiguieron al enemigo en esta retirada siguiéndole de cerca, pero siempre a resguardo de los accidentes presentados por la montaña, por cuya razón no tuvo más remedio que acelerar su marcha.

El pillaje y las llamas de los incendios causados por las tropas de la Revolución en nuestro territorio dan ocasión a que Fervel deje expuesto uno de esos párrafos que acusan con su facilidad de pluma su fantasía tan favorable a la concepción apoteósica. «De esta suerte—escribe—, hubo de ser al ruido de las armas y al esplendor de los incendios que atestiguaban por todas partes a su paso la venganza de sus soldados, como llevado por ellos en una litera, rodeado de los más vivos testimonios de pena y de amor, el glorioso agonizante remontó esta Cerdanya que había tantas veces recorrido victorioso; y sus ojos antes de cerrarse para siempre pudieron contemplar el viril espectáculo de esta suerte de fu-

nerales anticipados que, a porfía, iban ofreciéndole sobre el teatro mismo de sus comunes empresas, sus rudos compañeros de armas como si tratasen con ello de suavizar la amargura de su eterna separación».

**Dagobert, el dia 24, expide su último boletín.—Consideraciones sobre su personalidad militar**

Desde Bellver a donde llegó el día 24, Dagobert expidió su último boletín, *ese canto de cisne*, como hubo de llamarle Barère al leerlo en la Convención. Después de haber dado cuenta sumaria de su expedición en la que, no obstante, una fiebre inexpresable que no le había abandonado descombatían alrededor de este demonio temido por los españoles. Ellos tenían, en efecto, para la imaginación sencilla de los jóvenes ignorantes montañeses que militaban en su división algo de fascinante en el aspecto de este viejo de frente patriarcal, en traje antiguo, marchando con la cabeza desnuda, apoyado en un bordón de peregrino, en medio de aquellos que él gustaba llamar sus hijos y por los cuales era tan pródigo de familiares ternuras en marcha o en el vivac, como de vehementes excitaciones de palabra y de ejemplo en medio del fuego.

Todas estas circunstancias habían sido ya indicadas por nosotros. «Pero si tal era el hombre de guerra, según el criterio de Fervel, la historia debe rendir a esta sombra heroica un hondo homenaje. Homenaje particularísimo dirigido a un hombre coartado, noble representante de las virtudes patrióticas de otro tiempo que por su franca y valerosa participación en nuestras primeras luchas revolucionarias protestó tan dignamente contra la deplorable herejía de la mayoría de sus compañeros de la vida pasada, con los cuales no obstante, había confundido tanto sus intereses personales como sus simpatías políticas».

Y si esto declara la confesión francesa, no menos importante es, por lo que hace referencia a uno de los aspectos de la Revolución, transcribir lo que ésta sigue exponiendo y que retrata admirablemente la situación moral de Dagobert ante el papel que en aquel drama le tocaba representar. Habida cuenta de lo que acaba de exponerse: «¿Qué encanto podía pues retener, en medio de las fatigas y de los peligros que agotaran sus viriles entusiasmos, a este miembro descorazonado de una clase proscrita? ¿Y cuando son rechazados tan brutalmente sus servicios pudiendo aprovecharse de esta tregua insidiosa de los campos de batalla para correr a lamentarse, frente al patíbulo de Cutinc, ante la sola muerte que hacía palidecer a nuestros generales, de una causa que había hasta entonces devorado a todos sus defensores? ¿Era, acaso, ese impulso milagroso, nacido de esperanzas gloriosas que, desenvolviéndose entonces en la profundidad de un horizonte sin límites, fascinaba tanto a los hombres nuevos, de que hubo tanto de exponerse al subir la montaña de Montellá, voy—añadía el moribundo—, *hacerme trans-*

*portar a Puigcerdá en donde los cuidados y el reposo me pondrán en ocasión de probar cuanto deseo contribuir con mis esfuerzos al triunfo de la Libertad. Pero esta esperanza no se realizó y transportado a Puigcerdá dos días después, el 29 germinal, o sea, el 18 de abril, expiró».*

En el Tomo II de nuestra obra, hemos dejado expuesta la biografía de este general francés. Mas juzgamos interesante transcribir aquí el juicio crítico que sobre él emite el historiador que nos ocupa. Lo estimamos como un ejemplo de sinceridad y buen sentido. «Así desapareció de nuestros campos de batalla una de las más extrañas figuras de estos tiempos tan dignos de especial recuerdo. Muchos otros generales de esta época, lanzados por la suerte sobre un más vasto teatro de operaciones, han realizado cosas más grandes; incluso puede convenirse, sin alterar en nada el lustre de este hermoso prestigio que, mejor hubo de actuar por el instinto que por la reflexión. Dagobert carecía de algunas de las cualidades propias de un general en jefe. Así cuando él apareció, bien al frente del ejército, bien en funciones de divisionario delegado, raramente resultó afortunado. No nos cansaremos, sin embargo, de recordar que, entonces, no era el mismo, puesto que, se ha visto, con qué precisión siempre en las circunstancias decisivas señalaba lo que era mejor hacer y con qué tiranía incesante, hubo de forzársele a ejecutar lo que él había proscrito. Para apreciar todo lo que valía, son por lo tanto sus consejos, más que sus actos, lo que sería preciso aquilar. Por eso cuando libre del despotismo de los representantes respiraba el aire libre de las montañas, su fortuna igualaba a su talento; era entonces cuando se mostraba admirable y cuando sus defectos mismos venían en ayuda suya; *el cabo de los granaderos* despierto al ruido de la fusilada, excitado por el olor de la pólvora, improvisaba, a fuerza de audacia, lo que había desdeñado de prever durante la víspera con indolente abandono».

«El amor que había inspirado a sus soldados no tenía precedentes, era un culto supersticioso, así, oyéndolas las balas no les tocaban cuando redoblando tan naturalmente el ímpetu de tantos jóvenes valores. Al final de una larga carrera en la que había prematuramente empleado su vida el antiguo oficial de la guerra de los siete años, entregado al culto de la Monarquía por su nacimiento, por sus lazos de familia, por treinta y seis años de leales servicios, había visto pasar por las filas de la emigración, o caer bajo el hacha del verdugo, todo cuanto había amado. Así, sin fe en el porvenir, sin esperanza su corazón estaba profundamente amargado. Mas servía con llaneza, sin discutirla una religión que por su parte tan sólo prometía salvación a aquellos que no trataban de interpretar su misterio, la religión de la Bandera y murió sin pena por la República, dado que combatía al extranjero».

Dagobert hallábase en posesión de una brillante hoja de servicio. En un principio fué destinado al Cuerpo de Ingenieros, que abandonó para incorporarse al Regimiento Tournaisies. Como hemos dicho sirvió durante toda la campaña de la guerra de Los Siete Años y fué herido va-

rias veces. El 20 de septiembre de 1792 fué nombrado Mariscal de Campo en el Ejército del Var, combatiendo al extranjero enemigo; en el Coll de Brons, el 20 de noviembre, en Sostello, el 14 de febrero de 1793; en el Coll de Negro, el 28 del mismo mes y el 1.<sup>o</sup> de marzo; al día siguiente en las alturas de la Vesubia. Cinco días después fué nombrado general de División y dos meses más tarde fué destinado al Ejército de los Pirineos Orientales con carácter provisional. Su comisión no debía durar más que un tiempo limitado y muy corto y le fué preciso, para hacerlo definitivo, llevar a cabo muchas instancias y trabajos.

## CAPITULO IV

El Conde de la Unión es nombrado Capitán General de Cataluña y General en Jefe del Ejército de operaciones en el Rosellón. Un buen plan de campaña, ideado por el General Dugommier, que no llega a realizarse.

**Circunstancias que determinan el nombramiento del Conde de la Unión para el mando superior del ejército español de los Pirineos Orientales**



A poca fortuna del Marqués de las Amarillas apresuró la decisión del gobierno de Madrid para nombrar un general que se encargase del mando del ejército de operaciones en los Pirineos Orientales y de la Capitanía General de Cataluña. La *Gaceta de Madrid*, del 4 de abril, manifestaba las razones por las que se había decretado este nombramiento. «Satisficho S. M.—decía—de los conocimientos militares, talento, valor y celo del Teniente General Conde de la Unión, y de las repetidas pruebas que ha dado en el desempeño de las distintas acciones que ha mandado: ha venido S. M. en nombrarle por General en Xefe del exército del Rosellón, confiriéndole al mismo tiempo la Capitanía General del Principado de Cataluña, con la Presidencia de aquella Real Audiencia.»

El Conde de la Unión no se incorporó a su destino hasta fines del mes de abril, después de las acciones de Mas de la Paille y del Palau. Hemos de recordar, que según se indicaba en su biografía: «Grandes manifestaciones de alegre alborozo fueron dadas en la villa de Céret el día 27 de abril de 1794» según hace constar el historiador Chavy. «Allí afluía —nos dice— la aristocracia militar del ejército aliado (hispano-portugués) para cumplimentar y rendir homenaje al Conde de la Unión, quien, con su llegada al ejército, ocasionaba tales demostraciones». Igualmente no ignoramos lo que en realidad representaban estos homenajes y si es cierto que, en efecto, era muy sincero y esperanzado el júbilo de las tropas, en su mayoría afectas al Conde, no sucedía así en cambio, en la esfera de los mandos subalternos a quienes disgustaba grandemente tener que admitir la elevación al mando superior de un camarada que, sin méritos superiores a los suyos, había sido elevado a tan importante cargo.

Para la causa francesa el hecho no podía resultar más oportuno y favorable a su intento. El nombramiento de que se trata venía a poner de relieve cuán grande era el desacuerdo de la Corte española. Unión era, efectivamente, el más joven de los Tenientes Generales y la actitud al-

tanera de este ilustre aristócrata de estirpe leonesa, no podía por menos que causar la irritación de sus antiguos colegas, en desairada situación ante un nombramiento que juzgaban del todo arbitrario e injustificable. Y por si esto no fuera poco, el contraste entre la conducta y el carácter de que había dado muestras el General Ricardos y las que manifestaba este sucesor suyo, no podía estar más acusado. Aquél, fuese por su mucha edad o delicado estado de salud o por estimarlo conveniente, es lo cierto que dejaba casi siempre a sus subordinados en libertad para cumplimentar sus órdenes. Dábales un margen de iniciativa según norma de conducta tan acorde con los buenos principios del mando militar. El nuevo general, todavía en plena juventud, lleno de energía y de aliento, cegado por la confianza en sí propio, y seguro de una suficiencia que él trataba de manifestar escuchando todo consejo con el más profundo y displicente desdén, daba sus órdenes del modo más riguroso y terminante.

**Equivocado concepto del General español sobre el punto capital de la ofensiva francesa**

En el estado que acabamos de señalar, aquellas circunstancias que podían influir en la marcha de los acontecimientos por lo que a nuestro ejército se refería, las rivalidades entre el General en Jefe del ejército español y sus generales subordinados, las graves disensiones prontas a desarrollarse en el seno de nuestro Alto Mando, no podían por menos de causar un grave trastorno en la moral y en la disciplina de nuestras tropas y, por consiguiente, de ejercer una influencia perjudicial en el desarrollo de las empresas a ellas encomendadas. Así con toda razón puede afirmar Fervel: «Estos gérmenes de disensiones intestinas lanzados de repente al seno del estado mayor enemigo, habían de tornarse en favor nuestro, mas lo que todavía y de modo inmediato serviría a nuestros intereses era un singular prejuicio característico de este nombramiento tan desacertado. Céret había sido en la campaña de 1793 el teatro de los éxitos del Conde de la Unión. Era en este punto donde él se había distinguido por su conducta en la conquista de Saint Ferréol y la de los Altos Aspres y en la derrota de nuestra derecha. Por otros conceptos, una opinión acreditada y casi general en los españoles les hacía considerar este puesto como el punto capital, el objetivo principal del ataque y por ello el punto más expuesto de sus líneas de combate. Fué por consiguiente, no sólo sin escrúpulo ni vacilación, sino con un empeño y una tenacidad ejemplares, como el nuevo Comandante en Jefe abrazó un error que acusaba de modo tan marcado lo que era su pasión dominante, su vanidad».

**Dugommier encarga a Augereau opera en los Aspres, para mantener el engaño del Conde de la Unión**

Y comprendiéndolo así el alto mando francés, no es extraño que el general Dugommier, para mantener tan preciosa ilusión en el ánimo y en el pensamiento del Conde de la Unión, encargase al general Augereau, que con su división operara en los Aspres. Y afirma la crítica francesa que al hacerlo así, el impaciente ardor de este general francés hubiera ofrecido una favorable ocasión de éxito a un adversario menos prevenido. La insistencia del general español en mantener su punto de vista le impidió alcanzar una fácil victoria.

**Dugommier recibe órdenes del Comité de Salud Pública**

Mientras esto acontecía en el campo español, en el francés seguían preparándose los elementos necesarios para una intensa reacción ofensiva. El Comité de Salud Pública había prescrito al general Dugommier el comenzar su actuación por la reconquista de Collioure, pero como hubimos de advertirlo, el material de guerra que para ello había de cargarse en el arsenal de Tolón, no podía embarcarse por faltar en aquel puerto francés los afustes necesarios para ello, siendo ésta la razón por la cual, desde el 6 de abril (17 germinal), Dugommier delante de nuestra posición del Boulou esperaba, sin decidirse a operar activamente, la llegada de la referida flotilla.

**Dugommier madura un plan de campaña ofensivo**

Pero Dugommier no era hombre que, como Dagobert, pudiera mantenerse por mucho tiempo en la inactividad y mientras esperaba la llegada del material necesario, maduró y comunicó a sus lugartenientes un plan de ataque que había concebido y bien meditado en los detalles de su ejecución y cuyo texto era el siguiente :

«Después de haber considerado nuestra situación respectiva, tanto material como individual, se ha reconocido que nuestros medios bastarán para dos ataques reales y un tercero simulado. Las divisiones del centro y de la izquierda están destinadas a ataques verdaderos y la división de la derecha al ataque simulado :

«MOVIMIENTO DEL CENTRO.—La División del centro proporcionará 3.000 hombres que desfilarán a la hora indicada por el paso inferior de Brouilla y se dirigirán rápidamente hacia la montaña de los Alberes, en la que se estacionarán buscando la mejor posición posible hasta nueva orden. Al mismo tiempo 7.000 hombres marcharán por el gran paso del Bruilla para dirigirse hacia Villalonga, apoderarse de ella

y formar desde Villalongue-sur-le-Tesch a la cresta de los Alberes una línea represiva de los socorros que el centro del enemigo podría llevar a Collioure. La artillería volante y la mitad de nuestra caballería sostendrán esta línea, cuya mayor parte se colocará en el campo abajo de Villalonga. A la extremidad inferior de este campo se asentará una batería que ha de disparar en correspondencia con otra establecida en situación contraria en la orilla izquierda del Tesch y cuyos fuegos se concentrarán en el espacio comprendido entre el campo y el río. La artillería volante y la caballería se mantendrán detrás de la montaña del campo, fuera del alcance del cañón enemigo y en todo momento dispuestas a oponerse a la salida de sus tropas. El general que mande esta división se ceñirá a ejecutar estas disposiciones, a no ser que las circunstancias le faciliten la conquista de Montesquieu, lo que asegurará la izquierda de su división y hará su posición más ventajosa».

«MOVIMIENTO DE LA IZQUIERDA.—El Comandante de esta división hará desfilar toda la fuerza que debe atacar Collioure y Port Vendres, por el paso más cercano al mar, pero antes de ponerse en marcha simulará con la aparición de algunas bandas de Miqueletes y por algunos disparos de cañón lanzados a intervalos el paso del Tesch, frente a Elne, para llamar hacia este punto las fuerzas y la atención del enemigo. Ante el Mas Verges el Comandante de la columna hará desfilar hacia la torre de la Massane 500 hombres con la misión de apoderarse de ella y estacionarse hasta nueva orden oponiéndose a la marcha del enemigo que por aquí trate de hacerlo. Esta primera columna será inmediatamente seguida de la segunda, compuesta también de 1.500 hombres, que habrán de pasar por el mismo camino que la primera. Desde el Puig de las Daines continuará su marcha descendiendo bruscamente a las alturas de Bear, tomando de revés las baterías de Port-vendres y sobre todo, si es posible, la de la Libertad, a fin de cerrar la salida del puerto y barrer las ensenadas en las que debe desembarcar nuestra artillería. Las barcas que la lleven serán advertidas de nuestra llegada a la altura de Bear, gracias a señales convenidas. Esperando el asentamiento de los cañones y morteros que habrá de ejecutarse lo más vivamente posible a la cabeza de Puigjapone habrá de intentarse la conquista del fuerte de Saint-Elne por la escalada. Si lo logra seremos dueños de Collioure y de Port Vendres en una misma noche; si no hay que esperar a conseguirlo con nuestros cañones y morteros. No obstante para favorecer sus efectos, 5.000 hombres con un destacamento de húsares y artillería conveniente, después de haber desfilado por el mismo paso que las dos primeras columnas, se estacionarán a la cabeza del estanque de Argelés, desarrollando una línea que se extenderá a lo largo de Puig-Val-Marie, por el Mas Jordi y más allá a fin de cerrar toda salida a la guarnición de Argelés y de forzarle a rendir sus armas. Si estas medidas pueden ser coronadas por la llegada de nuestras chalupas cañoneras y

de nuestras bombardas frente a Collioure y Port Vendres, es probable que el español, bloqueado por tierra y por mar, no tendrá recurso alguno para escapar de una derrota completa».

**MOVIMIENTO DE LA DERECHA.**—En tanto que el centro y la izquierda de nuestro ejército ejecuten sus movimientos, la derecha debe limitarse a amenazar al enemigo y persuadirle por sus maniobras que nuestra impulsión va a dirigirse sobre Céret y el Boulou».

«En consecuencia, el Comandante de esta división ocupará las posiciones más a propósito para engañar al enemigo. Trasladará a Banyuls-les-Aspres un cuerpo de 3.000 hombres, que dispondrá de la doble ventaja de vigilar sus acciones sobre nuestro campo y de poder inquietar por sus flancos las columnas que intentaran socorrer a Collioure. Evitará, no obstante, de ponerse demasiado en evidencia por el lado de Fourque a fin de alejar al enemigo toda sospecha acerca de nuestros superiores designios: Se contentan con distribuir los destacamentos necesarios para impedirle el penetrar por esta parte».

«En tanto que la primera línea realice la mitad de nuestro plan de ataque, todos los batallones que componen la segunda avanzarán con la misión de guardar los campamentos, desplegándose para ello sobre aquellas elevaciones, desde las cuales puedan mejor ser vistos por el enemigo, a fin de inspirarle el desaliento ante el prestigio imponente de una fuerza superior».

«En seguida de haber reducido a Collioure y Port Vendres, los diferentes puestos suficientemente guarnecidos, el excedente de nuestras fuerzas será llevado sobre el centro y la derecha del ejército, a fin de perseguir al enemigo hasta la extremidad de su línea, presionarle y acabar su aniquilamiento. Entre las medidas más propias para este gran designio, aquellas que hagan su posición siempre más crítica y ahorrándonos el trabajo de combatirle en sus reductos, deben ser preferidas».

«Como consecuencia de esto toda la parte marítima habiendo sido devuelta a la República, la fuerza ya colocada en los Alberes será llevada por la división del centro a conseguir un contingente de 5.000 hombres, que descenderán de esta montaña para apoderarse del Puig Castell. La división de la derecha por su parte proporcionará dos columnas, una de dos mil hombres y otra de cinco mil. Estas se pondrán desde luego en movimiento y pasando por Oms se dirigirán por Taillet, siguiendo el camino de Palauda para llegar bruscamente al puesto de los Capuchinos, detrás de Céret, ganando las alturas de Maureillas, manteniendo correspondencia con los cinco mil hombres del centro apostados en Puig Castell. La columna de dos mil hombres, de la división de la derecha, seguirá paralelamente la de los cinco mil hombres, dejando sobre la montaña d'an Francou y sobre la Butte Verte fuertes destacamentos que aseguren las retaguardias de las dos columnas; el resto en número, por lo menos, de mil doscientos hombres se encaminará hacia el Vilar para ocupar la colina de San Pablo y quedar en

ella en observación inquietando el enemigo situado en el puente de Céret en tanto que los cinco mil hombres hayan pasado a Palauda para llenar su cometido».

«Merced a estos movimientos cercaremos al enemigo, habremos evitado el efecto de todas sus baterías e inutilizado su caballería, dado que no podrá atacarnos en nuestras posiciones. Las tropas que hayan quedado detrás de nuestros campamentos formarán una fuerza móvil constantemente dispuesta a trasladarse a aquel sitio que exija la seguridad de nuestras comunicaciones. Por poco éxito que pueda alcanzar esta última parte del plan de ataque, el español se encontrará a merced nuestra; Bellegarde no tardará en rendirse y el ejército de los Pirineos Orientales habrá bien merecido de la Patria».

**Imposibilidad de llevar a cabo el plan concebido. El General francés propone comenzar las operaciones por la conquista de Boulou**

Tal era el plan de ataque ideado por Dugommier y, sin duda alguna, el juicio francés bien puede calificarlo de *hermoso*. Estaban bien elegidos los puntos débiles de nuestro frente más favorables para ser atacados. De haber sido puesto en ejecución hemos de confesar que, todas las circunstancias eran propicias al éxito del propósito francés. Perdidas en el mes de abril las baterías de Palau y habiendo hecho Amarillas abandonar los puestos Saint-Andres, Saint-Genis y otros semejantes, quedaba abierto entre el centro y la derecha de nuestra línea un amplio camino que para daño nuestro invitaba al enemigo a un favorable ataque. Pero esta realización no pudo llevarse a efecto, ni la flotilla de Tolón llegaba, ni llegaban tampoco los refuerzos que en el campo español se esperaban, según promesa hecha por la Corte de Madrid.

Triste, inquieto, agitado, el general francés expedía repetidos correos a Tolón y a París, extendiéndose en todos estos despachos en amargas quejas contra un retraso que comprometía el éxito de la campaña tan favorablemente ofrecido por las circunstancias. El Comité de Salud de París había impuesto la reconquista de las plazas de la costa como operación inicial a realizar. Pero agotada su paciencia recabó para sí la responsabilidad de invertir el orden de las operaciones y de comenzar por el ataque del Boulou. El dar cuenta inmediata de esta determinación al referido Comité era cosa obligada y la carta que el 11 de abril (22 germinal) hubo de dirigirle teminaba de la siguiente manera: «Voy a batirme a pesar de estos obstáculos ¡Viva la República! ¡Salvadnos de los facciosos, de los intrigantes, de los ateos, en fin, de todos los falsos patriotas que se anteponen a la Patria! ¡Valor! Fundad sobre la virtud, el triunfo de la República; es así como yo verteré por ella hasta la última gota de mi sangre. «Sin duda alguna, al expre-

sarse de esta manera Dugommier hacía referencia a los acontecimientos desarrollados en París, que para aquella fecha de la carta, habían dado lugar al aniquilamiento de la facción Hebert, elemento constante de conmoción y de lucha y al suplicio de Dantón (5 de abril). La crítica francesa estima por otra parte que esta resolución de Dugommier no hacía más que reparar una falta del Comité: puesto que el mejor e incluso el solo medio de apresurar la caída de las plazas que se deseaba reconquistar era comenzar por batir al ejército que hubiese podido entorpecer el sitio. Desde luego, atravesar el Tech inferior y marchar sobre Collioure. Delante de este ejército intacto que entonces podía impunemente hacer irrupción en la llanura que se le había abandonado ¿no era descubrir su flanco izquierdo y exponer además sus comunicaciones? Pero era tal la sumisión ciega que imponía a los generales franceses el imperioso Comité, que Dugommier debía esperar algunos días durante los cuales, había de llegar la flotilla de marras o una respuesta aprobativa a su carta del día 22.

**Nuevo retraso, que Dugommier aprovecha para mantener constantemente la alarma en el campo español**

Fué ésta la causa por la que, según dijimos, para aprovechar este nuevo retraso y mantener sus tropas alentadas, el general francés reanudó con más ardor que nunca la guerra a los puestos avanzados españoles ya atacados el día 15. Como sabemos los españoles no tenían reposo, por el día habían de contener las demostraciones sobre todos los puntos de su frente y al llegar la noche desde la retreta a la diana eran tantas y tan continuas las sorpresas que nuestras tropas, según hubimos de indicar, se mantenían en constante alarma, no se oía en nuestro campamento otra cosa más que el toque de *general* y las señales y los fuegos de alarma cubrían los Alberes.

Recordaremos igualmente que, por su parte, para remediar hasta cierto punto esta inquieta situación, el Marqués de las Amarillas dispuso la emboscada del Mas de la Paille que dió lugar a la reacción francesa de la acción de Palau, tras de la cual dejamos libre a los franceses toda la orilla izquierda del Tech, desde las Trompetes hasta Argelés, abandonando lo que debió defenderse a toda costa: el camino de los Alberes. Mas, no era esta, la idea que abrigara nuestro alto mando. La necesidad de concentrarse, constituía su obsesión y por ello pueden vanagloriarse los franceses de que durante la noche sus patrullas habiendo los nuestros abandonado toda vigilancia del campo enemigo, cruzaran libremente desde Palau a Saint-Genis, y ejecutaran sus descubiertas sobre Montesquieu sin encontrar a nadie.

ITO

CAPITULO V

El general Augereau en los Aspres

El General Augereau recibe órdenes de operar en la región que se cita. Su objetivo principal: Oms



ARA mantener a nuestro general en jefe en su error de creer que había de ser Céret el objetivo principal de la ofensiva francesa, Dugommier hubo de disponer, en efecto, que el general Augereau realizara con su división una ofensiva en los Aspres, comarca que por su situación se prestaba al cumplimiento de semejante propósito. En la realización de su cometido el general francés estimó que, la localidad de Oms, era la más señalada para que sirviera de eje de todos sus movimientos pues, ninguna como ella, reunía condiciones apropiadas para ello. Situada al pie oriental de un macizo del que se destacan las dos ramas interceptantes de la cuenca del Réar, de él podía asegurarse que constituía la principal arteria del conjunto de montañas designado con el nombre de los Aspres. De las dos ramas citadas, una de ellas marcha a lo largo de la orilla derecha del Tet, en tanto que la otra, domina la orilla izquierda del Tech, siendo ésta, la que hubo de figurar en la operación llevada a cabo por el general Augereau.

Tres son las alturas principales que jalonan esta rama que acabamos de citar: la montaña de Françou, al sur de Oms, la de Moscaillou, a la altura de Saint Ferréol y la de la Calcina por debajo de Llauro. Este tramo forma la cresta de la vertiente meridional de los Aspres y fué la elegida por campo de las operaciones que había de llevar a cabo el general francés. Para mejor conocimiento de este teatro de las operaciones haremos observar cómo su armazón o montante, viene a quedar determinado por cuatro ramales que descienden hasta el valle del Tech. El primero, dispone de su nudo de articulación, al O. de Oms, pasando por Taillet y Notre Dame de Roure. Los dos siguientes, desprendidos de la montaña de Françou, o mejor aún de la Boute Verte, en las fuentes de Riucerdá, encajonan este torrente tomando los nombres de alturas de Roirol y de la Palmera. Finalmente, el cuarto ramal, partía de Mouscaillou y descendiendo al valle del Tech, lanza sus últimas estribaciones hasta Saint Ferréol. El conjunto presenta el aspecto de un plano inclinado, en el que la línea de máxima pendiente forma un ángulo agudo con el curso superior del valle de este río.

Sin duda alguna: «este teatro se prestaba admirablemente a desem-

peñar el papel que se trataba de atribuirle. Desde luego, los accidentes superpuestos de este suelo en anfiteatro permitían eludir todo empeño importante. A continuación la línea de Oms a Llauro, tenía realmente, desde el punto de vista de la situación respectiva de uno y otro de los ejércitos combatientes una doble ventaja, tanto tratándose de la defensa como del ataque proporcionando su conquista por el ejército francés desde luego, la doble ventaja de cubrir al Réar que corría por su retaguardia, y de presentar la mejor base para operar sobre Céret.

**Disposiciones tomadas por el General  
francés para iniciar su ofensiva**

Augereau, dentro de los términos de su cometido, aprestóse a desarrollar su plan de combate y, para ello, después de haber establecido el centro de su línea en Oms, envió por la derecha a Taillet, la legión de los Allobroges y prolongó su izquierda hasta Llauro, cual si tratara de mantenerse en comunicación con Trouillas. Para dar a los nuestros la sensación de que se iba a desarrollar por parte del ejército francés, una ofensiva a fondo, Augereau dispuso la remoción de gran parte de las tierras y en la cima de los flancos de la altura de Mouscaillou, numerosas obras levantadas anuncianan la construcción de fuertes reductos, señalándose de modo bien acusado al pie de esta montaña, las líneas de un camino para el transporte de la artillería destinado según parecía a establecer la relación entre Oms y el campo francés del Réar.

Toda esta profusión de tierra removida para la aparente construcción de baterías, concluyeron de cegar a nuestro general en jefe. En su pleno convencimiento de que el ejército de la Revolución se disponía a envolver su ala izquierda, apresuróse a darla una mayor extensión. Con este propósito ya había hecho ocupar y establecer en las alturas de Palmera al S. O. de Saint Ferréol un reducto que asegurara la defensa de este sector amenazado y con el propósito que hemos indicado, de prolongar su ala izquierda, el Conde de la Unión ordenó descendiesen de Palmera trescientos hombres escogidos quienes atravesando el barranco del Riucerdá, irían a ocupar un puesto en el monte Roirol. La posición estaba bien elegida pues dominaba la orilla derecha del torrente de la Polinère, a lo largo del cual, desde Taillet, los franceses podían precipitarse sobre el Tech, frente al puente de Reynés.

Habiéndose dado cuenta Augereau de estos movimientos, o mejor dicho disposiciones de nuestro ejército, aprestóse a contrariarlas totalmente, aprovechándose a su vez, de las propiedades inherentes a su frente de combate, cuya vanguardia se encontraba establecida a la cabeza de Riucerdá, en la Boute Verte (colina verde). En estas condiciones, teniendo en cuenta que el reducto de la Palmera defendía el estrecho y único paso que en estas alturas ponía en comunicación las dos orillas del citado torrente de tal modo que su caída arrastraba forzosamente la del puesto avanzado de Roirol decidióse a actuar sin más retraso.

Los españoles contrariarán el propósito francés

Pero la empresa llevada a cabo por el ejército republicano no fué tan fácil como hubiera podido desecharlo su general. Dos columnas habían de marchar a lo largo de las orillas del Riucerdá intentando la derecha llevar a cabo un falso ataque sobre el Roirol, en tanto que la de la izquierda se apoderaba del reducto de la Palmera. Atacado éste por los franceses tal vez hubieran tenido que rendirse a no acudir en su socorro dos batallones de guardias Walonas y seis piezas de artillería que hubieron de contener aquéllos. En vista de este fracaso, retiráronse los franceses, mas también lo hicimos nosotros al llegar la noche, evitando las alturas de Roirol, pero dejando dos batallones de refuerzo en el reducto de la Palmera. A la mañana siguiente las tropas francesas volvieron a la carga, apoderáronse del reducto de la Palmera y persiguieron a los españoles hasta las márgenes del Tech. Esta pérdida hubo de extender la alarma entre los nuestros a lo largo de todo el valle, hasta el citado puente de Reynés. Los franceses quedaban por el momento dueños de la situación y destacando tres batallones del puesto de Taillet, estos, ocuparon las posiciones de Notre-Dame-de-Rure a fin de asegurar la comunicación con Roirol.

Era crítica la situación del ejército español y estimándolo así, el Conde de la Unión, dispuso la reunión de todas las tropas nuestras que se hallaban estacionadas en Céret y la de los portugueses repartidas entre Arles y Palauda. Del mando de todas estas fuerzas quedó encargado el General Mendieta. Igualmente hubieron de reunirse apresuradamente unos dos mil novecientos hombres en el campo de las Trompetes, que al mando del jefe de este campo, o sea, el Príncipe de Monforte, hubieron de incorporarse a los anteriores contingentes. El 29 de abril, al despuntar el día, todas las tropas que guarneían el puente de Céret y venían a formar una columna de tres mil bayonetas, lanzáronse valerosamente contra las avanzadas francesas de la Boute Verte, (la colina verde), y de la colina de Saint Paul al borde del Tech.

Sorprendidos los franceses ante esta brusca acometida de los soldados españoles, huyeron precipitadamente; los unos a refugiarse en la primera de las dos citadas colinas, los otros, al abrigo de la segunda. Estos últimos, sobre todo, podían considerarse como perdidos, pues una columna de guardias Walonas del ejército del Conde de la Unión amenazando la retaguardia de la Ermita de Roure, iba a cortar el camino de Taillet. Mas aunque estas fuerzas francesas pudieron remontar el Riucerdá y volver a acogerse a la Colina Verde, los españoles los rechazaron hasta Oms, invadieron el pueblo y no se detuvieron hasta haber realizado un reconocimiento sobre la posición que los franceses acababan de ocupar a retaguardia. Después de abandonar esta localidad marcharon a vivacar en las alturas de Taillet evacuadas por sus defensores al seguir el movimiento retrógrado dispuesto por Augereau.

Informe dado por el alto mando español  
al Duque de Alcudia

Los españoles podían considerarse los vencedores. El general español creyóse autorizado para escribir al Duque de Alcudia lo siguiente: «Si detallase a V. E. cuán gloriosos han sido para las armas del Rey este día y el de ayer, tendría que desatender asuntos de la mayor importancia que llaman toda mi atención.»

«En diez horas de continua acción para contrarrestrar el ataque que dieron los enemigos al batallón de infantería del Príncipe, que me escoltaba en un reconocimiento, fueron completamente rechazados, y llevados por él y otros hasta sus puestos más retirados, y en el segundo logré recuperar los atrincheramientos de la montaña de Vilá, que habían tomado a viva fuerza y en continuos ataques desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, y arrojarlos de las pendientes y dilatadas montañas que nos dominan por este lado: cuyas posiciones se han sostenido y sostendrán, si fuese posible, por ser muy conveniente.»

«La aspereza de éstas, la cortedad de nuestro número, el grande de los enemigos, el estado de convalecencia en nuestras gentes, y el indispensable cansancio en dos días de continua defensa y ataque, con cuyo incesante fuego se entorpeció el armamento y se inutilizaron repetidas piedras de chispa, forman un todo de contradicciones, que al verlas superar me llenaron de gozo y de consideración: cuyo igual efecto no dudo producirán en SS. MM. estos importantes servicios de sus tropas, y de las de S. M. Fidelísima cuyo General me acompañó: asegurando a V. E. que las armas han adquirido mucha gloria, y que no creo se hayan vencido mayores dificultades en otras ocasiones.»

«La pérdida de los enemigos no es dudable ha sido de consideración, y la nuestra, corta en proporción de los riesgos superados; pero no puedo puntualizarla por ahora, ni podré remitir a V. E. sin que pasen días el pormenor de ambas acciones, porque las urgencias, y mi presencia en todas partes me ocupará el tiempo, aún cuando los enemigos suspendan sus operaciones.»

Un testimonio portugués de la acción del  
día 28 de abril

Declara Chavy que el paso de los franceses en su avance era arrojante y asegura que el combate iniciado a las siete del 29 fué obstinado. «Los soldados de la República con pérdida de uno de sus generales y de muchos muertos y heridos, fueron sucesivamente retrocediendo, incluso abandonando algunas piezas que ya tenían asentadas y retirándose con precipitación a las seis de la tarde, ofreciéndonos una victoria en la que habían participado oficiales y soldados portugueses, repeliendo los ataques franceses siendo exaltada la bizarra con que aquellos intrépidos guerreros hubieron de desalojar a los franceses de todas sus posiciones.»

«Tales procedimientos merecieron al General Forbes la especial apro-

bación de S. M. Católica, la cual fué oficialmente manifestada en honorosas comunicaciones que al mismo General fueron dirigidas y que constan en la colección de documentos del Archivo de la Capitanía General de Cataluña.»

¡*Sin espíritu de rivalidad o envidia*, los españoles, según expresa y terminante declaración de un historiador portugués como Chavy, investidos de la mayor autoridad y prestigio, hubieron de tributar a sus compañeros de armas en aquella jornada, los soldados portugueses, expresivos y abundantes elogios!... ¡No debía ser de otro modo, ni dejará de serlo nunca en momento y empresa de cualquier clase que haya de ser realizada mancomunadamente por ambos ejércitos peninsulares! ¡En toda labor de conjunto, en todo empeño común entre portugueses y españoles no cabe rivalidad ni envidia alguna sino que por el contrario, son la cordialidad y el mutuo reconocimiento los que deben reinar por una y otra parte, cual corresponde a dos pueblos destinados por la Divina Providencia a la realización de un mismo cometido histórico!



CAPITULO VI

Dugommier ataca al Campo del Boulou

El Conde de la Unión se dispone a recuperar Oms



ABA llegado ya el momento en el que Dugommier iba a llevar a cabo su plan de operaciones. Era el 30 de abril (11 floreal), según el calendario republicano y en tanto que Augereau en los Aspres, mantenía por un fuego continuo la inquietud y la alarma de los nuestros, el conde de la Unión, se disponía a recuperar la posición de Oms, que se acababa de perder, según sabemos, en la contienda del día anterior. Para la mayor comprensión de las acciones militares que vamos a describir, ofreceremos a nuestros lectores unas breves indicaciones sobre las características del terreno en que se iba a operar y sobre la disposición de los ejércitos beligerantes en la comarca de Boulou.

Consideraciones sobre la topografía y características militares de los montes Alberes

Realmente no es necesaria una exposición de las características topográficas de los Alberes, porque éstas, han sido objeto de nuestra atención en distintas partes de esta obra. Otro tanto cabe decir del Boulou y de la comarca en donde está situado. Recordemos que, del pico Niolous, se bifurcan dos ramales que van a caer en la gran depresión del Coll de Perthus, una de ellas, por debajo de Boulou y, la otra, ante Bellegarde. Estas dos ramas montañosas pueden considerarse como los ángulos de un triángulo cuyo vértice estuviese en el citado pico y que fueran cortadas por el Pla del Arc, constituyendo éste el tercer lado de aquél. En estas circunstancias tan favorables para el envolvimiento de nuestro campo, el hacerse dueño del flanco de la línea de operaciones, no era para el francés, empresa insuperable. No batiendo el Boulou más que la desembocadura de la montaña en el llano, le era suficiente al atacante para franquearlo el correrse por cualquier depresión de la cresta que corona la rama superior que hemos citado y que termina según indicamos en el pico aislado de Saint Christophe.

Este pico tenía una gran importancia desde el punto de vista táctico, dado que al dominar toda las rampas que conducen al Pla del Arc, evitando el hacerlo por la carretera principal, ser dueños del mismo

era serlo de todo el terreno de que estamos tratando. Esta importancia de la posición de Saint Christophe, parece que, desgraciadamente, hubo de ser desconocida por nuestro alto mando al dejarla completamente abandonada, sin guarnición alguna. Según el juicio crítico del historiador Fervel, el hecho era debido a que: «Después de la posesión que habíamos conseguido de las plazas de la costa al hacernos dueños de las orillas del Tech, no veíamos en este pico aislado otra cosa que un centinela perdido, en disposición, todo lo más, de dejar despejado el camino longitudinal de los Alberes, el cual, desde luego, no era entonces para nadie de utilidad alguna. Nuestro alto mando creyó suficiente garantizar la defensa de su ala derecha sobrecargando de obras defensivas el pueblo de Montesquieu, situado, según sabemos, en la pendiente inferior de Saint Christophe (San Cristóbal), a 847 metros por debajo de la capilla que se destaca en lo alto de la cima. Con sobrada razón puede asegurar el historiador que hemos citado, que esta falta iba a ser cruelmente expiada por nosotros.

#### Disposición del frente español

Hecha esta ligera descripción del que iba a ser campo de batalla, procede que demos ahora cuenta de las fuerzas que habían de tomar parte en la acción a desarrollar así como de su disposición primitiva. Nuestro ejército, según datos que hubimos de facilitar en el capítulo VII de la primera parte de este Tomo, mantenía su ala derecha, con seis mil novecientos cuarenta y cuatro hombres al mando del General Navarro. Esta fuerza, después de la acción de Palau, quedó enteramente separada del Boulou, ocupando Port Vendres y Collioure y destacando sus puestos avanzados más allá de Argelés. El ala izquierda agrupaba las divisiones de Courten y la del General portugués Forbel, más los dos mil novecientos hombres elegidos entre los soldados del campo de las Trompetes, que habían ido a reunirse con las anteriores, al mando del Teniente General Príncipe de Monforte. En este ala izquierda figuraban también, ocho mil combatientes, con la especial misión de operar en los Aspres. Finalmente, el campo del Boulou, en el centro de la línea española, encerraba ocho mil trescientos soldados, de los cuales, cinco mil quinientos guarneían los atrincheramientos de la orilla izquierda del Tech. La orilla derecha de este río, desde Montesquieu al campo de Trompetes, hallábase tan sólo defendido por dos mil ochocientos, de ellos ochocientos Dragones a caballo.

#### Disposición del frente francés

El ejército francés contaba en primera línea con treinta mil novecientos hombres. «Estaban repartidos con toda, la sagacidad que podía esperarse de un jefe que tan hábilmente había sabido engañar a sus adversarios. A la izquierda siete mil trescientos sesenta y cuatro soldados

de línea, o voluntarios, y 100 húsares, a las órdenes del General Sauret, tenían la misión de contener a la división de Collioure. A la derecha Augereau, que, con 6.401 combatientes y 80 caballos, había arrastrado a las tropas del Conde de la Unión al interior de los Aspres, era el encargado de hacer frente a todos los atrincheramientos de la orilla izquierda; por último, en el centro, el General Perignon a la cabeza de 8.563 bayonetas, 1.357 caballos y 150 artilleros, a los cuales una reserva de 6.325 infantes y 550 jinetes, se aprestaban a secundar; a la cabeza, en fin, de 16.955 hombres, Perignon debía asestar el golpe decisivo. Montesquieu y el campo de Trompetes iban a ser los puntos elegidos para el ataque principal del ejército francés. Como verán nuestros lectores, al par que hemos dado cuenta de la distribución de las tropas francesas en su frente, hemos señalado igualmente las disposiciones generales de la ofensiva proyectada por el General Dugommier.

Se inicia el ataque francés el 29 de abril

El 29 de abril inicióse el ataque, que hubo de llevarse a fondo al día siguiente. Pretende la información francesa dar como un hecho indiscutible el de que, en esta ocasión, la calidad de sus tropas era muy superior a la de los nuestros, favoreciendo, de este modo, aún más la ventaja que para los franceses representaba su superioridad numérica en hombres y en material. Las tres primeras brigadas asaltantes: Martín, Chabert y Point constituyan la selección del ejército republicano y la reserva estaba formada por los elementos de más reconocido valor y espíritu militar. Frente a tropas tan excelentemente dispuestas para la lucha, a juicio de Fervel, los 2.800 españoles así amenazados por los 17.000 mejores soldados franceses no habían hasta entonces mostrado más valor que el que corresponde a tropas que han quedado encomendadas de la guarda de los atrincheramientos.

El historiador militar francés se olvida, por lo visto, de la conducta que en los anteriores e inmediatos acontecimientos habían puesto de manifiesto nuestras tropas, y, por ello, nosotros, sometiendo a cuarentena, según la frase vulgar, tales afirmaciones, tan sólo admitiremos, como cosa probable, que tanto la actividad de las tropas de la Revolución, en estos primeros meses del año de que se trata, como todos esos ataques que les habían permitido ganar y ocupar terrenos anteriormente conquistados por nuestras fuerzas, los pronósticos desfavorables que significaban el fallecimiento de nuestros mejores generales, las enfermedades que de tal manera habían hecho presa en nuestros campamentos, la constante *guerra de moros* a que se veían los nuestros sometidos, día y noche, y el manifiesto abandono en que se tenía al ejército por parte de la Corte, todo ello hacía que los soldados españoles comenzasen a ser presa del desaliento, habituados como estaban al mando del General don Antonio Ricardos, a operaciones, maniobras y combates en los que, por lo general, habían quedado victoriosos. Y si esto podía declarar Luis de

Marçillac, no olvidemos las afirmaciones de Claudio de Chavy, sobre la conducta de las tropas peninsulares en las acciones de que se trata, que, según él, en combates como el del día 28 de abril, en el que: «la mayor honra no estriba en el resultado que pudiera obtenerse, sino en la valentía de las mismas, las cuales no obstante algunos socorros recibidos durante la lucha, hallándose en condiciones de notable desventaja, estimulados por el valor de su General (el Conde de la Unión), se portaron gallardamente, distinguiéndose una pequeña fuerza de guardias Walones y un batallón del Regimiento del Príncipe, en el que fueron muertos y heridos casi todos los Oficiales». Y no olvidemos, por fin, que la conducta de los soldados portugueses mereció por parte del Gobierno de Madrid una sincera felicitación.

**Desarrollo de la operación. Actuación de  
las tropas francesas en la orilla derecha  
del Tech**

Como antes dijimos, fué el 29 de abril la fecha escogida por el alto mando francés para llevar a cabo la operación de envolvimiento por el frente izquierdo de nuestro campo del Boulou, quedando cortadas, de este modo, las comunicaciones de este campamento con nuestras posiciones de Bellegarde y plazas marítimas de la costa Mediterránea. En este día, antes de la medianoche y con un tiempo sombrío y desagradable, en tanto que la división Sauret (4.695 hombres) se desplegaba desde las orillas del Tech a la altura de Elne, en dirección a la montaña, antes de Saint-André y frente a Argelés, y detrás de ella, en segunda línea, y en reserva, la brigada Victor Perrin (2.679 hombres) cerraba el acceso al llano hasta Saint-Genis; el General Martín a la cabeza de 3.100 cazadores sostenidos en su izquierda por 500 hombres, que habían pasado el Tech en Ortaffa, llevando a vanguardia, en exploración, a 300 jinetes, y seguido de un convoy de 14 piezas de artillería ligera, con una retaguardia de 150 jinetes, franqueó el vado de Brouilla, atravesó rápidamente la pequeña llanura de Aguilhouse, y, dejando Saint-Genis a la derecha, sube a la Roque, que encuentra evacuada, y ganando después un poco al O. de esta localidad un penoso sendero, comenzó a subir al pico de Saint Christophe.

No podía concebir el General Martín que esta posición tan importante pudiera estar completamente desguarnecida por los nuestros, creyó, pues, oportuno verificar la escalada del monte con toda clase de precauciones. Conducida por guías seguros bien conocedores del terreno, y favorecido por la densa obscuridad de la noche, mandó desfilar su brigada hombre por hombre. Las mulas llevaban a lomos seis piezas de dos y otras 12 llamadas *republicanas*; tales precauciones estaban justificadas, pues, en tan penosa ascensión, cualquier pequeño puesto allí establecido por nuestro ejército, podía haber hecho imposible la subida. Mas afortunadamente para la causa francesa, nadie había en la montaña, y

al poco tiempo, la cabeza de la fila alcanzó la capilla o ermita de Saint-Christophe, alrededor de la cual quedó formada la venturosa brigada. Apresuradamente el General de brigada francés dispuso su acampamiento. Destacó a 800 cazadores, que, descendiendo en rápida carrera el reverso meridional de la montaña, han de interceptar por el Pla del Arc, al puente Maillot, cerca de las Esclusses-Hautes, la rampa del Boulou al Perthus.

Siguiendo las huellas del General Martín, la brigada de Chabert, compuesta de 2.648 hombres, hubo de pasar el Tech, avanzando sin resistencia, y precedida, también, por 300 caballos, hasta el pie de la colina de Villalongue, y, después de haber reconocido esta localidad sin encontrar en ella un solo español, ordenó el despliegue de su brigada, perpendicularmente al Tech, a lo largo de una línea que la brigada Point, con 2.764 hombres, vino en seguida a prolongar hasta el torrente. Finalmente, a retaguardia, *en potencia*, la caballería concentrada a las órdenes del General Labarre, y las 14 piezas de artillería volante que habían sido escoltadas por el General Martín, vigilaban la llanura fuera del alcance del cañón enemigo.

**El combate en la orilla izquierda. Pasividad de nuestras tropas**

Mientras en la orilla derecha del Tech se llevaban a cabo todos estos movimientos, las fuerzas francesas, establecidas en la orilla izquierda, hubieron de actuar en consonancia con ello. El paso de Ortaffa, designado como punto de retirada en caso de derrota, fué fuertemente guarnecido; el General Despinoy con 1.074 hombres, recientemente extraídos de los batallones estacionarios, tomó posición en Banyuls-les-Aspres, concentrando, a retaguardia de la aldea de este nombre, dos brigadas en situación de reserva, con 550 caballos; a retaguardia de todas estas fuerzas, en segunda línea, en lo alto de Tresserres desplegaron 800 requisionarios destinados a añadir al conjunto de estas disposiciones el prestigio imponente de la superioridad numérica.

Mas, si la noche había sido sombría, al despuntar el día un bello sol de primavera vino bien pronto a ofrecer a los españoles un espectáculo tan terrible como inesperado. Así lo asegura Fervel. Dejemos a su brillante pluma la descripción del momento: «A retaguardia y sobre sus cabezas, los Alberes erizados de armas; su derecha, envuelta; delante de ello toda la llanura relumbrante de bayonetas. La ausencia del jefe que es responsable de la orilla más amenazada, el aspecto desértico del campo de las Trompetes del cual este jefe la misma víspera había sustituido la mitad de sus defensores, semejante abandono, tal aislamiento, acabaron de confundirlos, quedaron aterrados.»

Con el propósito de levantar la actitud estática de nuestras tropas, el General Dugommier creyó oportuno llevar a cabo, ante la vista de los nuestros, distintos movimientos demostrativos. Así el General Martín,

descendiendo de Saint-Christophe, cortó en la Croix-des-Signaus, en la cresta occidental del pico, el camino de travesía de Bellegarde, y maniobró como si tratase de caer sobre Montesquieu. El General Point abordó la entrada del pequeño vallecito, cuya cabeza ocupa el pueblo de dicho nombre. Finalmente, Chabert que conducía por esta parte oriental el ataque principal, inició su avance sobre Villalonga. Inútiles provocaciones, los españoles persisten en su inmovilidad y así se pasan dos horas en la espera.

La ocupación de la cresta de Saint Christophe tenía que llevar consigo el ataque al pueblo de Montesquieu, emplazado en la cima de un saliente de la roca, al flanco septentrional de la meseta que se cita, sobre la plataforma de una especie de grada, cuya contramarcha presenta, hacia el N., un escarpado casi cortado a pico, y cuyas caras laterales van constituyendo dos taludes rápidos, a perderse, a derecha e izquierda, en dos largos y profundos barrancos. Una colina que destaca sobre el perfil de la montaña, y de la que se desprende una ligera escotadura, guarda, por el mediodía, el acceso a la posición. Con estos datos no es difícil darse cuenta de las excelentes condiciones defensivas que ésta reunía. A mayor abundamiento nuestro ejército había levantado un conjunto de importantes atrincheramientos, y así, un amplio y fuerte reducto coronaba la colina del S., dos parapetos realmente sólidos y que habían llevado cuatro meses en su construcción bordeaban los escarpados. Un viejo castillo, levantado sobre sus ruinas y convertido en una especie de fuerte, servía de reducto; los escombros cubrían los barrancos vecinos, en fin, 20 obuses y tres cañones de grueso calibre dominaban los repliegues y batían, a gran distancia, los accesos a esta formidable posición.

**Perignon ataca la posición española de  
Montesquieu.—Súbita reacción española**

Habían transcurrido ocho horas de lucha. Era el General Perignon el que mandaba personalmente el ataque que las tropas francesas estaban realizando. Después de tomar sus primeras disposiciones, y asegurarse bien que no había por qué esperar ataque alguno proveniente de Céret, al ver a los españoles, siempre sumidos en su sopor y como encadenados por un sueño mágico, decidióse a romper el encanto; «desplegó sus cazadores y sus fusileros, formó los granaderos en columna de ataque, y dió la orden a dos piezas en batería, asentadas en las crestas abajo de Villalongue, para abrir el fuego sobre las fortificaciones españolas. Fué ésta la señal del ataque e inmediatamente Montesquieu fué asaltado a la vez por tres lados; al S. por Martín, al E. por Chabert y al N. por el Ayudante Frère, que formaba la vanguardia del General Point, con tres compañías seleccionadas de la 147 mediobrigada. El enemigo, despertando al punto, reaccionó súbitamente. Entáblase el combate, y, bien pronto, las explosiones del cañón y el tiroteo de las des-

cargas corren confundidos hasta lo profundo de las cavidades y la superficie de las pendientes de los Alberes, donde el eco devuelve sus sonidos» (Fervel).

«Era para nuestros soldados regenerados y reunidos frente a un puesto de doloroso recuerdo del cual habían en otro tiempo experimentado tantas humillaciones; era sí el momento de tomar su revancha.» De tal modo lo declara el historiador militar francés que se cita. Y añade: «Sobrepasaron estos soldados todo cuanto podía esperarse de su reciente metamorfosis, todo cuanto el aguijón de la yenganza puede añadir al ardiente coraje y al violento impulso. De aquí la causa de que este famoso ataque de Montesquieu engendrase los actos de audacia y los rasgos de heroísmo de los primeros empujes de nuestros cazadores, el adiestramiento y el trabajo conjunto y ordenado de nuestras columnas de granaderos, las proezas de nuestros húsares y de nuestra artillería a caballo, a la que no detuvo la presencia de los precipicios.» «No trataremos de describir todo esto—expone Fervel, con disculpable orgullo—, pues ello sería tanto como querer pintar uno de los más violentos defectos del indiscutible fanatismo de nuestras primeras legiones republicanas, que el humo de los combates exaltaba a veces hasta el delirio...»

Mas la nobleza y el espíritu de justicia del historiador francés no quiere dejar en el silencio el reconocimiento pleno del valor de nuestras tropas. Y refiriéndos a los suyos declara: «Ellos encontraron, por lo demás, adversarios dignos por todos conceptos. Puesto que el Coronel Venegas, que defendía Montesquieu con su regimiento, comprendiendo que el puesto confiado a su valor era el ánora de salvación del ejército español, se mostró a la altura de su misión y supo animar a los suyos...» Mas, a pesar de todo, los esfuerzos desesperados de la defensa no podían contrarrestar el frenesí del ataque.

Si hemos de atenernos al testimonio de Luis de Marçillac, el Conde de la Unión, que, en el reconocimiento llevado a cabo el día 28 de abril, «sin duda debió lamentarse de verla tan cerca de la nuestra y tan aventajadamente situada, pudo comprender cuán difícil era recuperar la superioridad. El día 29 logró, no obstante, después de un combate de doce horas, desalojar a nuestros enemigos de la montaña de Notre Dame-de-Vilar, de la que se habían apoderado a viva fuerza, atrincherándose fuertemente, y desde la cual dominaban las baterías de Montesquieu y de la Trompette, que cubrían, como lo hemos visto, el flanco derecho de la posición del Boulou. Un batallón del Regimiento de Infantería del Príncipe hizo prodigios de valor en esta acción gloriosa. Las tropas portuguesas mostraron en él un ánimo valeroso.

#### Conducta del Conde de la Unión

Ante esta actitud de los franceses, ante esta manifiesta actividad del enemigo ¿cuál era la conducta del Conde de la Unión? Contra lo

que pudiera suponerse, dado su carácter impulsivo, nuestro General permanecía inmóvil en Céret, y, sin darse cuenta todavía de la realidad, toda su acción se limitaba a enviar de nuevo al campo de las Trompettes las tropas que en esta parte había ido diseminando, y, con ellas, al Príncipe de Monforte que las mandaba. Mas este Príncipe, aterrado al ver las masas que cubrían la llanura, y no osando sobrepasar el frente del Boullou, se contentó con destacar en socorro de Venegas dos batallones de linea, sostenidos por un Regimiento de Dragones con orden de que se detuviese del lado de acá del campo de batalla, situándose la caballería al pie de las alturas, y la infantería sobre una meseta que, por su situación entre las Signaux y un pequeño reducto inferior, hubo de designar como punto de refugio a los defensores de Montesquieu.

#### **Heroísmo de los soldados españoles**

Ante disposiciones tales bien puede declararse que, con ellas, nuestros valientes soldados «en lugar de un refuerzo, cuya llegada reanima su esperanza, no hubieron de encontrar ante sus ojos más que estos siniestros augurios. A pesar de ello su valor hizo frente a tan dura prueba. Esto era debido a que contaban con un noble ejemplo en aquel que los mandaba. En efecto, por donde quiera que la muerte les arrebataba un jefe, o amenazaba un peligro, veían acudir a su intrépido Coronel. Todos sus puestos se encontraban mutilados, la mayoría de sus Oficiales mordían el polvo y su sangre corría por dos largas heridas; pero, ni las torturas que desgarraban sus entrañas, ni el lamentable espectáculo que les rodeaba, no pudieron desfallecer su corazón heroico, y fué preciso que el indomable español sintiera llegar su última hora, para que él pensara en retirarse al abrigo de la tropa que le esperaba».

#### **Perignon permaneció inactivo ante la retirada de las tropas españolas. Entrada en Montesquieu de los franceses**

Fué sí una feliz circunstancia para nosotros el que el General Perignon al ver nuestra caída y dándose cuenta de cuáles eran las intenciones de los nuestros, avaro por otra parte de la sangre de sus soldados, lejos de disponer un vigoroso y cruel asalto a la posición de Montesquieu, que desde luego era innecesario dado que los nuestros habían de retirarse, creyó más oportuno esperar a que realizaran tranquilamente su retirada. «Este puesto ha sido atacado veinte veces en la última campaña y veinte veces hemos sido rechazados, no obstante, *en una hora, yo te haré entrar.*» Tal hubo de prometerle al joven representante Milhaut que se impacientaba por este retraso y le acompañaba vigilante en todas estas ocasiones. Pero estos celosos servidores de la Revolución no se hallaban muy propicios para seguir los consejos ni las indicaciones de los generales ciudadanos. Con impetuoso arrojo, sin

atender para nada la indicación de Perignon, poniéndose al frente de 80 húsares, que ardían también de impaciencia, lanzóse al asalto. Tan brusca acometida, al provocar la reacción de los soldados españoles, hizo temer a Perignon la posibilidad de un contraataque que pudiera desbordarle, y, en vista de ello, dió la orden de asaltar la posición española. La carga al hacer vibrar toda la línea francesa impulsó inmediatamente a las tropas ligeras a lanzarse a vanguardia en plena desbandada, en tanto lo hacían los granaderos, formados en correcta columna y con la bayoneta calada. Igualmente los húsares, sable en mano, precipitáronse en veloz carga, y, en una palabra, tres brigadas encamináronse hacia Montesquieu, penetrando en él por todas partes infantes y jinetes, en la mayor confusión, a través de los barrancos y de los escombros, batidos por las balas y la metralla, en un cerrar de ojos inundaron el pueblo, y se hicieron dueños de 23 bocas de fuego que hicieron girar en dirección del campo de las Trompettes. Los españoles, que permanecían en pie, hubieron de retirarse, llevándose herido gravemente al Coronel Venegas, que no había de tardar en morir. Según la información francesa el primero en entrar en Montesquieu fué el Subteniente Chamorin, del 6.º Batallón del Hérault, que Perignon nombró capitán provisional sobre el mismo campo de batalla y que, más tarde, después de haber asistido a 142 sitios o combates y alcanzar el grado de general, fué a morir heroicamente en nuestra Patria, en donde recibió la primera herida.

También se citaba como particularmente distinguido en esta memorable acción a Cassan, igualmente ascendido a General al correr el tiempo, y cuatro antiguos voluntarios del 2.º Batallón de Gers, cuya valentía les había ya elevado a diversos escalones de la jerarquía militar, hallándose destinados a remontar su cima: Lannes, Banel, Lagrange y Boyer. Tal como se han descrito los hechos, estas acciones de los días 28 y 29 hubieron de alcanzar extraordinario renombre o celebridad en las filas del ejército republicano. Afirma Fervel que esta conquista de Montesquieu, tuvo, en lo sucesivo, una gran celebridad, y constituyó, hasta el fin de su carrera, el orgullo de todos cuantos tuvieron la dicha de tomar parte en ella. Haremos observar también, por lo que anteriormente hemos expuesto, cómo Fervel rinde el debido homenaje a la disciplina y al valor de nuestras tropas. La afirmación es rotunda, categórica: «su valor resistió a toda prueba y los sangrientos episodios de la lucha no pudieron quebrantar su heroico corazón, tan sólo, cuando no cabía esperanza alguna, y el sacrificio era inmediato, se decidieron a abandonar la posición y marchar al abrigo de las defensas, levantadas a su retaguardia». No podíamos pasar por alto las afirmaciones del historiador francés, tan brillantemente expuestas con su elegante estilo.

Medida tomada por Dugommier para  
asegurar la victoria

Puede comprenderse que a raíz de los combates anteriores y una vez obtenida por las tropas de la República la victoria que hemos señalado, Dugommier hubiera de tomar, por su parte, todas cuantas medidas pudieran asegurar la conservación de tan preciosa conquista. Desde luego, durante la acción, a fin de poder gobernar mejor el conjunto de los elementos en juego y atender con la mayor serenidad a toda eventualidad, establecióse en segunda línea, en Banyuls les Aspres, transportando a este puesto su cuartel general, y haciendo asentar delante del pueblo una batería de tres piezas de 24, destinada a batir el campo de las Trompettes. Una vez que el combate hubo de terminar llamó a su inmediación toda la reserva que, desde la mañana, estaba concentrada detrás de Banyuls, y que se componía de 3.257 soldados seleccionados, a las órdenes del General Lemoine, de una brigada de 1.914 bayonetas, y de 550 caballos mandados por el General Quesnel. Estos 5.800 hombres, desde la caída de la noche franquearon el vado de Brouilla, y se encaminaron: la brigada Lemaire, a reforzar las tropas de Martín, en la cresta de los Alberes, el resto de la infantería a reemplazar, entre dicho vado y Montesquieu, las columnas de ataque que acababan de prestar apoyo a este último punto; en fin, el General Quesnel, juntando sus caballos a la masa de nuestra caballería que La Barre tenía agrupada bajo su mando, habíase colocado a vanguardia de las Trompettes Basses. Al propio tiempo, la brigada Victor quedaba sujeta a las disposiciones del centro, de suerte que Perignon, concluyó por reunir bajo su mando los dos tercios del ejército asaltante.

Relato de la acción facilitado por el Príncipe de Monforte al Conde de la Unión

La información oficial española confirma cuanto acabamos de relatar, y, ella, está contenida principalmente, en la relación que el Teniente General, Príncipe de Monforte, hubo de comunicar al Conde de la Unión, y que éste trasladó al Duque de Alcudia; documento que consta en la *Gaceta de Madrid* del 13 de mayo de 1794, y que dice así: «Luego que, en la mañana del día 30 de abril, me dió V. E. la orden de pasar a la Trompeta, que se hallaba atacada, igualmente que Montesquieu, hice la mayor diligencia para transferirme a aquel puesto. Hallé que los enemigos habían ocupado el llano del Vado Grande, con 10.000 infantes y más de 1.000 caballos, y, con más de 6.000 hombres, las alturas que dominan todos aquellos puestos; establecieron dos obuses y un cañón en la altura que domina todo aquel terreno, y empezaban a pasar el río otras dos columnas, con la fuerza de 2.000 hombres. Envié, luego, un batallón de refuerzo al Coronel don Francisco Xavier Vene-

gas, que mandaba en Montesquieu, donde este Oficial (conocido ya en el ejército por sus superiores talentos y bizarria) estaba haciendo la más vigorosa defensa, y la continuó hasta que, después de recibir dos heridas, la superioridad de fuerzas y arrojo de los enemigos, le obligaron a abandonarle, haciéndose llevar en hombros entre cuatro soldados. Como ya había previsto este lance, despachó con anticipación, al Brigadier Conde del Puerto, con un batallón de su regimiento de infantería de Mallorca, y 100 voluntarios de Cataluña, mandados por el Teniente Coronel don Manuel Viana, Capitán del de Soria, para ocupar una altura que mediaba entre nuestra batería de señales y Montesquieu, y, en el barranco inmediato, coyoqué para sostenerle al Brigadier don Pedro de Buck, con su Regimiento de Dragones de Almansa; yo pasé a establecerme con dos violentos al nuevo pequeño reducto avanzado que el día antes se había construído sobre la izquierda de aquella altura, para proteger la retirada de nuestras tropas; lo que se consiguió felizmente, y el Conde del Puerto, sostenido por su izquierda, con parte de los Provinciales de la división de Andalucía que habían salido de Montesquieu, al mando del Coronel don Joseph Laca-rerra, Sargento mayor de ella, mantuvo aquel puesto con la mayor bizarria y firmeza, hasta que, a la caída de la tarde, le mandé ocuparse con su batallón y los de Soria y Valencia la única altura libre que mediaba entre los enemigos y el campo de la Trompeta, previendo que aquella noche o al día siguiente me atacarían con todas sus fuerzas, porque ya se habían establecido durante la tarde en todos los puestos que habían ocupado en el discurso del día; lo ejecutaron, en efecto, al amanecer, atacando la batería de las señales que no hizo gran resistencia, a pesar de los 100 hombres de refuerzo que, con anticipación, se le habían enviado; pero el vivo fuego de cañón y fusil que hizo la tropa que guardaba la batería alta de la Trompeta, y la derecha del baxo atrincheramiento, impidió a los enemigos alojarse en ella, y adelantarse por aquella parte; al mismo tiempo baxaron las tropas enemigas de las alturas y atacaron al Conde del Puerto, quien, a pesar de la superioridad de sus fuerzas, las contuvo por más de dos horas, retirándose con el mayor conocimiento y pericia de puesto en puesto hasta el camino de Bellegarde, conforme se le había prevenido, despachándose, sin intermisión continuos avisos para mi gobierno; luego que vi corona-do todo mi flanco de tropas enemigas a tiro de fusil, y que el Brigadier don Pedro Buck (que cumplió exactamente) con el Regimiento de Almansa que había dexado a mi espalda, fué obligado a seguir al Conde del Puerto, dispuse una retirada, cubriendola con el Batallón de Cazadores de Castilla, y la caballería al mando del Brigadier don Fernando Cagigal; me puse al frente con el Comandante interino del batallón don Juan López Cantero, y el Coronel de Saboya don Pedro Adorno, y coloqué a mi costado izquierdo una fuerte partida del Regimiento de Infantería de España, mandada por el Primer Teniente de fusileros don N. Lagrava, y el Segundo Teniente del mismo cuerpo don Barto-

lomé Roda, que correspondió al vivo fuego de fusil de los enemigos hasta llegar a la vista del puente del Boulou, en donde seguí al Batallón de Navarra, que ya había salido de aquel puesto, e iba marchando por el camino de Bellegarde; y habiéndose situado ya en él los enemigos, sobre una pequeña loma a su izquierda, dispuso que los Brigadiers de Dragones, don Pedro de Buch y don Andrés de Torres, los atacasen; lo ejecutaron con denuedo; pero no habiendo podido desalojarles por la ventajosa situación que inmediatamente tomaron, me vi obligado a seguir al Batallón de Navarra y otras tropas, que ya habían dirigido su marcha por el Coll del Portell, donde me coloqué hasta la venida de V. E. Luego que observé las fuerzas de los enemigos, y su situación, conocí que no podía salvarse Montesquieu sin batir al cuerpo que tenían en el llano, ni sostenerse el puesto de la Trompeta sin desalojarlos de las alturas que anteriormente habían ocupado; uno y otro era imposible por las pocas fuerzas que tenía, no obstante los continuos reforzos que V. E. me había enviado; pero, obedeciendo la orden de V. E., defendí el puesto hasta el mismo momento que los enemigos iban a cortar la retirada, y se defendieron tan gloriosamente las tropas del Rey nuestro Señor, que no dudo que, hasta en el concepto de los mismos enemigos, ha quedado asegurado el honor de las armas españolas. Cuando yo llegué a la Trompeta había dado ya todas las disposiciones necesarias para su defensa el Mariscal de Campo don Ildefonso de Arias, Comandante de aquel puesto, que siempre se mantuvo a mi lado en los diferentes ataques y retiradas, siempre fuimos unánimes en todo cuanto se providenció, según las ocurrencias, sirviéndome de mucho los conocimientos locales y las fundadas reflexiones de este General, conocido ya en el exército por su valor y talentos militares. El Conde del Puerto, en la gloriosa defensa de los dos puestos que le confié, ha dado seguras pruebas de su mucha instrucción, valor y talento para el mando, y es acreedor a que V. E., le recomiende a la piedad del Rey, igualmente que a don Francisco Venegas, que defendió gloriosamente por espacio de cinco horas, a Montesquieu; el Comandante del Batallón de Cazadores de Castilla don Juan López Cantero, y sus Oficiales don Angel Pedrero, don Mateo Vélez, don Joseph Falcón, don Lucas de Mena, don Joseph Salazar y don Tomás Llanes, a pesar del mucho fuego que sufrieron, mantuvieron en la retirada tal orden y circunspección, que admiró a cuantos le vieron, e impuso respeto a los enemigos; y se han distinguido, igualmente, el Primer Teniente de Fusileros de Infantería de España D. N. Lagrava, y el Segundo Teniente don Bartolomé Roda que mandaba la tropa de su Regimiento, y cubrió mi costado izquierdo; el primero quedó herido, y el segundo muerto; el Teniente Coronel don Manuel Viana, Capitán del Regimiento de Infantería de Soria, y los Oficiales de Artillería, don Francisco Novella y don Carlos March, que mandaban las baterías de Montesquieu y de la Trompeta alta; y todos estos dignos oficiales son acreedores a que S. M., les conceda alguna gracia. Cumplieron muy bien mis dos Ayudantes de Cam-

po los Tenientes Coroneles don Miguel de Ibarriola y don Diego Ballesteros, el del Mariscal de Campo don Ildefonso Arias, don Joseph Ami, Teniente de Fusileros del Provincial de Xerez; don Juan María Correa, Teniente de Granaderos de Cuenca y Ayudante de la infantería de aquel puesto; don Juan Mauduit, que lo era de la Caballería, y el Cadete del Regimiento de Algarbe don Joachín Germán. Ignoro aún el número de muertos y heridos; la pérdida de los enemigos ha sido grande, particularmente delante de Montesquieu. Mandé clavar toda la artillería gruesa e inutilizar las municiones, lo que ejecutó el Teniente de Artillería don Joachin Cavalieri. Conducía en mi retirada cuatro violentos; pero los muleteros llevados del miedo, cortaron los tirantes, y huyeron con las caballerías de tiro. Esto es cuanto, en el momento puedo informar a V. E. acerca de lo ocurrido, en los días 30 de abril y 1.<sup>o</sup> del corriente».

Tal era el contenido de la información, facilitada por la Gaceta de Madrid, de la batalla del Boulou. Creemos innecesario poner de manifiesto todos aquellos extremos, en los que se muestra clara la relación, más o menos expresa, entre los acontecimientos citados por el testimonio de una y otra información, y que, de esta suerte, dan fe de la realidad de los mismos. Hemos de creer, por lo tanto que, si la conducta de las tropas y del alto mando francés, fué todo lo acertada que las exigencias de su causa requerían, la de las nuestras, en su desfavorable situación, no dejó de mantener dignamente el honor de las armas.

**Incapacidad del Alto Mando español  
para darse cuenta de la propia situación.  
Juicio crítico de la operación reseñada**

Pero si esto es así, no deja de serlo igualmente que, la incapacidad del alto mando español, no pudo manifestarse de manera más absoluta. Ciertamente que la posición de Céret no dejaba de ofrecer ventajas estratégicas para la ofensiva contra los franceses, dado que, con buenos caminos era fácil su comunicación con el valle del Tet, pero estas ventajas, reclamaban para su vivencia, mantener en nuestro poder con toda seguridad la comunicación con Bellegarde, por el camino que unía ambas localidades.

En estas condiciones el centro vital de la defensa española estaba a la derecha, es decir, al E., no a la izquierda del campo de Boulou. Ya hemos visto cómo esta circunstancia, innegable, fué desconocida por el Conde de la Unión, que no sólo había trasladado su cuartel general a Céret, sino que, como sabemos, ordenó a los generales que mandaban las fuerzas del ala izquierda se apoderaran de las alturas de Palmera, y de la montaña de Taillet, y reuniendo, a este efecto, según hubimos de indicar también, a las órdenes de Mendenueta las tropas del campo de Céret, los portugueses, acantonados entre Palaudas y Arlet y varios batallones bajados del Boulou. Maniobra que ya de por sí difícil para

ser realizada en condiciones favorables, dado el estado de la situación para los nuestros, fué tanto más peligrosa por cuanto que, en aquel instante mismo, el general francés se aprestaba a lanzar el golpe definitivo contra nuestro frente.

Ante una situación tan ventajosa para las tropas de Perignon, lógico era que las tropas españolas presentaran una débil resistencia, y, así, el general Martín pudo llegar sin obstáculo, a la ermita de Saint Christophe, que estaba desguarnecida, empujar al general portugués Freire sobre el puesto de las Trompettes Hautes, que, como recordaremos, estaba defendido por el Mariscal de Campo, Hayas. La batalla entablada, había de adquirir toda su intensidad en la orilla derecha del Tet, frente al Boulou, desde el momento en que Perignon hizo ocupar la planicie de Villalonga por la brigada Chavet, y cubrir Argelés por los soldados del general Victor.

Al presentarse formado en línea de batalla sobre la orilla del citado río Tet, frente al Boulou, con la izquierda apoyada en la posición de Villalonga, el éxito de la batalla estaba ya decidido, mucho más teniendo en cuenta que los nuestros se mantenían en actitud expectante y pasiva, ante las maniobras que, sin obstáculo, podían llevar a cabo las tropas republicanas. La situación del Mariscal Venegas, defendiendo con un Regimiento de Infantería el reducto de Montesquieu, atacado por las brigadas Point y Chabert, puede calificársele de desesperada, y no es punible, ni siquiera censurable, el que, agotado y herido, abandonase el reducto, y se desplegara detrás de las Signaux. Todas las medidas tomadas por el Príncipe de Monforte resultaron inútiles. Aquellas masas que avanzaban por el llano, no podían ser, en modo alguno, contenidas, ni por Venegas ni por los dos batallones y un regimiento de Dragones que, al mando del Conde del Puerto, fué enviado en su auxilio por orden del Príncipe, y cuando dió éste órdenes a Arias de evacuar el puesto de las Trompettes Hautes, éste era batido a merced por la columna del general Frère.

Inútil resultó por tardía, la medida adoptada por el conde de la Unión, siempre ciego en su idea de permanecer en Céret, de destacar al Príncipe de Monforte con algunos batallones en la forma que hemos visto. El combate sostenido por Arias, cerca de la posición de las Signaux, no pudo hacer otra cosa que favorecer su propia retirada. Y ya no era la suya, sino la de todo el ejército español de los Pirineos orientales, la que iba a precipitarse ante el imperio de las circunstancias. Veremos en el capítulo siguiente de qué desastrosa manera hubo de reallizarse.

## CAPITULO VII

El ejército español abandona el campo del Boulou  
y repasa los Pirineos

Estado de la situación española a raíz  
de los combates del mes de abril.

**A**raíz de los acontecimientos que hemos relatado, las tropas españolas no podían ignorar cuál era el verdadero estado de la situación: «Los fuegos que desde la Roque hasta el campo de Signal invadían poco a poco la vertiente de los Alberes, no tardaron en iluminarla. El rumor de las tropas en marcha cruzando por la montaña, el grito de las patrullas y de los centinelas, los cantos tumultuosos de nuestros vivacs, anunciaron a los españoles que el ejército victorioso acababa de concentrarse por encima de sus cabezas. Este espectáculo en oposición con las tinieblas, la inmovilidad y el silencio en que éstos se encontraban sumidos, formaban un contraste desesperante. Ellos lo soportaron, no obstante, durante toda la noche, sin proferir una queja, esperando, con una resignación sombría, el partido que hubiese de tomar el Consejo de Guerra, reunido en Céret por el desdichado General que las había llevado a tan lamentable situación (Fervel).

Este animado cuadro que nos ofrece la información francesa, pinta el verdadero aspecto de aquel estado de cosas. En efecto, el Conde de la Unión había juzgado oportuno, dada la gravedad del momento, reunir un Consejo de Guerra que adoptase la línea de conducta a seguir en la dirección de la campaña. Con ello quedaba probado cuál era la gravedad de una situación de tal modo desfavorable para nuestra causa. Cual fuera la decisión de este Consejo, podía suponerse: el abandono de nuestras posiciones en el Rosellón y la retirada general de nuestro ejército, repasando el Pirineo y penetrando en el suelo de la Patria, tratar de resistir con ánimo esforzado la invasión, acogiéndose a las defensas naturales de aquella zona montañosa.

El Conde la hizo suya de buena gana, y en carta dirigida el 1.<sup>o</sup> de mayo al Gobierno, o a la Corte de Madrid, daba cuenta de que, en oficio del día anterior: «había avisado los dos ataques ocurridos durante los días 28 y 29 en los que las numerosas fuerzas presentadas por el enemigo habían sido rechazadas, a pesar de lo cual seguía amenazando con otros de ellos». Asimismo se manifestaba cómo en el Consejo de Generales que se había celebrado, hubo de acordarse unáni-

memente la retirada en la noche del citado día 1.<sup>o</sup> Justificaba nuestra información la reunión de este acto a causa de hallarse el Conde de la Unión necesitado de consejo, por lo cual reunió en su alojamiento de Céret a los Generales que no estaban en aquel momento al frente de sus tropas, no dejando de asistir de entre ellos, el Cuartel General Maestre don Tomás de Morla, que habiendo recibido una fuerte coza de caballo el día anterior, en el campo de batalla, faltó de movimiento tuvo que ser conducido en brazos al lugar donde aquél se celebrara.

**Discrepancia de pareceres entre el Conde de la Unión y su Cuartel Maestre, el General Morla.**

Ya en esta ocasión hubo de ponerse de manifiesto la discrepancia de parecer y de carácter de este General con los del General en Jefe. De manera categórica, Morla, mostróse contrario a la determinación que ya se había tomado antes de su llegada al consejo, de retirar el ejército al otro lado de la frontera, afirmando que: «como era éste el partido más funesto de cuantos podían tomarse, habida cuenta de que operación semejante habría de realizarse en condiciones muy difíciles, dadas las dificultades para el transporte de la artillería y del material de todo el ejército, e incluso la misma marcha ordenada de las tropas ante un enemigo tan numeroso y engreído de su victoria. A mayor abundamiento, las plazas de la costa quedarían en precarias condiciones de defensa».

Esta opinión de Morla recibió el apoyo de la del General portugués Forbes, quien juzgaba, era lo procedente, reunir todas las fuerzas existentes en el alto Vallespir, que, como recordarán nuestros lectores, eran portuguesas, con las que se hallaban apostadas en Saint Férréol y los puestos inmediatos, asentados en la margen izquierda del Tech. Una vez conseguida esta agrupación de tropas, a la que había de añadirse las del Cuartel General, lograda la formación de una fuerte masa de combate, arrojarse al llano, en donde nuestra excelente caballería, muy superior a la francesa, habría seguramente de dar buena cuenta de ella.

La operación había de llevarse a cabo en combinación con las guarniciones de las plazas antes citadas, y al apoyo de los fuertes que aún manteníamos en nuestro poder. Para Morla lo más urgente de todo era mantener la posición de las Trompettes, pues ella aseguraría la comunicación con Bellegarde, y tan importante lo consideraba esto que, aun teniendo en cuenta el carácter impenetrable del Conde de la Unión, no vaciló al terminar el consejo en suplicarle no dejara de reforzar con tres o cuatro batallones de los que había en Céret, la guarnición de esta fortaleza.

**El General portugués Forbes apoya la proposición de Morla para evitar la retirada del ejército español**

Advierte el General Gómez de Arteche, y así lo declara expresamente el historiador de la legión portuguesa, Claudio de Chavy, que esta opinión de Morla fué apoyada sin vacilación alguna por el General Forbes, declarando que, por muy difíciles que fuesen juzgadas las circunstancias del Ejército hispano-portugués, no había razón seria para considerarlas como irremediables. Es cierto que estaba perdida la derecha, muy envuelto el centro y la artillería de Bellegarde no podía ya asegurar la defensa de nuestro flanco izquierdo, pero, de toda suerte, con una simple maniobra ejecutada con inteligente vigor, y de modo rápido, podría evitar al ejército una funesta retirada, que como por desgracia sobrevino. Sin haber debilitado considerablemente su izquierda, no podían los franceses sujetar de modo efectivo el centro español, y, en estas circunstancias, si el Conde de la Unión avanzara con su ala izquierda que aún se hallaba incólume, podría arrebatar la posición enemiga, o, por lo menos, presentarse a retaguardia de los franceses, amenazándoles con el grave peligro de ser igualmente cortados. Una simple conversión podría colocar todas las fuerzas españolas ante la izquierda de los republicanos, castigando duramente la osadía con que se habían presentado.

No hay duda de que, para la realización de este plan, se imponía el poner en movimiento, abandonando sus posiciones, a todas las tropas que hasta entonces guarneían las posiciones, Boulou, Céret y el Alto Vallespir; mas, con esto, tampoco se evitaban los graves inconvenientes de una situación peligrosa que, desde luego, no habría nunca de resolverse con una retirada, para correr al abrigo natural de la frontera catalana.

**Diferencia entre la retirada propuesta por Morla y la definitiva a Cataluña del Conde de la Unión**

Ciertamente puede argumentarse que, tanto en una como en otra determinación, la línea del Boulou resultaría siempre sacrificada, bien por un movimiento ofensivo o por una retirada; mas, como puede comprenderse, entre ambas soluciones, existía una notable diferencia. La primera resolución podría llevar al ejército hispano-portugués hasta las posiciones enemigas, dejando así abierto el estratégico camino de Bellegarde, tan sólo amenazado por la izquierda francesa. Nuestros soldados, al ver que seguían combatiendo en territorio francés, podrían muy bien recuperar el aliento preciso para salvar el decoro español y mantener la gloria del ejército. En cambio, la retirada a Cataluña, únicamente podía favorecer la audacia del enemigo y poner-

le en condiciones de alcanzar con un golpe final el éxito anhelado. Pero, ni el parecer de Morla ni el de Forbes fué tenido en cuenta para nada y, de esta suerte, ambos tuvieron que sujetarse a las órdenes que emanase de la resolución adoptada.

Juzga Fervel y con sobrada razón, ser éste un partido extremo y el único capaz de poder recuperar la sola vía por la cual podía salvar su caballería, sus equipajes y sus cañones: la carretera de Bellegarde. Ante la firme resolución de la retirada a través del Coll del Portell, el General Morla manifestó, insistentemente, que, la travesía menos peligrosa, resultaría la del Vallespir, asegurando que, en este sector, los franceses habrían de mantenerse inactivos. Tampoco fué escuchado ni tenida en cuenta su indicación. Acordóse en firme que, las tropas acampadas en la orilla derecha, remontaran el curso del río hasta Mau-reillac y que, desde aquí al puente de Céret, se desplegaran a lo largo del Tech, para formar a modo de una cadena, detrás de la cual, marcharía la división que se hallaba acampada en la orilla izquierda, en dirección al Portell después de atravesar como era forzoso, el puente que se cita. En cuanto a los portugueses, especialmente encargados de la defensa de la comarca de que se trata, procurarían retirarse por aquellas salidas que se abren entre esta garganta y la cuenca española del Ter.

El Conde del Puerto, después Duque de San Carlos, y sobrino carnal de Unión, al mando de la guarnición que ocupaba la posición de las Señales y el Príncipe de Monforte que lo hacía en la de la Trompeta, abandonaron, como sabemos, en la jornada del 1.<sup>o</sup> de mayo, estas dos posiciones. Tan sólo pudo resistir el primero de los dos aristócratas citados durante dos horas el ataque de los republicanos, y tal determinación era extraña en quien, además de estar tan estrechamente unido por los lazos de la sangre al General en Jefe, se había distinguido por su brillante comportamiento en el sitio de Tolón. Decisiones tales habían dejado a los franceses dueños del campo, y, lo que era peor todavía, de la carretera general de España a Perpignán.

**Efecto producido por esta última decisión en el ánimo del ejército hispano-portugués**

En estas condiciones, la situación no podía ser más crítica y, en ella, y con la noticia de los acuerdos que se habían tomado en el Consejo de guerra de que acabamos de dar cuenta, la conmoción no pudo ser mayor en las filas del ejército hispano-portugués. Ante una depresión completa tan marcada del ánimo de nuestros combatientes, la retirada no se hacía esperar; había que llevarla a cabo inmediatamente; El juicio del General Arteche no puede ser más categórico: «Cuántos proyectos y cálculos se han complacido en ofrecer a sus lectores algunos cronistas de tan tristes sucesos, suponiendo que hubiera podido darse el espectáculo de una reacción tan eficaz que destruyera cuántas esperanzas

de victoria debían ya abrigar los franceses, no son sino una pura quimera. Las cosas estaban ya tan adelantadas, y de tal manera se amontonaban los peligros sobre las tropas españolas, las del Boulou sobre todo, a quienes, entrada la mañana del 1.<sup>o</sup> de mayo no quedaba más que un sólo camino de salvación, el de Céret, que las conduciría al abrigo del grueso de las tropas de su general en jefe, tan desacordadamente reunidas en el alto Tech. Tal era imposible resistir por más tiempo, que, repetimos, no cabía más que dar orden y dirección a la retirada, para salvar cuanto fuera dable del inmenso material que se había acumulado en la línea española. No era fácil, sin embargo, tamaña empresa al frente de un enemigo tan numeroso y emprendedor como el francés, anhelante, como es natural, de ver despejado su territorio después de más de un año de opresión por parte de adversarios tan favorecidos hasta entonces por la fortuna. Había que dirigir sobre la izquierda de la línea todas las tropas y material del Boulou; era necesario llamar las que ocupaban una gran parte del macizo de los Aspres, acosadas por las del general Augereau, incansable en sacar fruto de las operaciones que se le habían encomendado, aunque secundarias, y pensar también en la suerte de la división portuguesa que, aunque fuera del alcance de la derecha francesa, tenía a su retaguardia y flanco izquierdo un terreno de muy difícil tránsito para sus tropas y principalmente para su material.»

**Los franceses se disponen a impedir la retirada del ejército español.—Disposiciones tomadas al efecto**

Pero realmente huelga toda discusión sobre la materia, pues la actividad del ejército francés no daba margen alguno de tiempo para entregarse a discusiones ni a meditaciones: «Mientras los españoles seguían deliberando —expone Fervel— los franceses actuaban y realizaban todo cuanto podían para poner en condiciones de imposibilitar la realización de esta retirada, todavía en discusión. Desde las cuatro de la mañana, los Generales Martín y Lemoine, comenzaron por desembocar en el puesto de las Signaux, que cede sin esfuerzo; después de las Trompettes-Hauts, que no opone más que una débil resistencia; tras lo cual contorneando la cima occidental de Saint-Christophe alcanza la rampa del Perthus, en tanto que Martín, en su posición de las Escluses-Hauts, cerrará la ruta de España, y, Lemoine, en las Escluses-Basses, interceptará el acceso al Coll del Portell.»

«Por otra parte, a la derecha francesa, Augereau que había pasado toda la jornada de la víspera en los alrededores de Orms, espiando la retirada, desde luego inevitable, del General Mendenueta, el cual se obstinaba en guardar las alturas al norte de Taillet, habiéndose apercibido de que al despuntar el día su adversario había aprovechado las tinieblas para replegarse a Céret, comenzó el movimiento de avance hacia la izquierda que se le había prescrito, es decir, que él había de rebatir

los atrincheramientos de la orilla izquierda del Tech con sus dos brigadas, Guiex sobre Saint-Ferréol y Miravet sobre Saint-Luc y el Pla del Rey.»

«Las Trompettes Basses poseían todavía, no obstante la caída de todos los atrincheramientos de la montaña, la fuerza suficiente para resistir el empuje francés». El historiador francés nos da cuenta de la evacuación que ya conocemos, del campo de las Trompettes por el Príncipe de Monforte, no queriendo, según el testimonio del mismo, verse deshecho por el ataque de las masas acumuladas por los franceses alrededor de Montesquieu, remontando con su división la orilla derecha del Tech hasta Maureillas.

Nuestro General, reuniendo los setecientos caballos de que disponía, toma, para formar su retaguardia, la mitad de ellos, y lanza los otros por el puente del Boulou, a la orilla izquierda, con objeto de cubrir a la división del Marqués de las Amarillas, que ha de desfilar por el camino de Vallespir hasta el puente de Céret.

En su precipitación, estas dos divisiones españolas podrían haberse librado de la persecución de la infantería republicana si los franceses, no hubiesen podido contar con la feliz inspiración del General Labarre. «Este, mantenía toda su caballería agrupada detrás de las Trompettes-Basses. Avido de entrar en acción, espiaba el momento de lanzarse sobre los nuestros, cuando sus ojos fijados en los escuadrones españoles, apercibiese de su movimiento y al punto lanza a su lugarteniente, Quesnel, con ochocientos caballos en persecución del Príncipe de Monforte, en tanto que, él mismo, sacando, para llevárselos consigo, el 22 Regimiento de Cazadores y el 1.º de Húsares, además de dos Regimientos de los seleccionados y escoltado por una media batería volante, se lanza al paso del Tech, y se precipita sobre el camino de Céret, para caer sobre el Marqués de las Amarillas y anticipársele, a su paso por el vado de Saint-Jean, dado que este pasaje, que desemboca sobre Maureillas, dejaba abierto a nuestra marcha la entrada del Coll de Portell.»

A juicio de Fervel, este *bello movimiento* decidió la suerte de los españoles.

**Desordenada retirada del ejército español**

Triste es, en efecto, el cuadro del ejército español, corriendo en marcha desordenada a traspasar el Coll del Portell y penetrar en el suelo de la Patria, hasta ahora vencedora, y, desde aquel punto en adelante, en peligro inminente de ser invadida por el enemigo victorioso y en plena exaltación de su entusiasmo bélico.

Para llevar a cabo la retirada de nuestro ejército el Conde de la Unión se había fijado en el citado coll, creyendo que el paso por él permitiría salvar el inmenso material de artillería que precipitadamente y en el mayor desorden iba, no obstante, amontonándose en la posición de Maureillas. Esta determinación no había sido tomada sino

después de un agitado período de dudas y vacilaciones. Distinto era el parecer de Morla, pues según su criterio, habida cuenta de lo estrecho que era el camino, del desorden que reinaba y del ahínco que ponían los enemigos en la persecución, poco fruto podría obtenerse de tal proyecto, creyendo ser mucho más conveniente el dirigir Tech arriba, los equipajes y la artillería, ayudados por la división portuguesa y la guarnición del castillo de Forles-Bains. Las piezas de grueso calibre quedarían inutilizadas, a merced del enemigo, pero sin graves dificultades podrían salvase las de pequeño y todo el bagaje.

Todos estos elementos de combate se correrían hasta San Lorenzo de Cerdá, escoltados por los portugueses, con la esperanza de que no fueran perseguidos por el enemigo, dado que iban a colocarse en la extrema izquierda de la línea, imposible de envolver. Ello, no obstante, el Conde de la Unión dictó órdenes para la acumulación general de hombres y material de nuestro ejército en dirección al coll de Portell. Después de tomar consejo de sus generales, cosa en él poco frecuente, intentó situarse en posiciones convenientes a lo largo de la cresta montañosa, pensando que, de este modo, salvaría todo el material posible, y en efecto, hubieron de tomarse algunas de ellas sin pérdida de tiempo.

Pronto hubo de perderse toda esperanza de salvación. El ejército español se había convertido en un inmenso torbellino de soldados, que no buscaban afanosamente lograr más objetivo que el de salvar la frontera. Como era lógico, todo el material quedó abandonado en las asperas de la montaña; ciento veinte piezas fueron perdidas y ni un solo bulto de los equipajes atravesó la línea fronteriza, que fué cruzada por nuestras tropas, en rápida huída hasta las cercanías de Figueras, punto que se había dado para la reunión de todas ellas. Tan sólo las portuguesas y las pocas españolas que, con ellas, habían maniobrado en el Alto Vallespir, lograron escapar del desconcierto general; saliendo de Francia por San Lorenzo de Cerdá, mas no sin dejar clavadas las piezas de grueso calibre del castillo de los Baños y de las posiciones inmediatas, y de llevar consigo todos sus equipajes, hospitales y enfermos leves, logrando establecerse a los dos días en San Lorenzo de la Muga, de donde, el día 2 de mayo, el general Forbes, daba cuenta de haber efectuado sin contratiempo alguno su retirada. De este modo, el digno general lusitano, rendía nueva prueba de su capacidad y fortaleza de espíritu.

De las tropas portuguesas, tan sólo algunos destacamentos de los Regimientos de Porto y de Peniche, que con el general Noronha habían sido enviados a Maureillas, viéreronse en el amargo trance de seguir la suerte de los demás españoles, no pudiendo eludir la desbandada general, no obstante haber encontrado el apoyo del Regimiento de Freire de Andrade que, como los demás, vino a cruzar el Pirineo, para acampar en el glacis de la fortaleza de San Fernando de Figueras.

Es la información francesa la que nos facilita un relato más completo

de los incidentes de ésta triste retirada del ejército español. «Encerrada en un estrecho corredor, entre la gran cadena pirenaica y la pared escarpada de un torrente, Monforte no pudo resistir la presión de los caballos de Quesnel» (Fervel). «Sus filas comprimidas se rompen, se confunden y su división toda entera no ofrece bien pronto otro aspecto que, el de una masa inerte, corriendo de un modo maquinal hacia la entrada del Coll, en la que se introduce irremediablemente sin acusar siquiera por un indicio cualquiera, cual fuera el punto en que ella debía hacer alto y desplegar. Los jinetes de la vanguardia no se avergüenzan en romper su formación y dispersarse, mas será en vano que ellos traten de salvar los más formidables accidentes del terreno para ganar el camino de Bellegarde: este camino los conducirá a las esclusas en la que los soldados franceses les esperarán.»

«Este desorden es insignificante, sin embargo, en comparación con la vergonzosa confusión de la orilla izquierda. En ella, en efecto, mientras que una tras otra las explosiones de los inmensos montones de pólvora trasladados del Boulou a Saint-Luc conmovían la llanura, cinco mil quinientos hombres que no habían quemado ni un grano de pólvora, se precipitaban confundidos desde sus atrincheramientos al cañón de Céret obligados a retroceder por las brigadas Mirabel y Guieux y por la del nuevo ejército que desembocaba por todos los puntos del horizonte a causa de que el movimiento victorioso se había comunicado a los batallones de inercia de la segunda línea y acaba de convertirle en verdadero soldado. El camino de Céret como un torrente, arrastraba hacia el puente todo cuanto le era vertido desde las alturas vecinas.»

«Labarre contenía en este camino los cuatrocientos caballos que cubrían la multitud de los fugitivos e iba a cargarlos cuando la súbita aparición de una columna enemiga que desembocaba por la derecha a paso precipitado vino a contenerle. Eran los puestos avanzados de Las Amarillas que, empujados por la bayoneta enemiga, se arrojaban a la ventura en dirección al Boulou. Bastó que Labarre ordenase algunos disparos de cañón sobre esta tropa descarriada o perdida para que, inmediatamente, tuviese a su disposición ochocientos prisioneros. Mas, a pesar de todo, esta circunstancial detención vino en provecho del resto de la división del Marqués de Las Amarillas; primeramente los escuadrones de la vanguardia que, apresuradamente habían escapado por el vado de San Juan, en seguida una masa de fugitivos que habían dispuesto del tiempo suficiente para llegar al puente de Céret desde el cual iniciaron su retroceso.»

«Este puesto confiado a la brigada, Vives hubo de resistir todavía a la derrota de los suyos; pero Augereau acababa de abordarle. El impetuoso General se encaminó en seguida sobre estos atrincheramientos sobre los cuales seis piezas de grueso calibre vomitaban balas y metralla. De todas partes las columnas victoriosas venían a acumularse alrededor de este último obstáculo. Por último éste fué sobrepasado, el puente quedó libre y Labarre lo atravesó en un galope.»

Todo este episodio detalladamente relatado como vemos por el historiador francés, le lleva a exponer a continuación una de esas descripciones en las que puede admirarse la brillantez de su dicción y de su estilo. «Tal había sido lo hecho con este ejército en derrota, y según una enérgica expresión de la época, *el suelo que él había profanado lo hubiera tragado todo entero*, si nosotros hubiésemos podido prevenirlo en el Coll del Portell. Desdichadamente, la aspereza de los lugares y la extrema fatiga de sus soldados, habían impedido al General Lemoine llegar hasta este paso para cerrarlo. La infantería española pudo, por lo tanto, salvarse a través de él. Mas quedaba la inmensa fila de los equipajes, que en medio del más espantoso acumulamiento se esforzaba en llegar a Maureillas. Ahora bien, la fortuna quiso que Labarre y Quesnel, cayesen al mismo tiempo sobre las dos extremidades de esta columna, así comprometida en un callejón sin salida. Era ésta, una de esas situaciones extrañas que las peripecias de la guerra ofrecen bien pocas veces; así, se desarrolló, en una de esas escenas emocionantes que se complace en retratarnos, la imaginación de los pintores de batallas. Hay que figurarse, en efecto, a todo el material de un ejército, sus cañones, sus caballos, sus mulas, sus carroajes amontonados sobre la estrecha pendiente de un torrente, al pie de la gran cadena pirenaica; el fuego que se había encendido en las pólvoras, el estrago de los cañones destrozados y volando por los aires, las piezas corriendo por las quebraduras, la confusión de los avalajes abandonados, la desesperación de los vencidos, el furor de los asaltantes, y sobre los abruptos escarpados de las montañas que desplegaban sus sombras gigantescas sobre este caos a las proximidades de un surco obstruido en el que serpenteaba una larga rastra de 25 batallones en fuga, los brillantes jinetes españoles precipitándose a pecho descubierto a través de las rocas y de los abismos acosados, deshechos por nuestros ágiles e inevitables cazadores, que, tan sólo dejaron escapar a aquellos desgraciados, encajonados ya, en el pérvido callejón del Perthus, del cual no habían de salir jamás.»

El cuadro es trágico y hay que convenir en que las circunstancias se mostraban propicias a que así se dibujase. Fué inútil que el Conde de la Unión, señalara hábilmente, la posición de Maureillas, intermedia entre el Boulou y Céret y en condiciones de no ser envuelta, para que se concentrasen en ella, la mayor parte de las fuerzas del ejército, conservando la única comunicación que ya le quedaba que era la del Portell. No fué posible conseguir el orden y la tranquilidad que eran necesarias para una marcha desahogada y sin el peligro de convertirse en una completa derrota. Por diligentes que quisieron andar los generales que abandonaban el campamento del Boulou, y por más que Vives procuró evacuar el Pla del Rey y Saint-Luc, las posiciones todas establecidas en los Aspres, al flanco izquierdo, la proximidad de los franceses a los primeros y las distancias que este general tenía que recorrer, produjeron uno de los descalabros más grandes que han sufrido los ejércitos al retirarse. La manera de realizarse los servicios del transporte de la artillería en aquellos

tiempos, llevada por gentes desconocedoras de la disciplina militar, fué causa de la pérdida de una gran parte de su material, volada en el camino o arrojada por sus conductores a los barrancos y precipicios más inmediatos. Las tropas no podían sustraerse a la confusión y al pánico así producidos; y detenidas a veces, y teniendo otras que salvar tales obstáculos, siempre, por supuesto, en el desorden que éstos y sus circunstancias producen, impidieron la llegada de todas ellas a Maureillas en disposición de atravesarse en la marcha a sus enemigos y lograr contener su avance. Si no, secciones enteras perseguidas por el enemigo, no dejó de perder además del material, alguna gente procedente del Boulou al mando del Marqués de las Amarillas; pero de las de Vives, quedaron prisioneros más de setecientos hombres; porque, aprovechando el camino que recorre la izquierda del Tech desde el Boulou al puente de Céret, la caballería francesa logró cortarlos en su bajada de Plá-del-Rey. Las brigadas Mirabel y Quieux, seguidas de aquel enjambre de voluntarios, de los *bataillons de inercia* que en tan poca estima tenía el general Dugommier, acudían de todas partes sobre los españoles, como sucede siempre en tales ocasiones, cuando se retiran las tropas ante enemigos que dos horas antes no eran capaces de arrostrar ni su presencia siquiera (1).

**Información facilitada por el Conde de la Unión**

La Gaceta de Madrid del 13 de mayo del año que nos ocupa, al manifestar que el Conde de la Unión en su carta de 1.<sup>o</sup> del corriente daba cuenta de la retirada del Rosellón con el ejército de su mando, creía oportuno advertir que, en tal hecho, había resplandecido el talento y la pericia militar de este general, así como su actividad y presencia de espíritu. En su comunicación, el Generalísimo del ejército español, manifestaba que, le fué indispensable verificar la retirada dispuesta para impedir quedase cortado todo el ejército y aseguraba que «no obstante, la extensión dilatadísima de diez leguas, se había logrado ponerle en movimiento ordenado con increíble celeridad».

«Dispuse (tal es la expresión literal del documento oficial) que desde el puente de Céret hasta Murallas formase la tropa una barrera o línea a cuyo abrigo pasase por retaguardia por el único y estrecho camino de murallas (al pie del Pirineo, vertientes al Rosellón) la artillería y equipajes; que se ocupasen y atacasen los puestos precisos, y que se arrojase al enemigo a toda costa si ocupaba nuestra salida o camino del Coll de Portell; destinando a los Generales, Marqués de las Amarillas,

(1) Entre los prisioneros caídos en manos de los franceses en la operación de que se trata, hubo de figurar el General D. Joseph de Partiarroyo. Este, en oficio pasado desde Perpiñán, comunicaba que de las 836 bajas habidas, 210 pertenecían a un Regimiento de Guardias; 245, al Regimiento de Valencia; 112, al de Sevilla; 224, al de Burgos; 34 al Provincial de Ecija; 10 eran artilleros, y un Dragón de Almansa. Las pérdidas en personal no fueron muchas. El desastre fué debido más bien al inmenso material abandonado al enemigo.

Barón de Kessel y don Domingo Izquierdo, para el mando de la derecha o vanguardia; para el centro, compuesto de tropas portuguesas, a los Mariscales de Campo don Antonio Noroña y don Francisco Noroña, y para el de la izquierda o retaguardia, al Teniente General don Pedro Mendenueta, a los Mariscales de Campo don Joseph Moncada y Conde de Mollina». «Siguiendo a mi inmediación el Cuartel Maestre don Tomás de Morla, el Comandante de Artillería don Joseph Autran y el Director de Ingenieros don Antonio Sopeña.

El Conde de la Unión se creía en el caso de poder advertir que «no parecía dudable que este plan de retirada lo hubiera salvado todo, si la cobardía de los carreteros no hubiese cortado los tirantes, y llevándose o escapado parte de las mulas, volcando carruajes y atravesando otros sin duda, para disculpar su proceder, en cuyo estado fué indispensable abandonar la mayor parte». A pesar de tan lamentable circunstancia «con todo, se salvaron los efectos que pudieron transportarse a lomo, se quemaron y volaron los repuestos; se transportaron los enfermos, el tesoro general y equipajes que se remitieron con anticipación, e igualmente los depósitos de La Junquera, artillería sobrante de Bellegarde, y quedan retirándose los de Rosas, hospitales y demás que había en la parte baxa del Ampurdán».

«Providenció al mismo tiempo que las tropas que guarnecían el alto Vallespir se retirasen por S. Lorenzo de la Muga, cuyos encargos desempeñó completamente el General en Xefe portugués, el Teniente General don Juan Forbes.»

«Las que defendían la posición del Boulou al mando de los Mariscales de Campo don Juan Miguel Vives y don Antonio Corneli se unieron a las de Céret, porque no pudieron retirarse todas por Murrallas (como mandé por ser camino más corto) y por la distancia de sus puestos avanzados en el Plá del Rey, y ermita de San Lucas, fueron cortados un Batallón de Guardias Españolas, otro de Burgos, y parte de otro de Valencia, sin embargo de que a Vives no le quedó qué hacer para evitarlo; los tres tenían poco número o fuerza, y algunos de sus individuos escaparon, de suerte que se considera no subirán de ochocientos los prisioneros». No habiendo podido presenciar la retirada de la Trompette, el Conde de la Unión incluía al Duque de Alcudia copia de la relación que le mandaba el Príncipe de Monforte, Jefe de las tropas que habían defendido la posición. (En el Apéndice núm. 2 transcribimos este documento.)

El Conde de la Unión seguía manifestando: «También di orden al Mariscal de Campo don Eugenio Navarro, que mandaba en Argelés, Collioure, Pot-Vendres y Banyuls, que abandonando aquél sostuviessen los otros; que aprovechase instantes para que por dicho Coll se me incorporasen en la plaza de San Fernando de Figueras, antes que pudiesen ser cortados quinientos caballos que tenía a su orden, como se verificó.»

Nuestro General en Jefe advertía asimismo que cuando le fuera posible daría noticia de los muertos, heridos, prisioneros y extraviados y no

escaseaba dar cuenta del alto espíritu militar que animaba a nuestras tropas.

«En debido elogio de los generales, oficialidad y tropa, aseguro al Rey —exponía de modo categórico—, que dudo se pueda hacer más de lo que se ejecutó con su corto número repartido en diez leguas de extensión, sin más camino que uno, ni otros senderos que las elevadas asperezas del Pirineo, contra el orgullo enemigo, lo oportuno de la hora (ochos de la mañana), su proximidad al tiro de fusil en el acto mismo de la retirada, y la proporción de lograr con pequeña travesía cortar nuestros indispensables rodeos.»

«El Teniente General don Pedro Meginueta y el Mariscal de Campo don Juan Miguel de Vives contuvieron con acierto al enemigo por retaguardia.»

«El Príncipe de Monforte y don Ildefonso Arias, que mandaron en la Tompeta, procuraron cuanto les fué posible sostener el honor de las armas del Rey, y sólo cedió su destacamento a la superioridad del número enemigo.»

«Por el reconocimiento que hice del Coll de Portell comprendí y los demás Generales, que no convenía establecerse en él; dexé un cuerpo que protegiese la incorporación de los extraviados; que aparentase al enemigo, y lo observase más de cerca, y con el resto me retiré a las inmediaciones de esta plaza, a cuyo abrigo, y para su defensa, no menos que para reunir los cuerpos, coordinarlos, y proporcionarles algún descanso, pienso campar mañana.»

La cifra de las pérdidas españolas en la batalla del Boulou, según la información francesa, fueron de 1.500 combatientes muertos o heridos y otro tanto de prisioneros, entre los cuales se contaban un general, tres coronelos y setenta y cinco oficiales de todo empleo y grado, ciento cincuenta bocas de fuego con sus carruajes, ochocientos caballos o mulas, las tiendas de campaña, los bagajes correspondientes a veinte mil hombres y los sumptuosos equipajes de su estado mayor. Por desgracia para nosotros considerable era la pérdida sufrida. «Pero la más bella palma de esta gran victoria —puede declarar el historiador francés— era la liberación de nuestra frontera de los Pirineos orientales, puesto que salvo Collioure y Bellegarde, nuestros invasores acababan de perder todas sus conquistas comprendidas dos plazas de guerra Fort-les-Bains y Prat de Molló que los portugueses evacuaron apresuradamente y sin combate. ¿Y qué nos había costado este magnífico éxito?, puede preguntar en el colmo de la satisfacción el siempre expresivo Fervel. Demandémosla a Dugommier: *Nuestras medidas habían estado tan bien tomadas*, escribe él mismo a la Convención, *que él no nos ha costado más que diez hermanos de armas, habiendo tenido muy pocos heridos.*»

Lo que la retirada de que se trata representó para el ánimo de los soldados de la revolución

Declara Fervel que «esta aserción tan sorprendente debida al testimonio de Dugommier reclama un acto de fe» (es decir, un asentimiento o concesión espontánea). «Pero todo fué excepcional en estas dos memorables jornadas», sigue exponiendo, dejándose arrastrar por la fluidez de su pensamiento y de su pluma». «La batalla del Boulou puede ser comparada a una de esas batallas de parada, o sea, de aquellas dispuestas para el desarrollo de unas maniobras en las que todas las fases precisadas con anterioridad se suceden sin variación alguna. Hay de cierto en ello, que jamás hasta ella los ejércitos republicanos se manifestaron en conjunto más perfecto, en un entrenamiento más general. Pero esta admiración cesa cuando nos remontamos, a la causa, pues en esta ocasión, desde el general al último voluntario, no había en nuestras filas un solo hombre que no comprendiese que una victoria sobre las avenidas del Pirineo representaba la invasión expulsada sin retorno y la liberación del país; era la desaparición de un largo año de desastres; era la rehabilitación, en fin, de este ejército en otro tiempo tan cruelmente denunciado a la Francia y por ella acusado, la víspera misma de prolongar al pie de estas murallas inaccesibles que ella había dejado invadir, era la cesación de los dolores ya vengados en todas nuestras otras fronteras. El honor militar, el patriotismo, las más sugestivas y al mismo tiempo nobles incitaciones que pueden aguijonear un ejército, venían a transportarle. Así fué admirable y hubo de mostrarse en ella la bravura e inteligencia. Sus movimientos aparecían como espontáneos: la inspiración del Jefe corría a lo largo de todas las filas y este feliz Jefe no tuvo más que hablar para poner en movimiento sus ardientes trabajadores, para recoger la gloriosa cosecha que tan hábilmente había preparado. Nada faltó a la grandeza de esta escena, se concedió perdón a los emigrados prisioneros, tan sólo faltaba para volverlo al enemigo eludir la ley; esta misión delicada y peligrosa fué confiada al joven Capitán Lannes, del 2.º Batallón del Ger y fué así, como hubo de debutar en su sangrienta carrera con una misión de humanidad, el heroico soldado de Montebello.»

«Fué éste, el día más bello de los Pirineos Orientales y uno de los más hermosos de esta inmortal campaña de 1794, en la que tantos ejércitos debían cubrirse de gloria. Fué éste también un día de solemne inauguración, puesto que el cañón victorioso del Boulou rompió el silencio de nuestras fronteras todavía mudas. Así como un rayo, el feliz presagio fué saludado por la Francia entera con tanto más entusiasmo y confianza por cuanto que, el punto desde el cual acababa de resonar, era de todos los puntos del horizonte el único que no había hasta entonces señalado a esta querida y desolada Patria otra cosa que alarmas y desdichas». Justificable es, por todos conceptos, este exceso de

entusiasmo del historiador francés, porque aunque pueda parecer extraño o poco justificado el concepto de esta batalla del Boulou desempeña un papel importante en la, por desgracia, larga lista de las grandes acciones militares.»

**Circunstancias providenciales que permiten la retirada de las tropas hispano-portuguesas**

«Nunca una batalla presentó un concurso de acontecimientos tan singulares en favor del asaltante, como ésta del Boulou», enjuicia un crítico militar de la estimación del Teniente General Jómini. «Se la podría comparar a esas maniobras de parada que un ejército ejecuta para su instrucción y donde los movimientos están convenidos de antemano. Fueron necesarios dos días enteros de faltas y de titubeos de la parte del general español para que la espinosa empresa de Perignón tuviera un éxito tan completo, y para que los republicanos llegasen impunemente a Saint Christophe. Los trofeos de esta jornada hubieran sido inmensos si Dugommier, en lugar de dejar su reserva inútil bajo Perpignán y dispersada hasta Argelés, hubieran sacado diez batallones a fin de guardar el campo de Banyuls, y de poder entonces emplear veinticinco mil hombres en el movimiento decisivo contra el campo de Montesquieu. Si desde el primer día Perignon hubiese tenido esta fuerza, no se sabe en absoluto lo que hubiera llegado a ser el centro de los españoles ante el Tech.»

Mas la Providencia dispuso que las circunstancias no fuesen así y el ejército español pudo de todos modos realizar por completo su retirada acogiéndose al suelo de la Patria en el que habían de esperarle duras jornadas.

Es verdaderamente extraño que el General Dugommier, que tan activo y acertado en sus disposiciones se había mostrado en el planeo e iniciación de la batalla que nos ocupa, a última hora cayera en una pasividad que no tiene justificación. Gracias a ella, nuestro aniquilamiento no llegó a realizarse, porque, indudablemente, el desastre, que ya de por sí fué inmenso, hubiera sido completo e irreparable si, a la habilidad y a la energía desplegadas en la jornada del Boulou, al General francés y sus tropas, no hubieran sucedido una torpeza y una flaquez más que nunca, inconcebibles en tan solemne y decisiva ocasión» (Gómez de Arteche). Augereau no se movió de sus posiciones de los Aspres hasta que los portugueses se habían puesto muy lejos de él y fuera de su alcance; Perignon, se detuvo en Maureillas, y receloso de lo escaso de la fuerza con que se perseguía a los españoles, se plantó frente al Portell y, por supuesto, en el revés septentrional de la cordillera, para observar cómo la cruzaban, sin intentar siquiera estorbarlo; y el mismo Dugommier, más que en seguir a Unión y, reuniendo las numerosísimas fuerzas de que disponía, meterse tras él en Cataluña, pensó en lo que creía su primer cometido, el de libertar el territorio francés

de la presencia de sus invasores. Para él, la permanencia de un solo español en el suelo de la República ofendía el sentimiento nacional a tal extremo que, era preferible el sacrificio de una victoria, a un espectáculo que, por otra parte, repugnaban los representantes de la Convención que iban con él, en el ejército.»

Que habida cuenta de todas estas circunstancias, los historiadores militares franceses adopten una actitud, si no airada, por lo menos, severa, contra Dugommier, no es del todo censurable. Dejemos de entre ellos hablar al más autorizado de los mismos en lo que hace referencia a la guerra, objeto de nuestro estudio. La acusación no puede ser más terminante. «Al preparar las dos grandes jornadas que acabamos de recorrer», arguye, «el general francés había cometido la falta de no llamar a su lado todas las fuerzas de que podía disponer y, desde luego, la división de Cerdaña, porque en lugar de abandonarla a sí propia, después de la muerte de Dagobert, no le había renovado la orden de revolverse hacia el Vallespir para cerrar al enemigo derrotado, el acceso a las gargantas del Ter. Esta bella división, que, el 11 floreal, mientras empleá-



bamos nuestras fuerzas al asalto de Montesquieu, malgastaba las suyas para realizar una punta sin objeto en el valle del Segre, hubiera entonces envuelto en el desastre del Boulou a los dos mil portugueses que ocupaban el alto Ter (1). En segundo lugar ¿qué partido no se habría sacado de los doce mil o quince mil hombres que defendían desde las bocas del Ródano hasta las del Ter nuestras costas que nadie pensaba amenazar? Era sin embargo fácil el haber extraído de ellos, tres mil o cuatro mil soldados que, llevados a los Alberes el 12 floreal, hubieran permitido a la brigada Lemoine, cuyo solo abatimiento había dado lugar a que faltase nuestro movimiento sobre el Coll del Portell que ce

(1) En el Apéndice núm. 2 transcribimos la relación que de esta empresa nos facilita Fervel en su obra, tantas veces citada.

rraría a los españoles esta última puerta de salvación. Entonces, ni un español, ni un portugués, hubiera podido escapar y la batalla del Boulou hubiese probablemente terminado la guerra.»

#### Exaltación del juicio francés sobre el significado de la retirada española

Una vez más la brillante imaginación del historiador francés se desborda y la exaltación abre amplio camino a los sueños de la fantasía: «Pero era todavía tiempo de completar una bella victoria»—expone—. «Faltaba el franqueo de los Pirineos, desembocar en masa del Coll del Portell, perseguir sin tregua los restos del ejército de la Unión, encerrar en Figueras o arrastrarlo a bayonetazos (*la bayonnette dans les reins*) incluso hasta los muros ruinosos de Gerona, en tanto que por el valle envolvente del Ter, de la que era dueño de sus fuentes la división de la Cerdanya, reanudando el plan de Dagobert se hubiese arrojado sobre el flanco o la retaguardia de esos doce mil o catorce mil españoles que carecían de artillería y material. De este modo su moral hubiera recibido un golpe mortal: el soldado estaba abatido, consternado; los oficiales exasperados dejaban estallar en voz alta su indignación contra este jefe ciego, cuya impericia había más que sobrepasado sus demasiado justos temores; contra la vergonzosa molicie de un gobierno abandonando a manos enervadas y que, durante cuatro meses de reposo, sus inmensos recursos no habían sido suficientes para cubrir algunas brechas hechas en sus filas por la victoria, en tanto que, delante de ellos, un enemigo vencido, agotado, había hecho surgir de entre las ruinas de una invasión un ejército formidable, el ejército que los había destruído. Figueras estaba repleta de fugitivos; Gerona sin defensa; la ardiente Barcelona todo el litoral en fermentación. En medio de esta población catalana tan impresionable, tan dispuesta a sacudir un yugo que, con impaciencia, se venía soportando, el yugo entonces tan desconsiderado de Castilla, las consecuencias de un gran éxito audazmente explotado hubiesen sido incalculables, pues todo podía osarse.»

#### Acertada conducta de Dugommier

No era esto cierto y afirmación semejante, tan sólo cabe hacerse en el paroxismo de la exaltación. No un exceso de osadía, un solo ataque temerario podría ser duramente castigado, y no merecen ni siquiera, ser rechazadas por falta de razón y de justicia, casi todas las anteriores aseveraciones. «Se conoce que Fervel, creía ver a sus compatriotas dueños ya de la Península» —expone nuestro General Arteche y añade: «Pasaría un año; obtendrían gran parte de las ventajas auguradas al principio de ese párrafo, y se detendrían en el Fluviá, a poco más de dos leguas de Figueras y ocho de Francia, para ser allí vencidos, ejecutivamente por nuestros compatriotas. Pero vaya usted a quitar de la ardiente ima-

ginación de un francés eso que ellos llaman gráficamente *Chateaux en Espagne*. Pero la culpabilidad de Dugommier queda del todo desvinculada si, como el mismo Fervel manifiesta, en esta ocasión, una vez más, tuvo que someterse al poder inapelable del Comité de París. Este había prescrito la liberación sobre todo intento, del suelo de la República, no por una maniobra sabia, sino por un ataque de frente. Basante era ya el haber, sin autorización, invertido el orden de un plan de campaña que él había aprobado, aunque esta infracción de detalle no representara otra cosa que la vuelta a una de las reglas más elementales del arte de los sitiós, regla que ordena tratar de batir, desde luego, y arrojar lejos de la plaza que conviene, el ejército que puede entorpecer el ataque. ¿Pero, en el nuevo estado de cosas y cuando nadie en Francia había todavía transportado sus miradas al otro lado de los Pirineos, que acogida hubiese recibido el proyecto de ir a conquistar las llaves de Collioure o de Bellegarde al centro de Cataluña? Ahora bien, sea de ello lo que fuese, es lo cierto que Dugommier no pensó sobreponer las instrucciones del poderoso organismo estatal (diríamos hoy), dado que el día 12, sobre el campo mismo de batalla del Boulou, fué su primer cuidado expedir una orden al General Sauret para que marchase inmediatamente al extremo de la llanura, hacia las plazas costeras y no se ocupó de sus otras dos divisiones más que para transformar, a costa suya, la tercera, o sea, la de la izquierda, en un ejército sitiador, dejando así a Perignon y a Augereau sin instrucciones precisas, el primero en Maureillas y el segundo en Céret.



## CAPITULO VIII

La situación a raíz de la retirada del Boulou. Combate de la fundición de la Muga.

Impresión causada en Cataluña por la retirada del ejército español del Rosellón



O se puede ponderar la confusión que se excitó en esta villa y sus contornos, luego que llegaron las noticias de la retirada de nuestro ejército». Así daba cuenta el Diario de Barcelona de la impresión que, en el público, había causado el hecho, transmitiendo noticias procedentes de Figueras, con fecha 4 de mayo. Puede comprenderse, desde luego, que la alarma y la inquietud llegaran a los mayores extremos, no sólo ante la catástrofe que la derrota de nuestro ejército representaba, sino además, por las consecuencias gravísimas que había de acarrear. «El motivo que tenemos para llorar es grande —informaban desde Figueras— y también para sentir la pérdida de tantos soldados valerosos que, en el día 1.º, perecieron en defensa de la religión y de la Patria.»

Con anterioridad, el Diario de referencia, había dado traslado de una carta, escrita el 3 de mayo, en la que el escritor de ella decía: «Tengo dicho, los varios choques que hemos tenido con los enemigos. Posteriormente ha habido otros que, por su cortedad, no envío relación circunstanciada, sólo merece atención el del día 1.º en el cual nos atacaron los franceses en número de treinta mil hombres; los hemos dado en la cabeza, aunque con trabajo, porque no éramos nosotros más que quince mil hombres, les hemos tomado diecinueve cañones y varios pertrechos. A don Juan Courten le llevaban prisionero, y una compañía de granaderos de Guardias Walonas, se metió entre trescientos que lo llevaban, mataron sesenta y cuatro franceses y se lo trajeron, habiendo perecido la mitad de la compañía. Al Señor Conde de la Unión le mataron el caballo y cayó al suelo, habiendo acudido a levantarle el Brigadier don Manuel Esforcia y su criado Pepe. Se les ha tomado varios prisioneros, cuyo número no sé, ni los muertos. Ayer y hoy no ha ocurrido novedad, todos los días pasan franceses a nuestro campo, de manera que estamos llenos de ellos. Su Excelencia ha escrito a los gremios diciendo que busquen modo de abastecer bien al ejército, porque el día que les falte de comer ahorcará a los abastecedores, y que ya sucedió a Ricardos y que no aguantaría tales... (es inadmisible

trasladar aquí el calificativo empleado). Aquí corre, que vienen sesenta mil hombres contra nosotros, pero no creo nada mientras no lo vea por mis ojos.»

**Resistencia a dar crédito a la realidad  
del hecho**

No era sólo el firmante de la anterior carta, sino otros muchos españoles, catalanes sobre todo, que se resistían a conceder veracidad a tan desfavorables noticias. En el Diario de referencia, y a continuación de lo anteriormente transcrita, se expone algo que, a nuestro juicio, no puede ser más revelador: «Por las siguientes noticias de lo ocurrido en el Rosellón, decíase en esta información, «se verá la falsedad levantada por los Jacobinos que hay aquí, más refinados que los de la Convención, quienes nos han dado unos días extremadamente melancólicos, diciendo que habíamos perdido cuatro mil hombres, toda la artillería, tiendas de campañas y caja militar, y que habían llegado las reliquias del ejército a Figueras el día 1.º, pero tan consternados que, ni aún allí, podrían permanecer, y que, precisamente, tendrían que cerrarse en Barcelona con otras cosas a este modo, de suerte que estábamos en la mayor aflicción.»

«Contribuyó a esta ficción, una carta que escribió el Comisario de los Gremios en Figueras, con fecha del día 1.º de mayo, remitida por un extraordinario que refería muchas de estas cosas, pero se añaden otras, y con tantas circunstancias que, aún a los menos crédulos, llegaron a persuadir que habían padecido muchas desgracias, mayormente con el numeroso ejército de los enemigos contra el nuestro, tan pequeño, y la mitad convaleciente de sus enfermedades.»

«Este embuste, ponderado y exagerado aquí por estos malditos, se habrá extendido por toda la España, y aunque en la Gaceta se ha puesto la carta del Conde de la Unión, fecha del 29, siempre teníamos la dificultad en pie, porque la del comisionado era del día 1.º de mayo. Dicen que hay algunos presos con este motivo, y creo que aunque los sacaban a ahorcar, no habían de encontrar muchos que se compadeciesen.»

Bajo el título de «Noticias inventadas por los mal contentos Jacobinos que hay en Madrid» se encabezaba lo anteriormente transcrita. Había indudable resistencia a aceptar la verdad de las noticias tan desfavorables que se recibían, pero, por fin, la realidad llegó a conocimiento de todos. El mismo diario que nos ocupa, hubo de exponer que: «Después de haberse rechazado a los enemigos en los días 28 y 29 de abril, que, orgullosos atacaron la villa y puente de Céret, y, después de haberles perseguido terriblemente matándoles mucha gente, comparecieron, en la mañana del día 1.º de mayo, con un ejército que, según el cómputo más moderado, pasaba de setenta mil hombres (aunque aseguran que había veintidós mil mujeres vestidas de soldados) con este ejército tan formidable, atacaron a un mismo tiempo diferentes

puntos y muy de mañana la batería de la Trompeta, en la que perecieron millares de franceses, que furiosos y sin reparar el destrozo que hacían en ellos la metralla, se echaron encima de la batería, hasta rendirla, no teniendo los nuestros tiempo para volver a cargar. Aquí echaron mano a la bayoneta y sables y aseguran que de nuestra gente quedaron muy pocos en aquella función, dando todos una prueba de valor sin ejemplo, pues por cada español había veinticinco o más franceses.»

«En seguida se apoderaron del Boulou, donde hicieron también los nuestros mucha resistencia, pero tuvieron que ceder a la bárbara multitud.»

«Luego tomaron las baterías de Saint Ferréol, el puente y villa de Céret y la batería de Montesquieu, todo esto sin resistencia, pues tuvieron orden nuestras tropas de escapar como pudiesen, atendida la superioridad del enemigo, y en estos puntos, apenas murió gente.»

#### Se revela la verdad de lo ocurrido

La triste verdad se revelaba en toda su desnudez, y si, en un principio, había existido resistencia para reconocerla, una vez en posesión de ella, tal vez el pesimismo, acrecentara la magnitud del desastre. Sin duda alguna la primera impresión producida era la de desconcierto ante la realidad del hecho seguida de un vivo sentimiento de indignación y de vergüenza ante la actitud altanera y brava del vencedor. «No es posible ponderar el orgullo y la insolencia de los franceses cuando entraban en los pueblos conquistados. A los emigrantes, a ninguno dieron cuartel.»

«No se puede, individualmente, calcular la pérdida del ejército en esta fatal desgracia—se decía—, pero, prudentemente, se juzga que habremos perdido doscientos cañones, a lo menos, almacenes infinitos de todas provisiones, municiones y mucho dinero, y, por nuestra fortuna, se había trasladado ya a Figueras la Tesorería. La pérdida de carros, mulas y otros, efectos de particulares es imposible calcular, y la confusión y precipitación, inevitables en estos lances, fué la causa de que no se salvase mucho más. Se asegura que nuestras tropas volaron la mayor parte de los almacenes, y que clavaron muchísimos cañones.»

«La pérdida de la gente en tres mil hombres, aunque dicen que comparecen muchos extraviados, y aún batallones enteros.»

#### El espíritu público catalán trata de excusar la responsabilidad del Conde de la Unión

Por los datos que acabamos de exponer se ve claramente que no había, por parte de la información de que estamos tratando, intento alguno de aminorar la magnitud del desastre. Pero en cambio, si se trataba de hacerlo con la responsabilidad que pudiera en él caber al General en Jefe del Ejército español. «¿Y qué diremos de nuestro desgraciado Conde de la Unión, nuestro muy amado Capitán General?»

—se preguntaba—, y esta pregunta, formulada por el Diario barcelonés, no quedaba sin inmediata respuesta; «Ahora más que nunca —afirmaba categóricamente, se ha hecho acreedor a los más relevantes elogios; nunca había manifestado su valor, espíritu, prudencia y pericia militar, como en esta desgraciada función; corriendo infatigable por todas partes, animando a los débiles, elogiando a los valerosos y alentando a todos, después de haberle muerto dos veces el caballo, tomó otro con mucha serenidad, asegurando a su tropa que antes quería morir que rendirse, y animándoles a que peleasen intrépidos en defensa de nuestra Sagrada Santa Religión, y de nuestro Rey. Dos veces se vió rodeado de enemigos y a pique de ser prisionero, pero, sacando sus pistolas, y después el sable, se abrió camino por entre medio de ellos.»

Ciertamente no podía testimoniarse de modo más terminante que, el Conde de la Unión, era un Capitán General muy amado por los catalanes, y en la desgraciada ocasión de que se trata más que nunca acreedor, por parte de los mismos, a los más relevantes elogios. Ante tales declaraciones, huelga toda razón en contrario. «Pero aunque esta retirada fuese una maravilla técnica en la que, según algunos panegiristas del Conde de la Unión, hizo éste resplandecer su talento y pericia militar, su actividad y presencia de espíritu, es lo cierto, que debió ofrecer abundante materia al desconsuelo y al pesimismo». Así lo declara Ossorio y Gaillard y, como él expone, era lo cierto que: «Quedaba en este momento deshecha toda la obra de Ricardos, y por tierra las ilusiones que a su sombra hubieran podido concebirse», y no era la capital del Principado, la industriosa Barcelona, donde menos se dejaba sentir la desilusión y la tristeza. Con fecha 7 de mayo se decía: «Tampoco faltan lamentos y confusión en esta ciudad con motivo de las malas noticias del Ejército y la falta de ellas por lo que respecta a sujetos cuyas familias se hallan aquí, a esto se agregan varias disposiciones que indican las necesidades de nuestras tropas, pues hace tres o cuatro días que se embargan cuantos carros hay, y entran por las puertas para llevar provisiones.»

**Reacción popular.—El pueblo se dispone  
a contener la invasión francesa**

Este estado de la situación en todo el territorio catalán había de iniciar la consiguiente reacción por parte del pueblo, y, en previsión de los excesos que pudieran producirse, y que fatalmente no dejaron de hacerlo así, hubieron de tomarse las más terminantes medidas: «Se ha mandado salir de aquí todos los Capellanes y emigrados franceses —comunicaban los anteriores informes— y se añadía que los establecidos de su nación no se dejen ver en las calles, porque hay fundado temor de algún movimiento en el pueblo, contra ellos, por lo muy desazonada que está la gente por las malas noticias». Ahora bien, reconocemos que no solamente eran sentimientos de indignación o de desconsuelo los

que dominaban en la ocasión presente a los catalanes. El ánimo del pueblo se disponía igualmente a luchar contra la adversidad, y así, en 8 de mayo, desde Gerona se decía lo siguiente: «El Conde de la Unión ha establecido su cuartel general en Figueras. La Caballería está campada a la Cruz de la Ma, y la Infantería a la parte de allá del Castillo, y para ello ha sido preciso cortar los grandes y famosos olivares que hay en aquel país, causando unos daños considerables; pero la gente se hace cargo de la necesidad.»

**Disposiciones dictadas por Dugommier  
que repercuten en provecho del mando  
español**

Verdaderamente el desastre era muy grande, y aún pudo serlo mayor si, como hemos visto anteriormente, la actitud de Dugommier y su fidelidad a las órdenes del Comité de Salud Pública no le hubieran contenido en el avance que reclamaba su victoria. Gracias a este hecho, el Conde de la Unión, pudo aprovecharse de la paralización de que se trata, concluyendo por realizar la completa retirada de sus fuerzas por el coll del Portell. En este mismo coll pudo recoger doce mil fugitivos, que bien pronto ordenó descendiesen a La Junquera, no dejando en este sitio más que una débil retaguardia, menos para defender el paso, que para observar los movimientos del enemigo. A continuación dispuso que dos Batallones fueran a Bellegarde a completar la guarnición; tres mil hombres a Espolle, para vigilar la rampa de subida del coll de Banyuls, y dos mil, en Vilarnadal, para asegurar la comunicación de Rosas con la vía general.

**Significación de la medida adoptada por  
el Conde de la Unión**

Una vez que el Conde de la Unión había visto cumplimentadas sus disposiciones, marchó con las fuerzas que le quedaban a acampar al abrigo de los cañones de Figueras, en donde instaló su cuartel general. ¿Qué representaba determinación semejante? Al proceder así ponía de manifiesto claramente «su renuncia a defender la cresta de los Pirineos y descuidando el apoderarse de un modo franco del coll de Banyuls, abandonaba a la suerte de las armas y al capricho del viento, su ala derecha, que había quedado intacta en Collioure».

**Disposiciones adoptadas por los mandos  
divisionarios franceses. (Perignon y Au-  
gereau)**

Obedeciendo a la actitud adoptada por el general en jefe del ejército francés, Perignon, que ocupaba el puesto de Maureillas, a la entrada del coll del Portell, se limitaba a mantenerse en posición, con

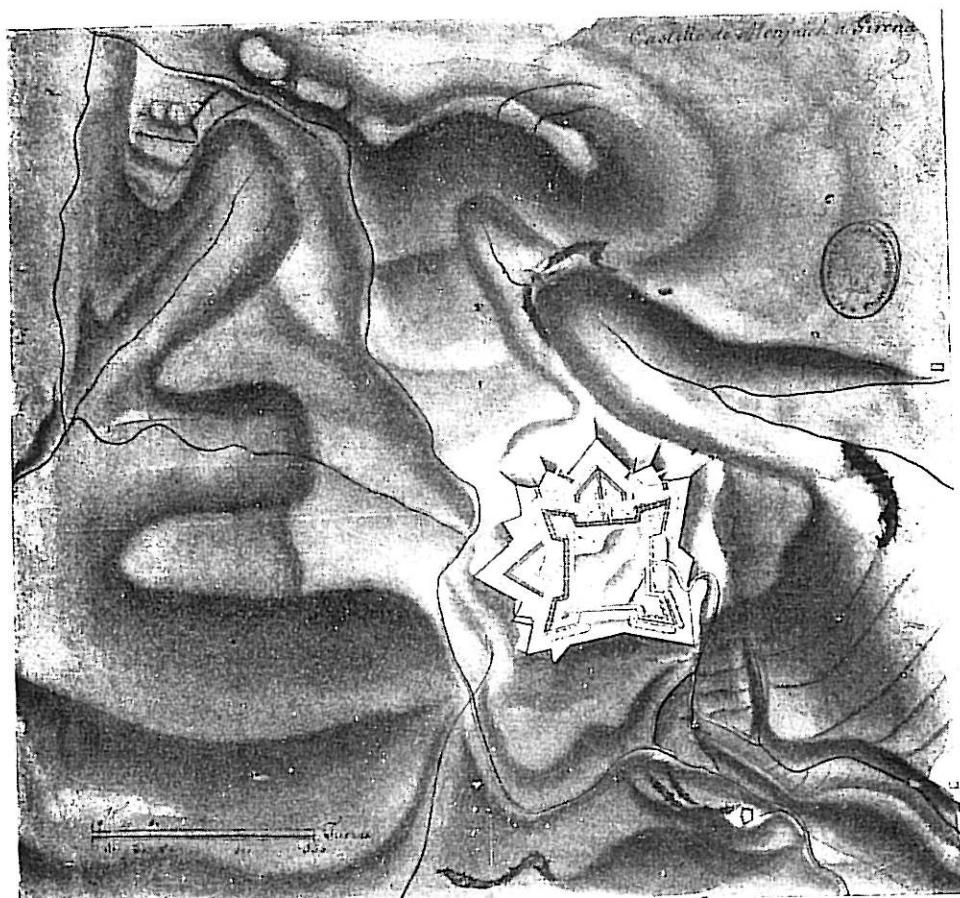
el objeto de contrariar los movimientos que pudiera hacer nuestro ejército, y como quiera que los dos brigadiers Martin y Point, que constituyan su división, no recibían orden alguna que les autorizara de un modo claro o terminante a llevar a cabo toda macha a vanguardia, mantuvióse inmóvil durante cuatro días más, en tan enojosa actitud.

Otro tanto vino a ocurrirle a Augereau, que hubo de perder igualmente el resto de las jornadas del día 12 y del día 13 del mes de floreal, limitado a la observación de las alturas ya ocupadas por la brigada Lemoine, que se encontró, momentáneamente, destacada y sin destino. Toda la comarca al sur de Céret quedaba bajo la vigilancia de Augereau. Mas no era éste un general francés muy dispuesto a semejantes situaciones estacionarias. Y así, habiéndose enterado, en la tarde del día 13 del mes que se cita, de que, un batallón de doscientos treinta y cinco hombres, que hacía algunos días había estado estacionado en Saint-Marsal a las órdenes del Ayudante General Gilly, había penetrado en el Vallespir, remontó el valle del Tech, que se hallaba completamente evacuado por nuestras tropas, y volvió a tomar posesión de las fortalezas de Aix-les-Bains y de Prat de Molló, por nosotros abandonadas. En vano trató el día 15 de marchar en persecución de los portugueses. Hacía ya veinticuatro horas que estos soldados se habían escapado libremente, según sabemos, por Saint Laurent de Cerdá, por cuya razón, cuando el general francés de que estamos tratando, llegó a este punto, no encontró en él, a nadie. Completamente despistado, trató de obtener un desquite a su mala fortuna, y, aprovechándose del puesto que ocupaba en esta extrema frontera, se decidió a tantear por su cuenta, una punta, o pequeño raid, por el valle del Muga, en el que, la fundición de San Lorenzo, venía llamando la atención de los franceses, despertando su codicia.

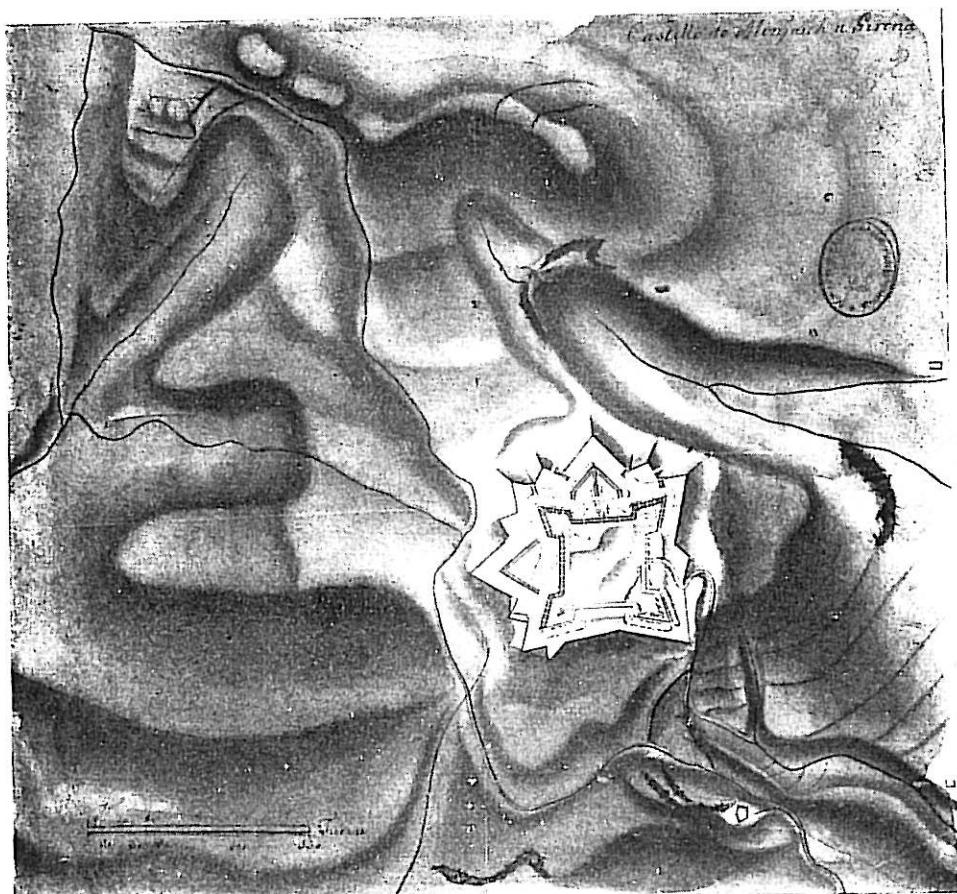
**Augereau se dispone a atacar por su cuenta a la fundición de San Lorenzo de la Muga**

En efecto, San Lorenzo de la Muga, hallábase situado en una comarca notable por la gran cantidad de fraguas en ella existentes, y por la gran fundición de proyectiles que era la única existente en Cataluña, y que se hallaba destinada a fabricar las municiones requeridas para el abastecimiento de las plazas de guerra y fortificaciones establecidas en la región catalana, muy particularmente, en esta zona fronteriza. Estas fraguas, cubrían la orilla izquierda de un torrente que corre a una media legua antes de San Lorenzo. Como puede comprenderse, casi todos los proyectiles que habían sido empleados por nuestra artillería en el sitio y conquista de la fortificación de Bellegarde, procedían de esta gran fundición que acabamos de citar.

Dagobert había sentido por esta fábrica una verdadera obsesión, y el proyecto que él acariciara en su última campaña, era el que iba a



CASTILLO DE MONJUICH DE GERONA



CASTILLO DE MONJUICH DE GERONA

poner en ejecución el General Augereau. La empresa no era de las más difíciles. El magnífico establecimiento se encontraba no lejos de la frontera, y no teniendo más defensa que la aspereza de los caminos que a ella conducían, no estaba realmente en condiciones de seguridad ni mucho menos al abrigo de un golpe de mano. Se aseguraba haber costado más de seis millones su construcción, lo que, en aquella época, representaba una cantidad realmente importante. En estas condiciones puede comprenderse, fuera para el francés, una presa seductora, esta fundición de San Lorenzo.

#### Iniciación de la empresa. Su significación

En la realización de sus propósitos, el general francés, atravesó la frontera el 6 de mayo (17 floreal), al frente de sus dos brigadas (Guieux y Mirabel) y unos doscientos dragones. Después de diez horas de un descenso sumamente trabajoso, pudo llegar con el primero de los dos citados, ante el pueblo de San Lorenzo, en tanto que, el segundo, habiéndose destacado con su brigada, lo hacía ante la fundición (1).

Hemos de reconocer que, no fué muy obstinada la resistencia ofrecida por los nuestros al ataque de los soldados de la República. Tan sólo, los somatenes que, ocupaban el pueblo, se mostraron en lo alto de la muralla que la rodeaba, en actitud defensiva, respondiendo con una rociada de balas de fusil a una propuesta de rendición, tras de lo cual, fueron a refugiarse en los accidentes de la montaña. Menos audaces los dos batallones de línea que guarnecían la fundición, hubieron de abandonarla al enemigo, mas no sin haber prendido fuego a las pólvoras, aunque se vieron obligados a dejar en buen estado el material completo del establecimiento; 60.000 bombas o balas, un gran aprovisionamiento de hierro fundido, siete cañones, de ellos un obús, y dos piezas de montaña.

Realmente, esta ocupación de San Lorenzo de la Muga y de su fundición, puede considerársela como el primer acto de la invasión francesa en nuestra Patria, durante la lucha de que estamos tratando. Pero si ella significaba siempre para los nuestros un motivo de depresión moral, positivamente no representaba, por su especial naturaleza, un hecho que

(1) Este revés de la montaña, que es, en efecto, muy difícil, había sido explorado por un Capitán de Ingenieros, llamado Grandvoinet. Este oficial estaba agregado al Estado Mayor de Augereau, y no dejó de ser su más íntimo consejero. La emigración había causado pocos estragos en el Cuerpo de Ingenieros; la Artillería estaba tan absorbida en su especialidad que, por otra parte, practicaba maravillosamente, y es sabido de todos cuán limitados eran los conocimientos militares de los oficiales que, de la noche a la mañana, se improvisaban en las otras armas. Los oficiales de Ingenieros, cuyos estudios eran habitualmente fuertes y serios, se encontraron, pues, en estado de rendir los más grandes servicios, y, en efecto, los rindieron. Pero como a su talento unían la modestia, fueron sus nombres olvidados. Incluso la saludable influencia que entonces ejercieron en los Consejos de nuestros Generales, no hubo de dejar, por así decirlo, huella alguna, y tan sólo se revelan a los que, para describir el conjunto de las operaciones tan complicadas de esta época, se ven forzados a seguir la pista de ellas hasta en sus menores detalles. (Nota expuesta por Fervel en su obra citada.)

fatalmente hubiera de ejercer una influencia gravísima en la marcha de las operaciones.

La situación en que quedaba el ejército francés en el seno de aquella abrupta comarca, poblada por gente que sentía un odio profundo hacia él, no podía ser más insegura e inestable. Una reacción de los nuestros, bien concebida y llevada a cabo, podría colocarle, o mejor dicho, arrastrarle a un trance verdaderamente desgraciado. Los bravos montañeses catalanes hallábanse en condiciones de realizar una verdadera captura de toda aquella tropa abandonada a su propio esfuerzo. No fué así, pero poco faltó para que la reacción ofensiva del ejército español hubiera conseguido este propósito. Juzgamos necesario dar cuenta ahora de la disposición en que se hallaban establecidas las líneas de operaciones de uno y otro beligerante.

Nuestra línea se apoyaba en Espollá y Rabós, ciñendo las posiciones de San Clemente, Masarach y Vilarnadal, asentando su extrema izquierda en la falda de una montaña denominada, la Magdalena. Los puestos de Darnius, Viure y San Lorenzo de la Muga, así como los que acabamos de citar, tuvieron que ser evacuados ante el movimiento de flanco practicado por el enemigo, viéndonos en la precisión de recoger las dos alas de nuestro ejército a retaguardia de Llers, en Espollá, posición que reunía buenas condiciones para la defensiva, pero que no dejaba de tener el defecto capital de hallarse flanqueada por una elevación coronada por una ermita llamada de Nuestra Señora de la Salud, posición que fué reforzada por los franceses con todos los atrincheramientos de que entonces podía disponer la fortificación pasajera o de los campos de batalla.

**El Conde de la Unión se dispone a recuperar la posición perdida.—Información oficial**

No dejó de reconocer este inconveniente, el Conde de la Unión y, dispuesto a remediar el daño, quiso a toda costa, reconquistar a San Lorenzo de la Muga. La Gaceta de Madrid, del 3 de junio del año que nos ocupa, facilita una información oficial de la operación llevada a cabo por nuestras tropas con el intento de verificar esta reconquista: En esta información se decía «persuadido a que en las actuales circunstancias convenía más que en otras lograr una ventaja con oportunidad, no cesaba de buscarla, cuando el sitio de Collioure y Port Vendres, la proporcionó, por haber llevado para él, los enemigos la mayor parte de su ejército, y vuelto a sacar últimamente cinco mil hombres, dexando pocos en los puestos que hacen frente al de mi mando, en su actual posición. Hechos los reconocimientos, y rectificados no sólo por mí, sino, en particular, por los Generales y Xefes; a quienes pensaba encargar la ejecución, resolví atacar la derecha enemiga, establecida en la Fábrica de San Lorenzo de la Muga. Dos columnas, a la orden de los Mariscales de Campo don Juan Miguel de Vives y don Francisco Solano, que lle-

vaban de segundos a los de igual clase, don Pedro St. Maurín y Conde de Mollina, y a los Brigadiers don Francisco Vallejo y don Juan Joseph de S. Juan, debían (dividiéndose en igual número) rodear el punto atacado por sus tres lados, a tiempo que, otra, se interpondría con frente oblicuo, entre las de ataque y el campamento enemigo establecido en La Junquera para contener sus socorros, aunque distantes, y a tiempo también de que otra de infantería y toda la caballería, a la orden del Teniente General don Pedro Mendieta, se situase en el Puente de Molins, en el camino real de Bellegarde, con objeto de sostener aquéllas, y atacar al enemigo por su flanco en caso necesario. A la orden del Brigadier Conde del Puerto, destiné otra columna para que, atacando y ocupando la única salida que quedaba a los enemigos, descendiese sobre ellos, de suerte que debían quedar cortados si el éxito correspondía, como todos esperaban; y, para confundirles más el proyecto, y sujetarlos en sus precisos puestos, mandé al Mariscal de Campo don Ildefonso Arias, Comandante del destacamento de Espollá, los divirtiese y amagase, y desde Camprodón al de igual clase don Joachín de Oquendo, señalando para la verificación de todo el plan, el amanecer de hoy, 19. Al frente de la caballería se hallaban los Tenientes Generales don Rafael Valdés y don Antonio Heredia, y los Mariscales de Campo, Barón de Kessel, don Joseph Moncada y don Joseph Iturriigaray, quedando con el mando de la línea, el Teniente General don Juan de Courten, con los Mariscales de Campo don Valentín de Belvis, don Domingo Izquierdo, don Antonio Cornel, y el de igual clase del exército Portugués, don Juan Correa del Sá; y con el cuerpo de reserva, el Marqués de las Amarillas y el Mariscal de Campo don Francisco Noronha. No tuvo plan alguno, ejecución más puntual ni éxito más correspondiente hasta que, en el momento de completarse, lo desvaneció un incidente.»

«Tomadas ya las montañas que lo dominaban todo; encaxonados los enemigos en barrancos; hechos nueve presioneros; tratando ya de rendirse algunas partidas, puso en el mayor desorden a la columna de Solano la única voz de «nos cortan» esparcida sin motivo. Por manera que no llegarían a cien hombres los que, notándolo, la cargaron en su dispersa retirada, hasta que conseguí reunirla a proporción que llegaban al punto desde donde observaba yo, los efectos de la operación, resultando la precisa retirada de la de Vives, que aprobé como indispensable. De la columna del Conde del Puerto, no sé a esta fecha las resultas por no permitirlo la distancia en que debía obrar; era uno de los objetos de su rodeo que no llegase el enemigo a sospechar la idea, y se logró por la oportunidad de dirigirse a este exército por aquel lado, el primer batallón de Voluntarios de Castilla, a la orden de su Coronel, Duque del Infantado, a quien nombré, es decir, por segundo Jefe de la citada columna al mando del Conde del Puerto. Los enemigos tuvieron bastante pérdida, y puntualizaré cuanto antes la nuestra, sabiéndose únicamente que hasta ahora no ha parecido el Mariscal de Campo don Pedro St. Maurín, ni el Coronel del Regimiento de Infantería

de España, don Ramón de Carvajal; y que recibió una contusión en un brazo, el Mariscal de Campo Solano, a quien durante la acción reforzó con tropas de los Regimientos, primero Olivenza, y granaderos del de Freyre de Andrade. Ya retirada la tropa a sus puestos, se dexaron ver las de La Junquera, con amago de atacar a Puente Molins; pero se convirtieron reduciéndose a algunos cañonazos y granadas de una y otra parte.»

«En posdata, añade el mismo General en Xefe: «Acaba de avisarme el Brigadier Conde del Puerto que tomó el coll, paso, o salida que se le mandó, los repuestos que tenían los enemigos, cuarenta y tantos machos de carga, cincuenta y cinco prisioneros, incluso un Capitán, con cuyas pérdidas, y la de no pocos muertos y heridos, les obligó a retirarse precipitadamente, haciendo elogio de la tropa de su mando y de su segundo, el Duque del Infantado.»

**La información portuguesa de acuerdo con la anterior**

Concuerda con la reseña de nuestro comunicado oficial, cuanto expone Claudio de Chavy, en su conocida obra, tratando de esta guerra. Indica éste, cómo a continuación de la pérdida por los españoles de la Magdalena, Darnius y Viure y de San Lorenzo de la Muga, reconcentraron nuestras tropas a retaguardia de la línea, entre Llers y Espollá. El puesto francés de Nuestra Señora de la Salud, flanqueaba a Figueras, correspondiéndose con el de la Muga, por Terradas.

«Dispuestas de tal modo las cosas, deseaba el General español, para la completa reorganización de su ejército, hallar oportunas ocasiones de empeñar sus tropas en el combate, a fin de que, proporcionándoles algunos sucesos favorables, se rehabilitasen sus ánimos abatidos por los pasados reveses. La ocasión, no se hizo esperar, y el Conde de la Unión, apresuróse a aprovecharla, si bien, no pudo lograr cuanto se proponía con laudable estímulo. Sabiendo que los franceses para que se hiciesen más activas las operaciones del sitio contra los puestos ocupados por los españoles en el Rosellón, destacaron, a tal fin, cinco mil soldados del ejército de Cataluña, y ésta circunstancia, determinó al Conde, a llevar al combate sus tropas, con la esperanza de prepararlas así, para más importantes cometidos.»

La descripción del combate coincide en absoluto con la que anteriormente transcribimos: «Dos columnas, mandadas, una, por Vives, y otra, por Solano, recibieron el encargo de avanzar y dividiéndose en determinada altura, en cuatro cuerpos, atacar San Lorenzo de la Muga por tres diferentes partes, quedando la división restante destinada a tomar una posición oblicua entre el frente de ataque y el campo de La Junquera, impidiendo la llegada de aquellos socorros que acaso fueran enviados a estos puestos atacados.»

«Otra columna de infantería y toda la caballería al mando del Teniente General Mentinueta, ocuparía la planicie avanzada de Pont de

Molins y caerían sobre el flanco de los enemigos, si de parte de La Junquera se pusiesen en movimiento». Concuerda, casi textualmente la exposición de Chavy con la nuestra oficial.

De igual manera el historiador portugués va dando cuenta de las disposiciones tomadas por el Conde de la Unión en la mañana del 19 de mayo, conforme con las contenidas en nuestro comunicado. Declara este historiador que, nuestras tropas, atacaron con éxito las posiciones enemigas de la Muga, poniendo a los franceses en fuga: «Había comenzado el combate con viva intrepidez y el enemigo había perdido ya las alturas que ocupaba con sus baterías, y, cuando hacia los Pirineos comenzaba a retroceder, habiendo cedido a los nuestros, casi cinco kilómetros de terreno, nuestras tropas ocupaban Terradas, San Lorenzo y la Magdalena; la victoria parecía coronar sus fatigas, algunos momentos más de decisión y el éxito de aquella jornada sería para el ejército peninsular, relativamente brillante. Pero de las pequeñas causas se originan a veces grandes resultados; y así aconteció en esta ocasión, en la que, la lastimosa presunción de un solo sujeto, inutilizó, en un instante, todas las ventajas allí obtenidas. De la columna de Solano, que acababa de ser fuertemente contuso en un brazo, aterrada, o maliciosa, levantóse una voz, provocando la fuga. A esta exhortación, el pavor se apoderó de la mayor parte de los ánimos, y aquellas mismas tropas, momentos antes altivas y llenas de confianza en la victoria, desbordáronse en desorden, atropellándose, confundiéndose en sordo griterío, sin que la mayor parte tuviesen conciencia del peligro que así trataban de evitar.»

«¡Vanas fueron las diligencias de algunos oficiales para mantener el orden! El propio Solano, llegó a matar a dos Granaderos Provinciales a estocadas con su propia espada, nada pudo conseguir, la infantería abandonaba sus armas para desembarazarse de cuanto pudiera entorpecer su carrera y en cuanto a la caballería, desordenada, iba derrumbando y atropellando cuanto encontraba ante sí. A este respecto Chavy, en una nota, transcribe el contenido del parte que Solano hubo de dar al Conde de la Unión: «Me es tan violento, Excmo. Sr., manifestar a vuecencia la verdadera causa de esta desgracia, como me lo fué el verme en aquellos momentos» —escribía el General español a su superior jerárquico y añadía: «Pasado Terradas encontré el refuerzo que los batallones portugueses de Olivenza y Freyre de Andrade, mandaron en mi auxilio cuyos Coroneles como los Oficiales del Estado Mayor del ejército de aquella nación, Conde de Lieutau, don Nuño y don Miguel, sostuvieron perfectamente mi retirada, prestándose a ayudarme con la más paternal oficiosidad» (El documento original figura en el Archivo de la Capitanía General de Cataluña).

Como era lógico, tan pronto los franceses se dieron cuenta de lo que ocurría en nuestras filas, reaccionaron enérgicamente, cayendo sobre los fugitivos, y procurando por la persecución aumentar los horrores de la huída.

Fué digna de aplauso la conducta de los Regimientos portugueses,

primero de Olivenza y Freire de Andrade, pues, envueltos en la desbandada y atropellados por algunos soldados de caballería, fueron, no obstante, de las pocas tropas que hubieron de reorganizarse, y, recobrada la formación sustentaron con mucho valor y sangre fría, la desordenada retirada de las alucinadas tropas en pleno desorden y vergonzosa huída.

Hasta que nuestras tropas alcanzaron la línea de Llers, no cesó este desorden, ni mucho menos la injustificada huída. Los primeros extrañados de cuanto acontecía fueron los franceses, no sabiendo a qué atribuir la actitud de los nuestros, y quienes al ver abandonadas las posiciones que habían reconquistado por un momento los españoles, se apresuraron a ocuparlas de nuevo.

Durante la tarde de este día los soldados de la república no cesaron de avanzar, amenazando el centro de la línea española, tratando así de impedir que un nuevo ataque de los nuestros entorpeciera la reconstrucción de dos baterías que habían abandonado por la mañana y se hallaban situadas a su derecha.

#### Relato del Diario de Barcelona

La información facilitada al conocimiento público por el Diario de Barcelona correspondiente al 21 de mayo de 1794, y enviada desde el Cuartel General de Figueras, especificaba los detalles correspondientes al desarrollo de esta acción que hemos descrito :

«En la noche del 18 del corriente, manifestaba este comunicado, se observó movimiento en nuestras tropas de infantería y caballería, que, en número de unos doce mil hombres, al mando del Mariscal de Campo Solano, marchaba con su tren de Artillería, y desde luego, se creyó estaba proyectado algún ataque a las baterías que los enemigos habían construido en San Lorenzo de la Muga, cuya operación se había combinado del modo siguiente :

Solano, debía atacar a los enemigos por el frente, hasta arrojarlos de las baterías ; Vives, con siete mil hombres debía cortarles la retirada y obligarlos a retroceder por las inmediaciones de Bellegarde, desde donde debería cañonearlos, o bien que fuesen a dar a San Lorenzo de Cerdá, donde estaba el Canónigo Cusi con catorce mil hombres.»

«La acción empezó al rayar el día 19. No pudo salir mejor en sus principios, porque Solano desalojó a los enemigos de todas las alturas, matándoles mucha gente, al mismo tiempo que la caballería les tomaba el flanco y los iba cortando, en cuyo ataque obraron nuestras tropas con mucho valor ; pues disputando el terreno a palmos, y sufriendo un fuego muy vivo de fusilería, se hallaban, a las nueve de la mañana, dueños de todas las alturas, cuya posición ventajosa y el haber empezado el enemigo a levantar su campamento nos asegura una completísima victoria.»

«En este estado, se observó que una columna enemiga del campamento que tenían en Rovellas se dirigía a socorrerles, y un soldado de

caballería, que lo advirtió, empezó a gritar *¡que nos cortan!*, cuya voz se difundió por todo el ejército y como el temor estaba apoderado de nuestra tropa, retrocedió vergonzosamente con una fuga precipitada, abandonando las alturas tomadas que ocupadas otra vez por el enemigo, cargaron o siguieron la fuga y hay quien asegura haber llegado nuestra pérdida a novecientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros; las guardias Walonas son las que, por haber manifestado mayor bizarria y haber obedecido a la orden del General, han sufrido mayor pérdida.»

«Esta desgraciada ocurrencia se atribuye no sólo al soldado de caballería que soltó la especie de *¡que nos cortan!*, sino también, a la cobardía de los Milicianos a quienes no fué posible contener a pesar del pronto castigo que el General Solano impuso a dos, matándoles allí mismo, pero, viendo que, continuaban en el desorden, hizo los mayores esfuerzos para reunirlos, bajó del caballo, diciéndoles: *¡que os engañan, que os inducen, venid que yo me pongo delante!* y, aunque así lo hizo, tomando un fusil de un soldado, apenas pudo contener unos mil hombres en este intermedio; viéndose herido de una mano, aunque levemente, volvió a montar en su caballo y se retiró con los demás, abandonando los prisioneros que había hecho en la toma de las alturas.

Animados los enemigos con la derrota que sufrimos, nos persiguieron hasta el pueblo de Llers, una hora distante de esta villa, allí colocaron una batería, pero se les contuvo por nuestra Infantería y Caballería que acudió inmediatamente, después hicieron movimientos por los cuales se receló se dirigían hacia Espolla, abrigados de los montes, y para prevenir el riesgo de que, recibiendo algún refuerzo, nos cortase aquella tropa, se mandó retirar el campamento, lo que se verificó por la noche con el mayor orden y silencioso sosiego.»

«En la mañana del 20 no se descubrió enemigo alguno en toda aquella parte de montaña y así se volvió a situar el campamento sobre las inmediaciones de Espolla con mucha ventaja y una batería respetable para su defensa, construyendo otras en las alturas en el Pont de Molins.»

#### El combate según Fervel

La acción de guerra que acabamos de relatar no podía ser olvidada por el más extenso y más detallado cronista de esta campaña, del ilustre Fervel y, en efecto, nada más interesante que la descripción que de ella hace en el capítulo veintiuno de su obra de referencia, designándola con el calificativo de *combate de la fundición de la Muga*.

Considera este brillante historiador que, antes de entrar en el relato del combate, es necesario tener en cuenta la posición en que se encontraba el ejército francés en este sector del frente de las operaciones y la naturaleza del terreno en donde éste hubo de desarrollarse. Respecto del primer punto nos recuerda como, según sabemos, a raíz de la batalla del Boulou, Perignon y Augereau, después de haber perdido algunos días bien preciosos, habían marchado, el primero, a sitiar a

Bellegarde y el segundo, a sorprender la fundición que acabamos de indicar. La falta cometida por Augereau, al abusar de la independencia en que se le había dejado y permanecer quieto en su puesto en lugar de reunirse con su colega para cubrir por su parte, el bloqueo de Bellegarde, observando al ejército español que iba reorganizándose al amparo de la fortaleza de Figueras, no podía por menos de ser señalada por el historiador militar. La determinación por éste tomada, al instalarse en el terreno del cual acababa de hacerse dueño, es por él calificada de *bizarra*, así como juzga una imprudencia inútil esta última medida, y apoya juicio tal, al considerar que, en efecto, la situación de Augereau, hallábase efectivamente, demasiado alejada de la línea establecida por el ejército sitiador, y, por consiguiente, no era fácil el poder protegerle eficazmente de los ataques de un enemigo que se encontraba tan cerca y que, por otra parte, tenía por apoyo la *bella* fortaleza de Figueras.

«Esta falta de Augereau» —arguye el historiador francés—, «y sobre todo, la constancia que él puso en persistir en ella, tenía que imprimir en la iniciación de la acción francesa en Cataluña, una desviación que nadie había previsto. En efecto, en lugar de empeñarse, como de ordinario, en las avenidas de la línea natural de operación de la vía principal, es decir, de la carretera internacional entre Francia y España, las hostilidades, éstas, en un comienzo, se vieron así transportadas a unas montañas distanciadas del alto Muga, en donde debían mantenerse durante todo el verano, fuera de toda vía de comunicación. De esta suerte, estas soledades áridas, desconocidas, iban a servir de teatro durante cuatro largos meses a estériles efusiones de sangre; combates a la desesperada en los que, el cruel encarnizamiento de sus autores, parecía reflejar algo del aspecto salvaje de la escena en donde se desarrollaban.»

Esta semejanza no es ciertamente caprichosa. Fervel sabe muy bien lo que acaba de afirmar; porque como él expone textualmente: «el aspecto de este nuevo teatro de la guerra es, efectivamente, extraño y en ninguna parte como en ésta, la áspera Cataluña presenta un terreno tan revuelto (bouleversé): crestas de rocas vivas con flancos abruptos y descarnados, sobre los cuales trazan de modo diseminado, sus negras y enmarañadas muestras de una ruda vegetación; un torrente entorpecido en su tortuosa marcha, rodando entre inmensos escarpados; una aldea aislada; una fundición solitaria, luego, de largo en largo trecho, tan solas algunas chozas o cabañas de pastores esparcidas en las escasas aberturas de la garganta o en los oasis de la montaña, en fin, por toda comunicación, senderos suspendidos por encima de los precipicios o encerrados bajo los arrastres de los barrancos; tal es la severa imagen de estos lugares.»

«San Lorenzo de la Muga y su fundición distan, una de otra, cerca de tres kilómetros, ocupando, al borde de la orilla izquierda del Muga, las dos extremidades de una semicircunferencia que este torrente describe alrededor de un macizo de setecientos a ochocientos metros de al-

PLANO  
DE LA  
PLAZA DE FIGUERAS  
Y SUS INMEDIACIONES.

Explicación.

1. Baluarte vacío de S. Martín con abanicos de paliere en su interior.
2. Idem de S. Daniel, cortado en su lado, y una Pórtula en el flanco derecho al foso.
3. Idem de Santa Barbara con sus cubanderas sobre él.
4. Idem de San Felipe, igual en todo al número 2.
5. Idem de Santiago, igual en todo al número 1.
6. Plaisterma de Santa Tecla cerrado por la plaza en foso y parapeto de piedra, con portadas en los flancos al foso.
7. Hornabeque de S. Roque con escueta a prueba, en cuya ala izquierda está el Puerto, resultado de la erazada.
8. Idem de S. Cenón con biseladas a prueba, y una cortadura en foso en cada esquina.
9. Idem de S. Miguel, igual al número 7, con una caponeta que le comunica a la Plaza.
10. Counterparada de San Juan.
11. Idem de San Pedro.
12. Revellín de San Antonio.
13. Idem de San José.
14. Idem de las Amritas.
15. Idem del Rosario.
16. Cuadra sobre arcos que entra en la Plaza.
17. Puerta y entradura principal.
18. Plaza de Armas con 4. Cuatros portadas debajo de ella para el abasto de la Garnición.
19. Portadas al pie del foso para entrar a las Caballerizas que siguen en todo lo largo de estas cortinas, cada una para 500 Caballos.
20. Villa y Población de Figueras.
21. Cantón de Capuchinos.
22. Idem de San Francisco.
23. Camino Real de Gerona.
24. Idem de Rosal.
25. Idem de Vilafamés.
26. Idem de Bell-lloc.
27. Idem de Llers.
28. Idem de la Fanguera y Francia.
29. Idem de Cabanys, Móstoles y Peralada.
30. Mestalla del Ambiente.
31. Idem de la Pobresa.



PLANO  
DE LA  
PLAZA DE FIGUERAS  
Y SUS INMEDIACIONES.

Explicación.

- 1 Baluarte vacío de S. Noroña con abanico de piqueira en su interior.
- 2 Idem de S. Dánielo, cerrado en su gata, y una Pórtula en el flanco derecho al foso.
- 3 Idem de Santa Bárbara con una cubierta sobre él.
- 4 Idem de San Felipe, igual en todo al número 2.
- 5 Idem de Santiago, igual en todo al número 1.
- 6 Plataforma de Santa Elena cerrada por la gata con foso y parapeto á peseta, con pasteras en los flancos al foso.
- 7 Hornabeque de S. Felipe con foso y pasteras a prueba, en cuya cara izquierda está el Pacete heráldico de la entrada.
- 8 Idem de S. Cenón con bocelar á prueba y una corindura con foso en cada cara.
- 9 Idem de S. Miguel, igual al número 7, con una caperata que le comunica a la Plaza.
- 10 Contraparapeto de San Juan.
- 11 Idem de San Pedro.
- 12 Reculín de San Antonio.
- 13 Idem de San José.
- 14 Idem de las Animas.
- 15 Idem del Reculín.
- 16 Cañón sobre arcos que entra en la Plaza.
- 17 Puerta y entradura principal.
- 18 Plaza de armas con 4 Cisteras medidas debajo de ella para el abasto de la Garnición.
- 19 Portales al pie del foso para entrar á las Caballerizas que hay en zona la longitud de otras continuas, cada una para 50 Caballeros.
- 20 Villa y Población de Figueras.
- 21 Cañón de Capuchinos.
- 22 Idem de San Francisco.
- 23 Camino Real de Gerona.
- 24 Idem de Rosell.
- 25 Idem de Vilafamés.
- 26 Idem de Bell-lloc.
- 27 Idem de Lleida.
- 28 Idem de la Tarragona y Francia.
- 29 Idem de Caudiers, Mallet y Peralada.
- 30 Montaña del Ambiente.
- 31 Idem de la Pórtora.



titud y que recibe el nombre de la Magdalena. Esta montaña, hállose a la cabeza de un gran ramal o cañón que separa la Muga de una garganta adyacente, la llamada de Terradas, la cual descarga sus aguas en el Manol, no lejos del fuerte de Figueras, que corona la punta oriental de dicho ramal. «De esta descripción que acaba de hacerse, se deduce claramente, ser la Magdalena el punto capital de la posición ; ahora bien, ocupar este enorme macizo no era cosa sencilla. Para ello eran necesarias, fuerzas considerables, y Augereau apenas contaba con seis mil hombres, por lo tanto, veíase forzado a no extenderse más allá de las propias orillas del Muga. Sobre las alturas de la orilla derecha, a vanguardia y al este de San Lorenzo, el general Guieux, acampaba sin atrincherarse con cuatro batallones. La fundición de la Muga estaba bajo la vigilancia de Mirabel, y, frente a ella, una gran cantidad de reductos alzados sobre mamelones esparcidos al pie de la Magdalena, cubrían el puente de San Sebastián.

Para completar la descripción general del emplazamiento del ejército francés en esta agreste comarca, añadiremos que, a la izquierda, y a lo lejos, en Darnius, un Batallón destacado debía por sí solo, tapar el hueco que separa la fundición de la aldea de Aoguillane, un poco a retaguardia de la cual comenzaban a estar establecidos los primeros puestos de Perignon. Mas como quiera que el camino de esta aldea a la primera tenía que atravesar dos altas crestas y tres gargantas profundas, esta distancia no dejaba menos de equivaler a una jornada de marcha. «En estas circunstancias, todo estaba en peligro alrededor de Augereau», puede afirmar con toda justicia el escritor de referencias, porque, en efecto, «el hecho y la naturaleza de su aislamiento y su posición misma que dejaba por encima de su cabeza a merced del primero que la ocupase una montaña aplastante, no podían hacer su situación más amenazadora y expuesta a un ataque difícil de resistir». Y esta crítica situación, apreciada debidamente por el General en Jefe de nuestro ejército, determinó su propósito de reanudar la ofensiva. Nada hay por lo tanto que reprochar y, sí mucho que alabar en la decisión del intrépido Conde. La posición de nuestras tropas es objeto de un detenido examen por Fervel, quien después de indicar que a raíz de nuestra retirada del Rosellón, aquéllas no habían sido inquietadas pudiendo comenzar así su reorganización, manifiesta que hallábanse en nuestro ejército, en estado de combatir quince mil hombres de infantería distribuidos de la siguiente manera : cinco mil entre Espolla y Vilarnadal, y diez mil delante de Figueras. Estos, apoyaban su derecha en los atrincheramientos esbozados sobre las colinas que dominan Pont de Molins, aldea por la que se cruzan el Muga y la gran vía internacional. Mas allá, atravesando las mesetas de Llers, venían a apoyar su izquierda en un vasto reducto comenzado en Vinyonnet, a la desembocadura misma de la garganta de Terradas. Según la información que nos facilita todos estos datos, contábamos con cuatro mil caballos frescos y bien montados, pues no habían tomado parte alguna en la batalla del Boulou, hallándose re-

partidos en la pequeña llanura de Vilanau, y estableciendo la relación entre Vilarnadal y Pont de Molins.

Reconoce el historiador francés que, de todos modos, todas estas fuerzas eran demasiado restringidas para que la Unión pensase con ellas, bien entorpecer el sitio de Saint Elme, o inquietar seriamente el bloqueo de Bellegarde, pero no lo eran para poder aplastar a Augereau, tan temerariamente asentado en el seno de nuestras montañas.

Conforme a su propósito, nuestro alto mando, dispuso llevar a cabo la operación organizando siete columnas; la primera, teniendo por objetivo el ataque al pueblo de Saint Laurent; la segunda, asaltar la fundición; la tercera, llevar a cabo un movimiento envolvente sobre ésta y la cuarta, para apoderarse de Darnius y, una vez conseguido esto, unirse inmediatamente a la segunda. La quinta, deslizándose entre la Muga y la fundición, interceptaría la línea francesa de retirada sobre el Vallespir y, por último, la sexta y la séptima tratarían de contener e inquietar a Perignon, impidiéndole, por lo tanto, el poder realizar toda operación por el lado de Darnius.

Si establecemos la relación entre lo manifestado por Fervel y lo que nos informa oficialmente la Gaceta de Madrid, veremos que la primera y la segunda columna de la información francesa son las mandadas por los Mariscales de Campo don Juan Miguel de Vives y don Francisco Solano. La cuarta, corresponde a la mandada por el Teniente General don Pedro Mendieta y la quinta, a la que lo era por el Brigadier Conde del Puerto. La sexta y la séptima, son las mandadas por el Mariscal de Campo don Ildefonso Arias y don Joaquín Oquendo. La tercera de nuestras columnas, según el informe francés corresponde a la que, según el nuestro oficial, se interpondría con frente oblicuo entre las dos de ataque y el campamento enemigo establecido en La Junquera para contener sus socorros, aunque distantes. El combate, según la información de que estamos tratando, comenzó al despuntar el alba del 19 de mayo (30 floreal). Súbitamente, las dos primeras columnas, dejando entre ellas la Magdalena, aparecieron de improviso una, a la vista de Saint Laurent y la otra, a la de la fundición. Esta última, no debía comenzar su ataque hasta conseguir la caída de Darnius y su unión con la columna encargada de apoderarse primeramente de este punto aislado; pero, habiendo esperado vanamente, concluyó por desplegarse en orden de combate o, más concretamente, en tiradores, según el *dictado* francés, sobre la vertiente septentrional de la Magdalena. Eran estos soldados, según indicación de Fervel, los intrépidos guardias Walonas, que no tardaron en atacar los reductos del Puente de San Sebastián. La primera columna, la encargada del ataque a San Lorenzo, siguió el impulso de su vecina, y abordó la meseta, en donde acampaba el General Guieux, de este modo, la acción, hízose general.

«Desde un principio las ventajas fueron compartidas entre los beligerantes», afirma el historiador francés. Los españoles lograron recuperar a Saint Laurent, en tanto que el cañón de los reductos franceses

lograba en la fundición una superioridad incontestable sobre los nuestros. Mirabel no había sobrepasado la orilla izquierda de la Muga, bordeando el cauce de este río delante de las fraguas, dándose cuenta de lo que pasaba a su derecha y contando con el auxilio o apoyo de sus reductos que le prometen una hora o dos de resistencia, abandona por un momento la fundición y vuela a San Lorenzo con su artillería ligera. Llega en el momento preciso en que los españoles descienden al pueblo, y aprovechando la ocasión, manda disparar sobre ellos, cubriendolos por una lluvia de metralla que los detiene y da lugar a que Guieux, reponiéndose, reaccione ofensivamente. Una vez conseguido esto, apresúrase a retornar a su puesto, en donde la escena cambia y presenta un aspecto inesperado. En él, en efecto, sobre la vertiente de la gran cadena a la que se adosaba la fundición, acababa de señalarse la aparición de una partida numerosa: era la columna encargada de tomar por retaguardia este establecimiento, llevando a cabo su maniobra envolvente y comenzando a ocupar las líneas de retirada de los franceses. Era preciso a todo precio, contenerla. Felizmente, Augereau acababa de acudir al campo de batalla con cuatro compañías del 6.<sup>º</sup> Batallón de Cazadores, conducidas por el intrépido Comandante Bon: Ordena a este valiente Oficial escalar la montaña, marchando al encuentro del nuevo enemigo. Nuestros cazadores —expone Fervel—, franquearon rápidamente las primeras gradas del anfiteatro y casi no se han puesto en trance de peligro, cuando una emoción indecible estalla y circula por las filas de los dos partidos. Todos los combatientes, como suspensos ante el espectáculo que se despliega por encima de sus cabezas, siguen con ansiedad los progresos de estos soldados, medio perdidos entre las nubes, que van a decidir de su suerte. Ya entre las dos tropas prestas al choque no hay más que algunos alcances de fusil. Bon se detiene, reforma su pequeña columna, la deja respirar y se lanza sobre sus adversarios, que, del primer ochoque, son rechazados.

Sin duda alguna, fué en este momento, cuando nuestro soldado de marras, hubo de dar aquel nefando grito que causó el terror de los nuestros, y si no el terror, la pérdida de su moral. Ante el desconcierto, como una señal eléctrica, un inmenso clamor se alza en el valle, la carga responde a estos gritos de victoria, y de los reductos del puente de San Sebastián, y de todas partes, los soldados franceses se lanzan sobre los españoles en franca huída. Para mayor desdicha nuestra y feliz coincidencia de los revolucionarios, en este mismo momento, el General Guieux que había ya hecho retroceder al otro revés de la Magdalena la columna de ataque de San Lorenzo, se apoderó de Terradas, cortando así la línea principal de retirada; crítica situación en la que hubo de verse también, la mandada por Mirabel. Rota, pues, la fortaleza de ambas columnas españolas en una y otra vertiente de la montaña, y medio envueltas, en vano trataron de reorganizarse en las crestas que hállanse a continuación de la montaña de la Magdalena y ganar, por este camino, las mesetas de Llers, pero la impetuosidad de la reacción

ofensiva francesa les arrastra, y troca, bien pronto, su retirada en derrota.

«Una lucha de ocho horas bajo un sol ardiente reverberado por un suelo metálico; los peligros que acababan de correr, la presencia odiosa de los emigrados había exasperado a los vencedores. Estos fueron implacables y salvo doscientos cincuenta prisioneros, entre ellos un general y veintidós oficiales de diversos grados, destrozaron todo cuanto pudieron alcanzar... El encarnecimiento fué tal, que hubo de verse a los voluntarios del segundo Batallón del Alto Barona ahogar entre sus brazos, a los desdichados fugitivos que se habían lanzado sobre ellos para evitar sus bayonetas. Estimóse en dos mil el número de los españoles, muertos o heridos, que quedaron sobre el terreno; número relativamente enorme, por cuanto sobrepasa la quinta parte del efectivo de los combatientes. Sea de ello lo que fuere *desde las cimas de la Magdalena a los precipicios de la Muga, declara un comunicado, los barrancos estaban cubiertos de cadáveres y las rocas, tintas en sangre.*»

#### Un error del historiador francés

La descripción que acabamos de transcribir es, como puede verse, brillante, según sabe hacerlo Fervel; pero este historiador, escribe algo que, o no está bien expresado o pone de manifiesto su ignorancia de la historia militar. Declara que «los soldados franceses en su implacable condición, trajeron sobre todo, sin compasión, a la tropa que se había obstinado en luchar contra los reductos y se encontraba de este modo, en situación la más comprometida, los Guardias Walonas que frecuentemente venían a probarnos por su obstinación en el fuego que, las razas de las viejas bandas que llevaban su glorioso nombre, habían sobrevivido al desastre de Rocroy»... Esto, es verdaderamente lamentable en un historiador como él. ¿Dónde pudo informarse de tan errónea manera? Es un hecho universalmente conocido que, en la jornada de Rocroy, fueron los viejos tercios españoles los que, *como torres, pero torres que saben reponer sus brechas*, según la bella frase del Cardenal Bossuet en su panegírico ante la Corte de Francia, con motivo de los funerales del Príncipe de Condé, hubieron de permanecer en su puesto heroicamente hasta que este Príncipe, admirado de fortaleza semejante, hubo de terminar el combate con generosa actitud, respetando la vida de los que habían sobrevivido al desastre (1).

En este heroico episodio no hubo de figurar en absoluto, ninguna clase de Guardias Walonas; fueron tan sólo los bravos soldados de la infantería española los que así supieron mantener el honor de las armas y la dignidad del nombre español. ¡No es ya lícito, ni siquiera

(1) ¿De dónde pudo sacar Fervel que las bandas españolas que combatieron en Rocroy llevaban el nombre glorioso de Guardias Walonas? ¿Puede darse una ligereza y un desenfado más francés?...

decoroso, desfigurar de este modo, la verdad histórica hasta contrariarla por completo !

«Poco faltó para que este violento combate no alcanzara las proporciones de una batalla» —afirma el historiador francés de que estamos tratando—. Y por nuestra parte añadiremos que, si no fuera por el lamentable incidente de marras, este combate hubiera podido muy bien ser una victoria para los nuestros.

**Buen comportamiento de las tropas españolas.—Acción de la caballería**

Durante toda la jornada, prosiguió la lucha en Darnius y el bataillón francés que guarnecía este puesto y que era el tercero de la 3.<sup>a</sup> media Brigada, logró salvar la fundición, conteniendo hasta el fin de la acción, la columna que debía duplicar el número de los asaltantes de este capitalísimo puesto; pero, ahora bien, va a ser el propio testimonio francés, el que ha de justificar nuestra declaración de que, a pesar de lo sucedido en el combate que hemos descrito, y que pudiera dar lugar a que se pensase en una lamentable desmoralización de nuestras tropas, siempre se conservaba en ellas, aquel sedimento de valor y disciplina que de tal modo las caracterizaba. Pues, en efecto, las dos columnas a las que se les había señalado papeles secundarios, y que, en cierto modo, se vieron libres de las alternativas del ataque principal, cumplieron perfectamente su cometido a punto tal que una de ellas, excedióse en el cumplimiento de su misión, siéndolo la columna que interpuesta entre el Muga y la frontera debía cerrar en caso de derrota de los revolucionarios, el camino de Vallespir. Componíase de quinientos Miqueletes. Con gran fortuna, estos paisanos, habían marchado toda la noche, llegando hasta Coustouge, obligando al destacamento francés que ocupaba esta aldea, a retirarse hasta San Lorenzo de Cerdá. Sin ningún embarazo pudieron regresar a sus líneas cumplidores de su papel.

Igualmente cumplieron su misión las dos columnas encargadas de tener en jaque a la división francesa del centro, durante el ataque a la fundición. La caballería española que, como recordaremos, se hallaba al mando de los Tenientes Generales don Rafael Valdés y don Antonio Heredia, figurando en ella también los Mariscales de Campo Barón de Quesel, don José Moncada y don José Iturriigaray, estando sostenida por una brigada de Infantería, apostada en una posición conveniente sobre la vía internacional, cumplió como las anteriores fuerzas el papel que se la asignara, lo mismo que aconteció con un nutrido cuerpo salido de Espolla, con la misión de encaminarse a los Alberes y, penetrando en ellos, amenazar al Coll de Fourcade, a retaguardia de Cantallops.

Evolucionando nuestra caballería en los terrenos próximos a La Junquera, y desplegándose las tropas salidas de Espolla a lo largo de las alturas de Vilaortoli, después de destacar una punta hasta cerca de Can-

tallops, por el sur del mismo, lograron entretener a Perignon. Pues, en efecto, este General, temeroso de descubrir su línea, establecida como consecuencia del sitio de Bellegarde, el Comandante de esta fortaleza, permaneció inmóvil tanto tiempo como estuvo ignorando lo que pasa a su derecha. Más tarde, conocedor de los sucesos acaecidos en el ataque a la fundición, lejos de lanzarse a emprender el avance por el lado de Darniès, que le hubiera podido ser favorable para destrozar la columna nuestra, que en situación completamente aislada, sitiaba este puesto, limitóse a seguir a lo largo de la vía antes citada el movimiento retrógrado de nuestras fuerzas, obligándolas a retroceder hasta Pont de Molins (Puente de los Molinos), en el que, al amparo de los buenos atrincheramientos allí levantados, no tenían ya nada que temer.

**El ataque a la fundición de la Muga re-  
presenta un fracaso francés.**

Que, como hemos dicho antes, el combate de la fundición de la Muga debió ser una brillante victoria para nuestro ejército, nos lo viene a confirmar con sus declaraciones el propio historiador a que estamos aludiendo. Según su juicio : «La División Augereau debía su salvación a su buena suerte (ne devait donc son salut, qu'à elle même). Desdichadamente esto era todo lo que había ganado. De todos modos, el esfuerzo supremo que acababa de realizar para librarse de un gran peligro, constituyó para ella, como un bautismo de sangre, del que extraería esa incomparable energía que no la abandonó en lo sucesivo, y que, incluso a partir de este día, del que hubo de guardar siempre un profundo e inefable recuerdo, vino a degenerar en un amargo desprecio de la vida, en una especie de vértigo, que no cabe depurar, puesto que era la dolorosa reacción de los sufrimientos que la habían endurecido en medio de estas áridas y abrasadoras soledades.»

Al relato de este encuentro, calificado de *terrible* por el criterio francés, el club de los Jacobinos de Perpiñán votó, lleno de entusiasmo, conceder a la brigada Miravet, las primas que poseía como coronas señaladas para las brillantes acciones. «Pero nuestros soldados—expone Fervel—rechazaron con impaciencia este vil metal de los esclavos hecho para envilecer su oficio (fait pour gâter leur métier), tan sólo reclamaban para sí las fatigas, los peligros y la muerte... ¡La libertad, la igualdad, la Patria ! ¿Qué necesitaban más para desafiar la suerte de las batallas? Tan sólo estaban ávidos de gloria y de libertad.»

Justificaron los soldados de la brigada de Miravet los conceptos de su respuesta, juntando a ella el producto de la venta de las armas que acababan de arrancarnos, que alcanzaba una suma de 6.612 libras, para ser distribuidas entre las viudas y los huérfanos de las 200 bajas o víctimas que tenían que lamentar. Y, cediendo a este ejemplo, que por su belleza había de ser contagioso, la brigada Lemoine, el 14 Regimiento de Cazadores y el Batallón de los Pirineos Orientales de la división de

Cerdaña, que también poseían fusiles españoles en disposición de ser vendidos, añadieron el producto de su venta al patriótico donativo de la brigada Miravet.

**El ejército francés adopta nuevas disposiciones.**

Después del combate que hemos descrito, al apercibirse el General Perignon de que los españoles establecidos en el Portell como fuerzas de observación comenzaban el día 12 floreal (1.<sup>o</sup> de mayo) a atrincherarse, salió de su inmovilidad, y, sin pérdida de tiempo, dispuso que el General Martín quedara en el Portell con su brigada y que la de Point descendiera a La Junquera, punto de paso para los aprovisionamientos que, desde hacía cuatro días, estaba encargada Figueras de facilitar a la guarnición de Bellegarde. Se imponía, por lo tanto, a los franceses, interceptar cuanto antes esta comunicación de la importante fortaleza con la Patria. Para ello, éstos ocuparon los principales puntos de paso de la montaña; pero esta interceptación no fué absoluta y así como veremos, todavía el día 19, Figueras pudo cumplir con su encargo de abastecer aquélla. Era necesario a toda costa, completar el sitio de que se trata, y, para ello, el día 20 del mes referido, la brigada Lemoine recibió orden del General en Jefe de reunirse con las fuerzas de Perignon y, una vez así realizado, este General envió inmediatamente a la brigada Point, tomara posición hacia Aguillana para proteger la misión de las tropas francesas, que se hallaban encargadas de realizar las operaciones propias del sitio, logrando de este modo que a la mañana siguiente quedara establecido el cerco total de la plaza.

Toda la parte oriental fué encargada a la brigada Lemoine, que desarrolló una cadena de pequeños puestos que ascendía hasta el pico de Saint Christophe, por la ermita de Santa Lucía, y venía a descender hasta la gran vía en las Ecluses-Hautas. Por el costado occidental, la brigada Martín, que había quedado estacionada en el coll del Portell, recibió orden de extenderse desde La Junquera, de un lado, y Maureillas de otro, a lo largo de la ruta que nosotros habíamos improvisado para reunir estos dos puntos al comienzo de la invasión. De reserva o de punto de apoyo a esta línea de circunvalación fueron destinados dos batallones selectos de las fuerzas que se hallaban en el coll del Portell, cuatro de ellos a Saint Christophe y cinco a Sainte Lucie. El cuartel general fué establecido en La Junquera. Ante este pueblo, levantáronse algunos atrincheramientos y se construyó una batería para catorce piezas en disposición de barrer el camino de Figueras. Por último, la brigada Point, que había protegido todo el despliegue que acabamos de describir, hubo de retroceder hasta colocarse a retaguardia de Aguillana, a fin de dar la mano a la división de la derecha, instalada decididamente en el valle de la Muga.

**Concepto del valor de la operación lle-  
vada a cabo por Augereau tenido por  
Dugommier**

No fué del agrado del General Dugommier la operación ofensiva ejecutada por el General Augereau, considerándola como una punta excéntrica imprudentemente inútil. Con muy buen criterio, el juicio del General en Jefe del ejército francés estimaba que, lo que su subordinado hubo de realizar cuanto antes, fué la de establecer su relación con las tropas que estaban sitiando la fortaleza de Bellegarde. Lejos de hacerlo así, éste, fijó su posición en el valle del Muga, entre San Lorenzo y la fundición, contentándose con enviar un batallón a Darnius, lugar por donde le era permitido mantener comunicación con Aguillane. De este modo, no solamente quedaba el General francés imposibilitado de prestar auxilio a su compañero Perignon, sino que, con perjuicio propio, cargaba sobre sí, gratuitamente, la pesada tarea de guardar con menos de 6.500 hombres una línea de cuatro leguas de extensión, desarrollada, para mayor dificultad y peligro, sobre un terreno de los más agrestes de Cataluña, y a través de una población que era reputada por ser la más hostil a los franceses.

**Lo que pudo representar para la causa  
española la defectuosa disposición del  
frente francés**

Consideremos, por consiguiente, lo que hubiera podido representar de ventajoso para nuestro ejército el aprovechamiento de esta defectuosa disposición del frente enemigo. Mas, por desgracia, cualesquiera que hubieran podido ser los informes y las incitaciones en este sentido del General español, que tan dignamente defendía la fortaleza de Bellegarde, ellas hubieran resultado totalmente estériles, pues el Conde de la Unión hallábase absorbido por los preliminares de un sitio, cuyo resultado había de influir grandemente en la marcha de las operaciones. Por lo menos, así lo declara Fervel. Dejamos, por lo tanto, a su cuenta la responsabilidad de semejante aserto.

Y daremos fin a este capítulo haciendo observar que, a juicio del mismo Fervel, el Conde de la Unión, para llevar a cabo su empresa de la recuperación de la fundición de San Lorenzo de la Muga y de esta localidad, cometió la falta de no disponer oportunamente sus fuerzas. Según él, el medio más sencillo y el único eficaz hubiese sido el de reunir su pequeño ejército en la meseta de Llers y lanzarlo derechamente y en masa sobre la Magdalena, y en modo alguno el diseminarlo en la forma en que lo hizo. Pero, a juicio del General Gómez de Arteche, la causa del fracaso fué debida a no llevarse el ataque por nuestros Generales con la armonía y unidad de dirección que eran necesarias. Desconocemos qué razón o razones pudo tener nuestro General historiador para emitir este juicio, y séanos permitido declarar, por nuestra parte,

Piano del Sitio de la Plaza de Rosas sostenido por el Teniente General D<sup>r</sup> Domingo Vélezicido y auxiliado por la Comisión del R.S.S.  
mandada por el Teniente General D<sup>r</sup> Federico Gravina.

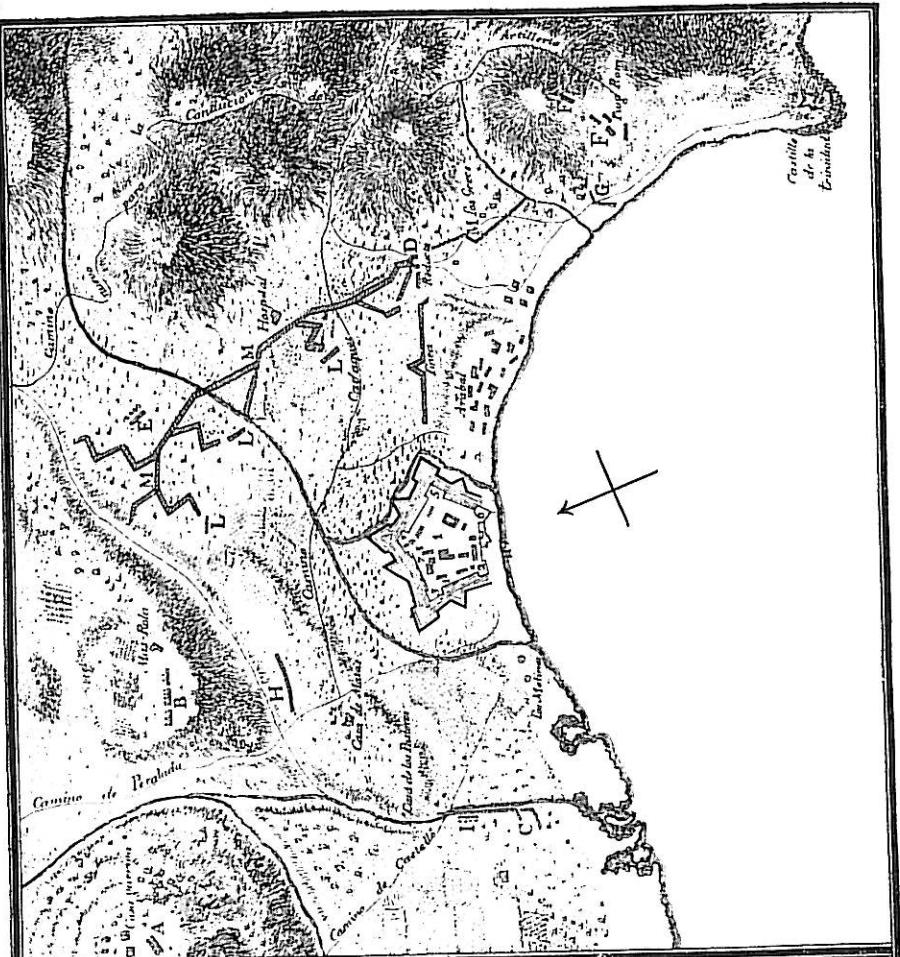
Explicación de los numeros

- 1 Rosario. 2 Balaustre de S<sup>r</sup> Juan. 3 idem de S<sup>r</sup> Felipe.
- 4 idem de S<sup>r</sup> Ignacio. 5 idem de S<sup>r</sup> Andrés. 6 idem de S<sup>r</sup> María.
- 7 Punta de Sierra. 8 idem de la Mar. 9 Plancha.
- A Batería de la Garrota de dos morteros y dos cañones de 24. Empezó su fogueo el 25 de Abril de 1794.
- B Idem de otras solas de tres morteros dos obuses y 5 cañones empezó el 26 de Abril de 1794.
- C Otra de las Malvinas de 5 cañones empezó el 22 de Noviembre de 1794.
- D Otra del Reducto de un obús y dos cañones empezó el 5 de Enero de 1795.
- E Otra del olímpo de cuatro Morteros empezó el 26 de Abril de 1794.
- F Cinco Baterías en la Montaña de 7 cañones 3 obuses y un Mortero empezaron el 22 de Octubre de 1794.
- G Otra de la Virgen de Curiones 1 obús y un mortero empezó el 3 de Mayo de 1795.
- H Otra de la Cava de Matanzas de 16 cañones empezó el 1 de Febrero de 1795.
- I Dos de cuatro Morteros cada una compuesta con el mismo dia que la anterior.
- L Diferentes Capuladas.
- M Rumalas y caminos cubiertos de las Comisiones

500 400 300 200 100



Punto del Sitio de la Plaza de Rosas sostenido por el Teniente General D<sup>r</sup> Domingo Vélezicu y auxiliado por la Comisión del R.S.S.  
mandado por el Teniente General D<sup>r</sup> Federico Gravina.



Explicación de los numeros que

- 1 Rosas. 2 Almenara de San Juan. 3 Idem de San Felipe.
- 4 Idem de Nuestra Señora. 5 Idem de San Andrés. 6 Idem de San Juan.
- 7 Bocana de la Roca. 8 Idem de la Mar. 9 Punta.
- A Batería de la Garita de dos morteros y dos cañones de 24. Empezó su fogueo el 20 de febrero de 1794.
- B Idem de otra sola de tres morteros dos obuses y 5 cañones empezó el 26 de febrero de 1794.
- C Otra de las Malinas de 5 cañones empezó el 22 de febrero de 1794.
- D Otra del Reducto de un obús y dos cañones empezó el 5 de febrero de 1795.
- E Otra del olivar de cuatro Morteros empezó el 26 de febrero de 1794.
- F Cinco Baterías en la Montaña de 7 cañones 3 obuses y un obús de 24. Empezaron el 22 de febrero de 1794.
- G Otra de la Vina de 7 cañones 1 obús y un mortero empezó el 3 de febrero de 1795.
- H Otra de la cima de Matas de 16 cañones empezó el 1 de febrero de 1795.
- I Otra de cuatro Morteros cerca una empezó en el mismo día que la anterior.
- L Diferentes Capuladas.

M Ramada y caminos en las que las Comisiones

de la Roca

que, reconociendo la posible exactitud del concepto emitido por el primero de los dos escritores citados, entendemos que, acaso, una exacta apreciación de las circunstancias, sobre todo por lo que hacía referencia al espíritu de sus tropas y de los naturales de la comarca en la que se desarrollaban los acontecimientos, pudo justificar, por parte del Conde de la Unión, el orden de combate por él dispuesto, para llevar a cabo su empresa.

En justicia no podemos formular nosotros queja alguna sobre la conducta de nuestros Generales, que, en esta ocasión, cumplieron fielmente con su deber, y, algunos, como el General Solano, con verdadero arrojo y energía, tratando de mantener en toda su fuerza el prestigio y la autoridad del mando.

